

SELECTA

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

Año 1.—Núm. 6

EMPRESA ZIG-ZAG
EDITORES PROPIETARIOS:

Santiago de Chile, Septiembre de 1909

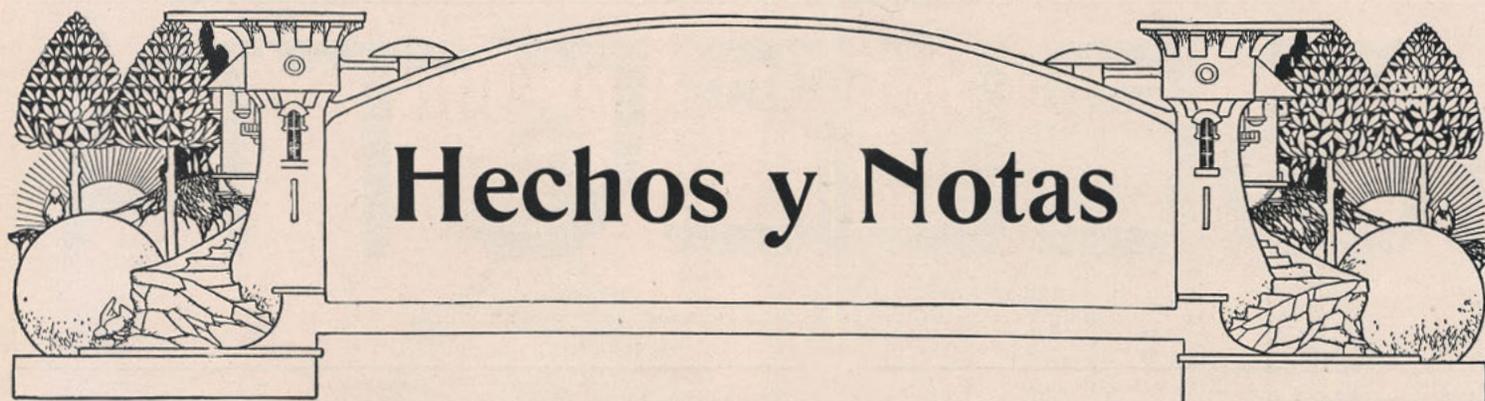
DIRECCION:
CALLE TEATINOS 666

Precio: 1 peso

LOS MAESTROS MODERNOS



SERVICIO DE AMOR.—Erdmann.



Hechos y Notas

En días pasados, al caer de la tarde, me dirigí al Cerro de Santa Lucía, el admirable paseo creado por Vicuña Mackenna y acaso la más genial de sus obras. La imaginación del ilustre escritor vislumbró lo que podía hacerse con el puñado de rocas del centro de la ciudad, y allí, donde otros sólo contemplaban la desnudez del granito, él creó en su fantasía un jardín encantado, algo de las Mil y una Noches, un ramo de flores y de árboles que se alzan sobre la ciudad como un gigantesco nido de águilas, entretegido con verduras y con plantas, ramas y arbustos, recuerdos de otras edades, escudos de armas de la colonia, viejas pilas de piedra, estatuas, grutas, pirámides, viejos enrejados, muros de fortaleza.

Vicuña Mackenna quiso mezclar la doble poesía de la naturaleza y del recuerdo; la que brota por sí sola del fondo oscuro de otras edades, asociadas á las tradiciones y á las leyendas, y la que nace límpida y espontánea de la grande obra de Dios—el más excelso de los artistas.

Las perspectivas son admirables, cualquiera que sea el punto del cerro Santa Lucía en que uno se coloque. Desde la esplanada del Teatro tenemos al San Cristobal, todo verde, como un desmedido cono, en cuya cima extiende la Virgen sus brazos piadosos hacia las miserias ocultas del semillero humano de la gran ciudad. Los Andes recortan sus cadenas azuladas, una sobre la otra, en dilatadas lejanías que hacen soñar con el más allá trás del cual corremos eternamente al través de las zozobras de la vida, lejos siempre de un ideal que eternamente huye de nosotros y eternamente nos abandona. La melancolía de la tarde parece desplomarse por encima de nosotros, con su velo de tristeza que envuelve como una neblina las profundidades de nuestras propias almas. Entre tanto el cielo se tiñe de violeta, de anaranjado, de záfiro, y las veladuras de nieve de las cumbres, en la Cordillera, se cubren de reflejos de rosade hoja deshojada—muy ténues, muy límpidos, casi palpitanes, y tan fugitivos, que esas rosas, como las rosas de la vida, se marchitan á poco de cortarlas. El cielo, de satín celeste, va obscureciéndose poco á poco, junto con morir el día, en la grande agonía de silencio de alma cansada de la gran ciudad.

Santiago aparece inmenso, á lo lejos, en todas direcciones, y se extiende y dilata sus líneas de suburbios en dirección á la Providencia y á Ñuñoa, casi unidas á la vieja capital. El río, á lo lejos, serpentea sin que lo veamos, señalado por su hoya vacía, su pedregal silencioso y triste. La naturaleza nos hace me-

ditar; su poesía melancólica nos sobrecoje y nos domina á pesar nuestro, nos dice muchas cosas que serán nuestro secreto y además el suyo. Nos llaman esas voces del misterio, de que hablaba Víctor Hugo, con el sonar pausado y cristalino de las campanas que tocan el *Angelus* y que llaman á la meditación, al recogimiento, á la vida interior, al remordimiento pero también á la esperanza.

Diríase que en ese instante nos fundimos en la naturaleza y que la sombra nos envuelve en su manto—en ese manto prendido á veces con broches de estrellas.

A medida que trepo los caminos que conducen á lo alto—es preciso mirar siempre hacia arriba y ascender siempre—noto con tristeza que el antiguo cerro, el creado por Vicuña Mackenna, va cambiando. Han recortado los árboles, han mutilado sus ramas y sus troncos, han llevado á cabo una inmensa decapitación que recuerda las épocas de Atila y su célebre frase: “Donde mi caballo pone su casco, nunca más brotará la yerba...”

Ahora se alzan esos pobres árboles mutilados, y sus ramas se alargan dolorosamente, como clamando piedad, como pidiendo protección contra las profanaciones municipales y edilicias.

No sabemos, en Chile, ni acertamos á concebir el verdadero valor de un árbol.

El más notable de los discursos pronunciados en el Senado de los Estados Unidos de América, es conocido con el nombre del *Discurso del Arbol*, y tenía por objeto la defensa de unos árboles mandados arrancar por las autoridades. La elocuencia, el sentimiento, la poesía y el derecho, dieron algunas de sus notas más altas en la sencilla defensa de unos pobres árboles, á los cuales se debía sombra en los días ardientes del estío y recuerdos de Otoño, al caer de sus hojas amarillentas.

Los árboles fueron defendidos como se defiende á seres vivos, como se defiende á trozos de nuestra propia alma, á fragmentos de nuestra propia vida, á pájinas de nuestra historia y de la de nuestros padres.

La suprema y santa poesía del recuerdo suele palpitar en ellos.

En todas partes se les respeta, se les defiende, se les ampara. En Chile se les corta, se les arranca, se les mata, sin pensar siquiera en la vida, en las sonrisas, en la salud que los niños les deben—y todos hemos sido niños. Desgraciados de los que no tienen algo de niños cuando se acercan á su término.

La impresión de una entrevista

CON DON CRESCENTE ERRAZURIZ

El padre Errázuriz... Deseaba conocerle. Mi imaginación me lo pintaba como un fraile de la antigua España, severo y adusto, cortante y acerado en sus sentencias: una escultura de acero, animada por la chispa de la inteligencia.

Me acercaba á su residencia, nervioso, sentía un ligero temor. Frente á ella, mi sobresalto se hizo más fuerte.

Pronto se acudió á mi llamado.

—¿El señor Errázuriz?

—Si está, señor, pase usted.

Penetré á una sala cuyo mueblaje era modesto y severo. Su mejor adorno era su limpieza y orden estrictos. Una claridad suave la invadía.

Breves instantes esperé. Una voz llena, plateada, que me saludaba, me hizo volver. Era el padre Errázuriz.

Alto, de fuerte complexión, con su blanco hábito de la Orden Dominicana, me sonreía con dulzura y me señalaba un asiento.

—¿Cómo se encuentra su salud, señor?—le interrogamos.

—A Dios gracias, relativamente bien. Después del último ataque de gota en que estuve bastante mal, pues, hubo necesidad de aplicarme hasta la morfina, estoy algo mejor.

—Tal vez el buen régimen de vida, un método...

—Sí. En Invierno y en Verano me levanto á las cinco de la madrugada, oficio mi misa á las siete, y el resto del día lo ocupo en mis oraciones y trabajos.

—¿Tiene alguna nueva obra en preparación?

—La continuación de mis estudios históricos. También haré algunas correcciones y completaré mi libro "Los orígenes de la Iglesia Chilena", que fué publicado en el año de...

—1,873.

—Precisamente, más ó menos.

—Se requiere una preparación y un tino especial para escribir sobre temas históricos.

—Sobre todo, imparcialidad.

Los viejos estamos más preparados para esto, pues no somos tan pasionistas como los jóvenes.

Por otra parte, mis dos estudios históricos: "Seis años de la Historia de Chile", que comprende la época desde el 23 de Diciembre de 1,598 hasta el 9 de Abril de 1,605, y la "Historia de Chile" durante los Gobiernos de García Ramón, Melo de la Fuente y Jaraquemada, fueron escritas bajo la consulta de los documentos y manuscritos que poseían José Toribio Medina y Diego Barros Arana.

He tenido la suerte de no ser refutado. Una sola vez Barros Arana me rectificó un detalle histórico sin gran importancia.

Precisamente en una ocasión en que lo visitaba, me tocó llegar en el propio instante en que Barros Arana, con mi obra á la vista, me rectificaba.

—¿Se encuentra adelantada la continuación de su obra sobre la Historia de Chile?

—A Dios gracias, continúo trabajando, ¡quién sabe si la concluya!

Estoy ya tan viejo, tengo setenta años cumplidos.

Le tengo cariño al estudio de la Historia, gran afición, me entusiasman las investigaciones históricas, es hermoso escribir sobre este tema; ¡pero al mundo qué le importa todo esto!



Don Crescente Errázuriz

Una casa pintada de blanco, protegida por una reja de un color verde, negrusco.

Tras la reja, un pequeño jardín; ni una flor, plantas opacas, tierrosas.

Hice sonar una de esas campanillas antiguas, de cordón metálico.

Su campanilleo alegre me hizo recordar los lejanos tiempos de mi niñez. Me sentí tranquilo.

Y si muero, deberé decir como ese monarca francés: "Después de mí, el diluvio."

—El señor Errázuriz nos hablaba con calma, entornando de vez en cuando sus ojos llenos de vida é inteligencia, inclinando su robusto cuerpo de guerrero de la Edad Media y levantando su diestra con un ademán conciliador.

A pesar de todo, pasan hechos curiosos.

Hace pocos días leía en una revista extranjera algo tocante á un conocido personaje europeo. En la lectura llegué al detalle de que este señor contaba, á la fecha, setenta años de edad. Y exclamé en voz alta y asombrado: ¡qué viejo! Pensé un momento, recordé mi edad y no pude menos de reirme.

—¿Cómo encuentra, señor, nuestro actual movimiento literario?

—Poco lo conozco. He leído algunas críticas de Omer Emeth. Buen escritor, su crítica no puede molestar, vá de guante blanco.

Por lo demás, creo que la juventud se inclina al cuento, á la novela corta.

—Efectivamente.

—Tocante á la prensa, ya no se ven esas interesantes polémicas que dieron nombre é hicieron conocer á periodistas como Blanco Cuartín y otros.

La labor de nuestro actual periodista queda oculta, ignorada. También la información es corta, lacónica. Así es también el gusto del público de hoy día, y así sucede en todas partes.

Es natural, todo cambia con los años.

Hasta los juegos. Recuerdo algunos, como por ejemplo el del trompo—hoy un juguete de artificio que se fabrica en Europa—antes un juguete de lucha, de rivalidad, de sport.

Se formaban dos partidos entre los niños y se usaban trompos de madera con las puntas de acero bien afiladas á fin de partir en dos los demás trompos; muchas veces nos herfamos las manos, pero no importaba.

El del volantín, lo mismo: era un juego de acción y de trabajo.

Cómo sería el tamaño de los volantines de aquellos tiempos que, segun recuerdo, siendo uno de mis hermanos muy aficionado á esta clase de juegos, me hizo una vez ayudarle á llevar un volantín, pues él solo no podía con él.

—¿Sus horas de trabajo han sido siempre durante el día?

—Nó, antes escribía en las noches, es decir, al amanecer. Me

levantaba á las dos y media de la mañana y me dedicaba al trabajo hasta la hora de oficiar mi misa. Hube de suprimir este sistema, pues me hacía mal el estar tanto tiempo en ayunas y en pié.

Recuerdo que cuando tenía este sistema de vida para el trabajo, me pasó un hecho gracioso.

En ese entonces tenía mi escritorio en este saloncito, serían al rededor de las tres de la mañana y me acababa de sentar á escribir, cuando siento ruido de voces y que álguien trepa por la reja de una de esas ventanas que, como usted vé, dan á la calle, y al través de un postigo que había quedado abierto, se me grita con suavidad: "¡Padrecito, Padrecito, á la cama que ya es tarde!"

Eran unos estudiantes de la Universidad, donde yo era profesor de Teología. Han creído que yo aún no me había recogido y me acababa de levantar...

—Me indicaba, señor, que encontraba difícil, dada su avanzada edad, alcanzar á concluir su última obra histórica; sin embargo, su aspecto de salud me hace creer y aún afirmar lo contrario.

—Quizas; de los de mi tiempo, Julio Zegers, por ejemplo, según tengo entendido, prepara un trabajo de aliento, y aún me han dicho que monta á caballo...

—Es verdad.

—Bien. Emilio Olivier y la Emperatriz Eugenia son los personajes que quedan de la época de Napoleón III.

He leído que Olivier—Ministro de Napoleón III y uno de los mejores oradores que ha tenido Francia—prepara á la edad de ochenta y tres años uno de los últimos volúmenes de su obra histórica sobre Napoleón III.

Se puede tener alguna esperanza...

Por otra parte, soy el único hijo sobreviviente de uno de los regidores de la Municipalidad que actuó en nuestra Independencia, y quisiera estar vivo para el Centenario.

Un momento más de conversación y, muy á mi pesar, creí prudente retirarme.

Al entrar pensé encontrarme con un fraile de la antigua España; al salir llevaba la impresión de haber hablado un corto espacio de tiempo con un hombre que tiene el corazón blanco como el hábito que lo cubre.

Jorge PEÑA CASTRO



PAISAJE CAMPESTRE

Un libro raro

EL Temblor de Lima del licenciado Pedro de Oña fué impreso en aquella ciudad por Francisco del Canto al finalizar el mismo año de 1609 en que el fenómeno tuvo lugar, en un volumen en 4.º, de unas 45 páginas.

El libro del poeta chileno lo conoció Antonio de León Pinelo y la noticia que de él dió vino á servir de punto de partida para las citas de los bibliógrafos posteriores que le siguieron.

León Pinelo vivió en Lima durante los años de 1612-1618, y esta circunstancia y la de su afición bibliográfica explican que conociera el libro que después citó en su célebre Epítome.

De él tomó la noticia de su existencia Nicolás Antonio y la consignó en la página 224 del tomo II de su Bibliotheca hispano-nova; la reprodujo González de Barcia trasladándola al pie de la letra, según la dió León Pinelo; la tomó Salvá de Nicolás Antonio; y Don Cayetano Rosell la insertó en el prólogo que lleva al frente el tomo XXIX de la Biblioteca de autores españoles de Rivadeneyra, añadiendo que era un "poema en octavas y en un solo canto", circunstancia que parece indicar que acaso tuviera un ejemplar á la vista.

Y este fué, en efecto, el caso de Ternaux-Compans, quien poseyó ejemplar del libro y lo anotó en su *Bibliothèque américaine*, dándole, equivocadamente, el tamaño en 8.º; siendo todavía más de extrañar que el bibliógrafo francés, en el número 230 de su citado Catálogo, incluyera el mismo libro, suponiendo que el temblor ocurrió en 1599 y que en ese año se imprimió también en Lima: circunstancias que le llamaron ya la atención á Brunet, pero quién, á pesar de eso, prestó asenso á la existencia de las dos obras sobre el mismo tema.

El ejemplar que poseía Ternaux-Compans, único que existe hoy, según parece, si exceptuamos la posibilidad de que Rosell tuviera otro á la vista, como indicábamos, fué adquirido por Mr. John Carter Brown, acaudalado comerciante de los Estados Unidos, que en vida reunió una colección de libros americanos, muchos de gran rareza, en cuya biblioteca existente en Providence-Rhode Island, se encuentra hoy, y en su espléndido *Catalogue*, redactado por Mr. John Russell Bartlett, figura bajo el número 90 del tomo II.

Ese ejemplar es el que nos ha servido para la presente noticia.

En su dedicatoria al primogénito del Virrey comienza el poeta por recordar que la celebrada riqueza del Nuevo Mundo "no carece de trabajosos descuentos, pues si hay un cerro de plata, hay también tiempos en que los mismos cerros no están seguros en sus asientos", de donde alguna vez se les vió ya arrancados por la violencia de los temblores; para poner en seguida á los ojos del joven, como ejemplo vivo y muy cercano, las valientes armas, las insignes letras, admirable prudencia, alto consejo, piedad religiosa y limpio celo del Virrey su padre, tratando de escapar de ese modo á la cruda lisonja que esas mismas frases enderezadas al magnate significarían; y concluye por pedirle que le tenga en cuenta su deseo, dándole alientos para "más largo vuelo en otra materia." Deja así vislumbrar su propósito, si bien no cumplido, de celebrar en obra extensa hazañas inmortales.

Explica á continuación al lector la trama á que obedece el argumento de su canto, y expresa que, caminando juntos una tarde de invierno en lo más llano de la sierra del Perú, dos amigos llamados Arce y Daricio, sobreviñoles una terrible tempestad que les obligó á buscar refugio en el hueco de una cueva, dónde á petición de Daricio refiere Arce, como testigo presencial, el temblor de Lima del

Que ora la tierra tiemble, y ora enrize
El mar sus ondas, y ora el fiero Arturo
Y el Orión armado al mundo espante
Todo lo mira con igual semblante:

Daricio pide á su compañero que le refiera,

lo que en Lima pasó cuando en su tierra
tembló desde los Llanos á la Sierra.

Sería inoficioso que transcribiéramos aquí algunas de las octavas reales que el poeta dedica á referir las escenas á que dió lugar el fenómeno, porque el lector las puede examinar por sí mismo. Están, de hecho, llenas de verdad, habiendo aprovechado Oña en su relato muchos detalles de aquellos terribles momentos, que son profundamente verdaderos. Cuenta de paso lo que ocurrió en el Callao y luego entra á referir en sus pormenores los desperfectos que el cataclismo ocasionó en la capital, derribando entre otros edificios,

la galería
Que con pintadas armas y blasones
Labró, en memoria suya, Don García,
Terror de los chilenos corazones.

Y prosigue contando las disposiciones dictadas por el Virrey para remediar los daños causados, las limosnas que hizo á los conventos, y el trigo que pródigo hizo repartir al pueblo, tomando pié de esto para entrar al lector de la visita que ejecutó al Callao y al mineral de azogue de Guancabellca.

De nuestras Indias Almadén moderno.
El sólo acometió la esquivia empresa
Y sin el ramo de Oro entró al Infierno,
No á sacar almas dentro, detenidas,
Mas al reparo de infinitas vidas;
para proseguir trayendo á colación las
virtudes morales del Virrey y

Aquella real sangre de sus venas
Tan antigua, que della y sus hazañas
La misma antigüedad se acuerda apenas.

Agotado ya su vocabulario de elogios, entre los cuales no olvida los del confesor del Virrey, el poeta supone que la tormenta que les obligó á buscar refugio á los dos amigos, cesa ya y que es tiempo de que saliendo á lo raso prosigan su camino.

Sin embargo, Oña se imaginó que sus alabanzas al magnate no eran todavía bastantes y, una vez concluida la relación del temblor, entra en una "canción real panegírica", dedicada esta vez al Virrey en persona, á celebrar su venida al Perú, pieza de alta entonación y sumamente conceptuosa y acaso una de las mejores del poeta chileno. Concluye tratando de justificarse de la lisonja que podría achársele al escribirla, diciendo así:

Parad, canción, aunque el furor os labre
Ambos hijares, pues el freno os tira
El no saber los ojos con que os mira
Quién á sus alabanzas no los abre...

Prescindiendo del valor literario de la obra,—que pudo, sin duda, aquilatarlo mucho más, si en lugar de entregarla á la prensa inmediatamente después de escrita hubiera seguido el precepto de Horacio, con lo cual, debíamos reconocer, sin embargo, que la relación de tan extraordinario suceso hubiera perdido el interés inmediato del momento, y sirva esto en abono de nuestro poeta;—haciendo caso omiso, decíamos, de su valor literario, tiene importancia histórica, y no pequeña, cuando se sabe que, hasta hoy, al menos, es el único documento que se conoce de aquel fenómeno sísmico.

J. T. MEDINA

TEMBLOR DE LIMA AÑO DE 1609.

GOVERNANDO EL MARQUES

de Montes Claros, Virrey Excelentísimo.

Y vna Cancion Real Panegyrica en la

venida de su Excelencia a

estos Reynos.

DIRIGIDO A DON IOAN DE MENDO-

ça, y Luna Marques de Castil de Bayuela su Primo-

genso successor.

Por el Licenciado Pedro de Oña.



CON LICENCIA.

Por Francisco del Canto. 1609.

19 de Octubre de aquel año: "todo con la brevedad que pide un suelto discurso y en materia casi estéril." Advierte de paso que si bien algunos atribuyen los temblores á castigo del cielo por la depravación de las costumbres, á él le basta con pretender salvar del olvido lo que tan digno era de vivir en la memoria; solicita indulgencia para juzgar su trabajo en breve tiempo acabado—que ya llamaba y con razón, cuando escribió y dió á luz su "Arauco domado", vieja dolencia suya,—dando en su abono la conveniencia de aprovecharse del calor del momento, "dum fervet opus", para consignar hechos recientes que, abandonados al tiempo, ó se pierden de vista, ó dejan al narrador helado.

Es un diálogo, pues, entre aquellos dos amigos. Al calor de algunas razones encaminadas á ponderar la felicidad del que vive con su conciencia tranquila,



VENECIA

(Páginas de un libro)



A don Alberto Orrego Luco, pintor chileno que ha sabido, cual pocos, interpretar el paisaje veneciano.



“La ciudad que naufraga lentamente en las lagunas del Adriático....”

Llegué á Venecia al amanecer del 3 de Agosto. No se veía bien claro cuando bajé del tren, en esa estación que es una isla pequeña. Las casas parecían sombras. Hay así, antes de la salida del sol, en las alboradas estivales, una bruma de luz confusa...

Al salir, como se alquila un coche en otra parte, tomé una góndola. Esa embarción negra y cerrada me pareció un ataúd flotante...

Nós deslizamos sobre el agua muerta de las avenidas y luego entramos en los canales de los barrios viejos. En medio de esas casas seculares, agrietadas y negruscas, sumidas en profundo sueño, todavía era de noche. El silencio de las calles llenas de agua me hizo creerme en una fabulosa y lúgubre ciudad que ha surgido del fondo del mar, en virtud de una marea que se deprime...

De súbito, en un codo, el espacio se ilumina y vuelven las luces de la aurora. Es el Gran Canal que aparece en un esplendor mágico. No ha despertado todavía, está inmóvil en su tono gris perla; pero aquí y allá, en lo alto de sus palacios, se ven manchas rosadas. Es la aurora...

Luego se abre el espacio iluminado, ante Venecia que brota de las sombras. Todo aparece: el conjunto maravilloso de la ciudad feérica: la Gran Laguna, el Palacio Ducal, el León de San Marcos; y allá, en la opuesta ribera, sobre las aguas esmaltadas, como en una isla de ensueño, San Jorge Mayor se levanta, con su cúpula y su campanilo relucientes al sol que nace... Ahí está, ante mí, la eterna maravilla que todos conocen porque mil veces la han visto pintada, porque mil veces la han visto en sueños...

De la vida de los seres que fueron, algo queda en los muros de sus viviendas. En un sitio histórico se respira el aire del pasado. Venecia es la ciudad que establece más vivamente esta misteriosa comunicación con lo que ya no existe, como si ahí los hombres hubiesen vivido de un modo más intenso, como si las aguas, que lo circundan todo, hubiesen aislado y contenido las tradiciones.

El siglo XV, la época de la grandeza

veneciana, no ha pasado todavía; se le siente y se le respira en la Plaza de San Marcos, dominador y lujoso, adaptando por un lado el renacimiento que le viene de Italia, y por otro, el absolutismo y la rareza que le vienen de oriente.

Los almacenes y las tiendas que rodean la plaza,—deslumbrante con sus baldosas de piedra de Istria,—bajo las arcadas del Palacio de los Procuradores, aunque son modernísimos, no tienen mostrador y se arreglan de cierto modo que recuerda los despachos de los antiguos mercaderes de oriente.

Las palomas que se soltaban en los domingos de Ramos, todavía revolotean sobre las cúpulas de la Catedral bizantina, que brilla en el fondo como una áscua de oro, y sobre los Vulcanos de bronce que, desde 1496, dan la hora en el pórtico de la “Mercería”.

Ya no es el Gobierno de la República el que cuida de alimentar esas palomas sagradas: la República ya no existe. Son los extranjeros, es todo el mundo que ama y venera la tradición veneciana. Como los musulmanes tenían la devoción de besar la piedra negra de la muralla santa, los turistas de Italia tienen la de dar de comer á las palomas de San Marcos.

Esas góndolas particulares, que salen en las tardes á recorrer las lagunas, con sus remeros vestidos de seda azul, llevan señoras cubiertas á la última moda de París, pero que, con sus bellezas ardientes, y sus lánguidas posturas, recuerdan á las patricianas que pintó Paulo Veronese. No falta sino el mandolinero, sentado en la popa tocando la sensual y mecedora serenata italiana, para que creamos que esas mujeres son las mismas admirables sirenas que se formaron en Venecia con la cálida hermosura de las odaliscas y la exquisita sensibilidad de las florentinas.

El paisaje es el mismo, todo está igual: las góndolas que se deslizan lentamente entre las murallas de mármol de los palacios, la curva que describe sobre las aguas glaucas el puente de Rialto, los buques de comercio que solo difieren de las an-



“El León de San Marcos rejuvenecido agita alegremente sus alas mitológicas....”

tiguas galeras por las humeantes chimeneas, parecidas á los festones que los doges hacían poner en el puente de sus barcos en los aniversarios de sus victorias.

Hay sobre el pórtico principal de la Catedral de San Marcos cuatro caballos de bronce que acentúan lo abigarrado de esa construcción y que, al mismo tiempo, comprueban el milagro conservador, gracias al cual todo se mantiene en esa ciudad reliquia, en esa ciudad fantasma.

De origen romano, los tales caballos, bajo Constantino, fueron á parar á Constantinopla. El doge Dándolo los trasladó á Venecia en 1204, cuando comenzaba á extenderse el poderío del León alado. Bonaparte se los llevó á París en 1797. En 1815, durante la Restauración, el Emperador de Austria los hizo devolver á Venecia.

Ya no era Venecia la primera potencia del mundo: al contrario, era una de sus últimas ciudades. Pero, sin embargo, recuperaba esas estatuas que había conquistado gloriosamente y que le pertenecían. Es el milagro tutelar que vela sobre la ciudad isleña.

Me interesaron mucho esos cuatro caballos de bronce dorado, por el aventuroso destino que tuvieron. Arrebatados por los tiranos, en su inmovilidad de esculturas clásicas, corrieron más que ningún bucéfalo de carne y hueso, tanto como el Pegaso de la fábula. Todas las capitales que tuvo el mundo,—Roma, Constantinopla, Venecia, París,—quisieron amarrar al carro de su fortuna esos caballos fundidos con el bronce de Trajano. Guiados por el Genio que no permite que el pasado se aleje de Venecia, á Venecia volvieron y ahí se quedarán.

Desde hace cuatrocientos años no hay nada nuevo en Venecia. Lo único nuevo que hay es la desaparición de algunos puntos legendarios. En esos terrenos bajos, el Pó y el Adriático se reúnen en torbellinos profundos que remueven y disuelven los basamentos de la tierra. Las transformaciones geológicas son temibles y constantes; hay islas que desaparecen, mientras otras surgen.

Venecia está condenada, después de haber sido la ciudad de las condenas; el destino le aplica la ley del Talión.

A pesar de los esfuerzos de los ingenieros italianos, los barrios se deprimen, los palacios se desploman; el agua movediza, incontenible, perfora y disuelve. En Julio de 1902 se derrumbó el alto campanilo de la Piazzeta, aplastando al caer las deliciosas esculturas que Sansovino le puso en el zócalo. Hoy está amenazado el Palacio Ducal. Mañana será San Marcos, ó el barrio Mouffetard, ó Santa María de la salud. Como en el rostro de una mujer, la vejez va destruyendo las facciones de Venecia. Y así, poco á poco, en el curso de los siglos, irá desapareciendo la ciudad única, que fué reina del levante y del poniente. Día llegará en que no quede otra cosa sobre la vasta laguna que unas cuantas góndolas abandonadas y un enjambre de palomas huérfanas que revolotean perdidas...

Algo más quedará. Quedará siempre la sombra de Venecia, flotando como una isla insumerjible. Quedará el recuerdo de su maravillosa historia, ese recuerdo que se anima y se fija en el cuadro de Wernes, existente en la galería Brera de Milán.

"El triunfo" se llama ese admirable cuadro. En los grandes candelabros de bronce de la Plaza de San Marcos, los mástiles están puestos y ostentan el oriflama del León dorado sobre campo rojo,—la opulencia sobre la sangre,—el símbolo de Venecia. El doge desembarca victorioso, seguido de sus almirantes y capitanes. Los esclavos y los prisioneros traen el botín de la jornada: columnas del Egipto, estatuas de las islas Jónicas, tapices orientales, cofres de oro, ánforas griegas: la riqueza del pasado y del presente, la riqueza del porvenir. El pueblo aclama, lleno de júbilo, un pueblo orgulloso y refinado. Las patricias, desde los balcones, arrojan flores y sonrisas, con sus fisonomías indeciblemente bellas, de ojos bizantinos en rostros rafaelianos. Las palomas toman parte en la fiesta con la inocente alegría de sus alas blancas. En el fondo, en la laguna, brillan las trescientas galeras que aseguran el poder veneciano desde Génova hasta el Cuerno de Oro... Una puerta se abre, una puerta oscura, entre las "loggias" del Palacio Ducal y las estatuas etruscas de porfiro. Por ella aparece el Consejo de los Diez, que

viene á recibir al vencedor. Lo componen hombres de toga, adustos y terribles, ante los cuales los inquisidores parecen niños. Ellos son los árbitros absolutos que rigen la República persiguiendo su grandeza, junto con la satisfacción de sus odios, de sus pasiones, de sus intrigas. Mañana, tal vez, harán decapitar á ese hombre que ahora brilla en la aureola del éxito, como lo hicieron con Falieri, con Foscarei, con todos los que entraron al Palacio por un arco de triunfo i salieron por el Puente de los Suspiros... La República necesitaba matar á sus grandes hombres para que éstos no la matasen á ella. Era el criterio de esa extraña y orgullosa democracia, criterio de sangre y de fuerza que le dió un resultado espléndido. Venecia dominó al mundo hasta que se produjeron hechos que no estaban al alcance de sus galeras dirigidas por el Consejo de los Diez. Venecia, en verdad, sólo vino á ser vencida por la desviación natural de las vías comerciales, por el descubrimiento del Nuevo Mundo.

"Hay una cosa grande, terrible, llena de tinieblas,—dice Angelo Tisbé, en el drama de Victor Hugo,—es Venecia; ¿y sabe usted lo que es Venecia, pobre Tisbé? Venecia es el Consejo de los Diez. ¡Oh! el Consejo de los Diez, hablemos en voz baja, Tisbé, pues está, tal vez, ahí, en alguna parte, escuchándonos. Hombres que ninguno de nosotros conoce, pero que nos conocen

á todos... hombres que tienen en sus manos todas las cabezas, la vuestra, la mía, la del doge... El denunciado desaparece; todo está dicho... Condenado, ejecutado, nada que ver, nada que decir; ni un grito es posible, ni una mirada es útil: el paciente tiene un garrote, el verdugo una máscara. En Venecia se desaparece. De pronto falta un hombre en una familia. ¿Qué se ha hecho? Los Plomos, los pozos, el canal Orfano pueden saberlo. A veces se siente algo que cae en el agua. Pasad ligero, entonces!"

Venecia hace en la historia una figura excéntrica. Honró a las cortesanas con el título de *honnête dame*. Sus góndolas hacían un comercio entre Lido y la Plaza de San Marcos. Sólo la encuentro comparable á esas islas que brillaron, dos mil años antes, en el mar Egeo. Los epigramas de la *Antología* y los sonetos de la Grecia, son las "canzones" de los gondoleros.

Todo lo suyo sale de lo común. Se levanta sobre las aguas como una ciudad de Ys. Con doscientas mil almas domina las costas del mundo conocido durante tres siglos. Establece una democracia despótica que dispone libremente de la vida ó la muerte de sus ciudadanos. Con la fusión de los antagonismos realiza paradojas felices. Se asimila por un lado el arte del renacimiento romano, y por otro se

inspira en las lejanas tradiciones de Oriente. Sostiene los arcos bizantinos con chapiteles corintios; sobre la cúpula de Mahoma planta la cruz de Jesucristo.

La Catedral de San Marcos es de estilo bizantino con vagas reminiscencias romanas; el palacio Lorédan, de estilo romano, tiene soplos orientales.

El arte gótico toma en Venecia un carácter desconocido. El palacio Ducal tiene galerías, cornizas y decoraciones esmaltadas, que no se encuentran en ninguno de los monumentos que la Alemania ofrece como modelos de estilo ojival.

El renacimiento le llega tarde, pero se transforma deliciosamente en su atmósfera oriental. Venecia enlaza el laurel severo del estilo dórico con el arabesco ondeante y gracioso; y produce definitivamente el estilo veneciano, estilo reducido pero admirable, cuyos modelos son los palacios del Gran Canal, el palacio Mineli sobre todos.

Recibe á los pintores del renacimiento, pero los despoja de la dulzura florentina y les impone los caracteres distintivos de su civilización: la fuerza y el orgullo.

Ahí están, en las paredes y los techos del palacio Ducal, los cuadros de Mantegna, Carpaccio, Paulo Veronese, Sebastián del Piombo, Palma el Viejo, Lorenzo Loto, Tiepolo, y tantos otros nombres gloriosos que vivirán aun cuando no existan los techos y las paredes del palacio Ducal.

Sus pinturas representan las grandes acciones por medio de las cuales Venecia se formó ese imperio marítimo, comparable, entonces, al de Inglaterra hoy día; ó bien son alegorías y cuadros hechos para perpetuar el fastuo de la sociedad de los



"Ya no es el Gobierno de la República el que cuida de alimentar esas palomas sagradas"....

duques, ó la rara y opulenta belleza de las patricianas. Por la perfección y por el aliento, se unen al vasto grupo del renacimiento italiano. Por sus cualidades especiales forman la escuela veneciana, escuela que se distingue por la fuerza del colorido, por la riqueza de la forma, por la audacia del movimiento, por el lujo insultante de los motivos, es decir, por aquello que era la atmósfera de Venecia y que en todo se impregnaba: la fuerza y el orgullo.

Ahí está, en la Sala del Colegio, el estupendo **plafond** que Paulo Veronese pintó á la **Gloria de Venecia**. No hay en el mundo un cuadro que respire más grandeza, más satisfacción, más opulencia. No es la fuerza elegante de los antiguos, ni la grandeza ideal de los cuadros místicos, es la áspera y enorme satisfacción del triunfo, basado en el lujo material y en la pompa política, en el algo que pesa como una columna de oro y aplasta como un manto de felpa.

La misma impresión nos produce esa Santa Bárbara, de Palma el Viejo, en la iglesia de Santa María Formosa: una cabeza perfecta, sobre un cuello fuerte como una columna, sosteniendo una corona de oro y de fierro, pesada como una reja.

Esa linda figura de la **Moderación**, que le arranca plumas al águila, en un ángulo del **plafond** de la sala del Senado, es la Moderación de Venecia; en otra parte sería el Desborde. Así son los grandes tipos de la escuela veneciana.

Para llegar á Venecia, de nada sirve haber estudiado los caracteres del arte universal, ni haber recorrido la Italia. Lo que ahí existe no tiene precedentes ni sucesores. Son cosas raras que la ciudad isleña se formó con materiales diversos, cosas que deleitan, y, sobre todo, cosas que sorprenden.

En todo se hace sentir el carácter propio de un pueblo independiente y aislado, en el cual elementos especiales desarrollan formas fantásticas. Es inmensa la distancia que se recorre en la calzada de cuatro kilómetros que une al archipiélago con el continente.

Por eso dije que Venecia hacía en la historia una figura exéntrica, y que su atracción no desaparecerá, aun cuando se hayan sumerjido los palacios sugestivos que permanecen intactos.

Si, en siglos venideros, Venecia ya no existe, los viajeros irán

siempre á recorrer la laguna, y, leyendo su historia,—escrita en los versos de Byron y Musset,—evocarán su rara y admirable silueta, como esos personajes de Shakespeare que divisan en el desierto el palacio de sus ensueños.

Una tarde, á la hora mágica del crepúsculo, ví alejarse uno de los vapores que hacen el servicio público hacia las islas en que los modernos venecianos han establecido fábricas é industrias.

La cámara del pequeño vapor iba llena de jente. En la popa sólo había dos personas: un joven marino y una niña elegante.

De pronto, al separarse del muelle, la joven pasó la mano por el cuello del marino y atrajo hacia sus labios la cabeza varonil.

Eso fué hecho con la suprema elegancia, con la nobleza que el amor natural y profundo reviste en las sociedades muy civilizadas.

En esa decoración extraordinaria y famosa, á esa hora poética, el cuadro de esos enamorados resultaba impresionante. Me infundió la seguridad de que la pasión de las patricias, el cálido soplo de oriente que produjo el amor de Otelo y el de Julieta, todavía existe en la ciudad que, habiendo perdido su grandeza, naufraga lentamente en las lagunas del Adriático.

Venecia no ha degenerado. Otras potencias han surgido y la apagan con su brillo. Permanece aferrada á sus tradiciones, mientras el mundo adapta otras formas de dominio y de cultura. Los acontecimientos actuales no pueden servir de campo á las proezas de que es capaz el corazón de su pueblo. Pero éste, así como el aspecto exterior de la ciudad, sigue siendo el mismo de los tiempos gloriosos, el mismo pueblo audaz y soñador, derivado de los ilirios, que compartió las hazañas de los romanos. (*)

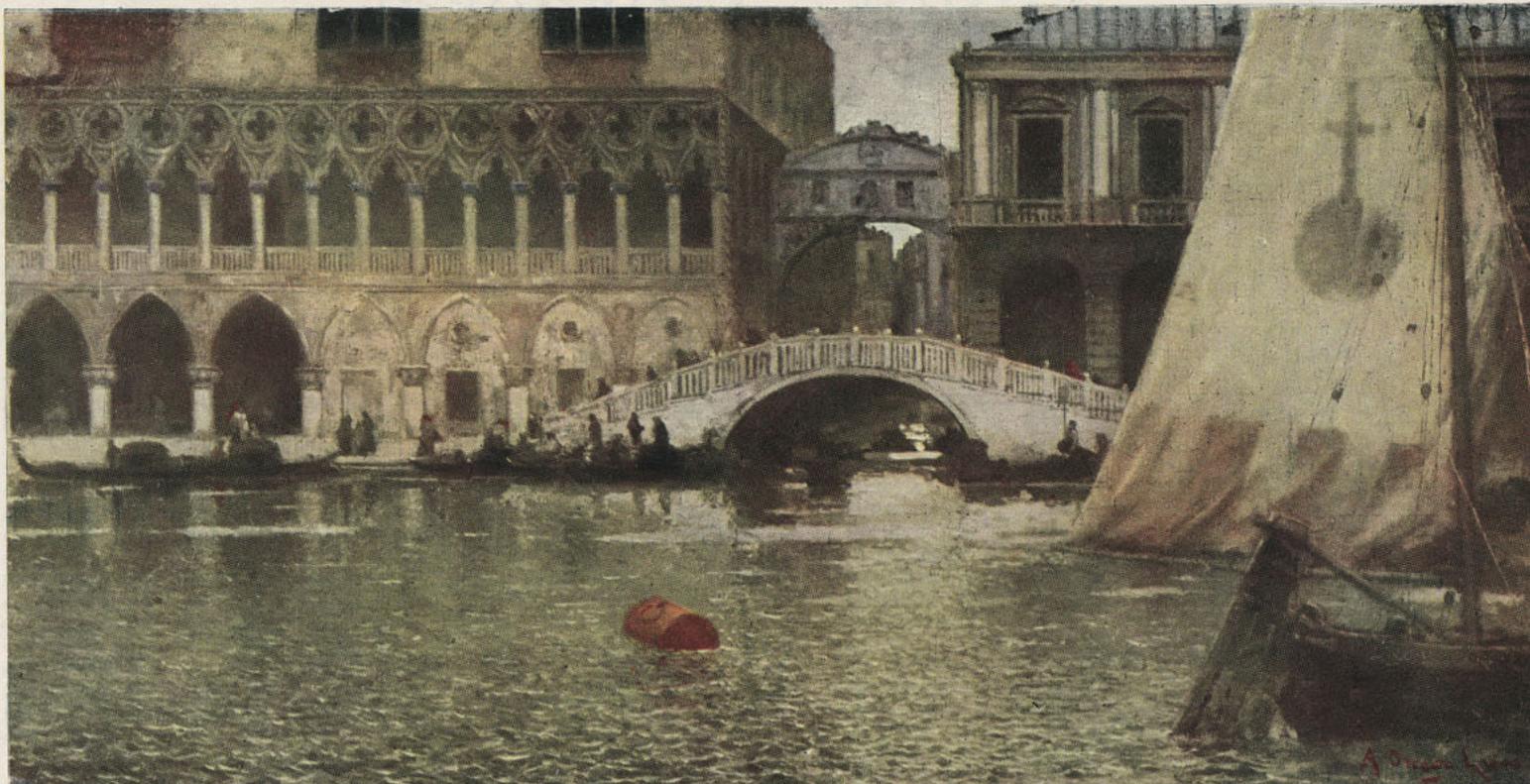
La independencia, favorecida por la situación jeográfica, sigue siendo su rasgo característico. El último doge, Daniel Manin, fué derribado en 1848. La guerra de 1866 reunió Venecia al reino de Italia. Pero el pueblo isleño no cede, y continúa en el culto de sus tradiciones, hablando el mismo dialecto con que arengaba Coleoni en los días de batalla.

(*) Si el pueblo se ha conservado en Venecia, la alta sociedad, que formó el elemento dirigente de la República, ha desaparecido casi por completo. Pasando por los palacios del Gran Canal les preguntaba á los gondoleros quiénes eran sus propieta-

rios y éstos no me respondían otra cosa que nombres nuevos y extranjeros. Un rico americano habita hoy día en el palacio de Desdémona. La familia Fortuny se ha instalado artísticamente en el palacio Martinengo. Ese palacio ilustre en que Ga-



“Hay ocasiones en que recupera la fisonomía de sus lejanas y gloriosas épocas” . . .



VENECIA.—Palacio Ducal y Puente de los Suspiros

Hay ocasiones,—el carnaval es una de ellas,— en que ese pueblo, que vive en la nostalgia de su pasada grandeza, recupera la fisonomía de sus lejanas y gloriosas épocas. Las embarcaciones ormiguean en el Gran Canal, reaparecen las banderas de la República, y las hijas del pueblo, navegando en góndolas enfloradas, cantan al són de las clásicas mandolinas, al pié del León de San Marcos, el cual, rejuvenecido, parece agitar alegremente sus alas mitológicas.

Tuve la fortuna de ver á ese pueblo en uno de esos momentos en que la emoción hace florecer lo íntimo del carácter. Por una casualidad me encontré en Venecia el día que su arzobispo y patriarca, el Cardenal Sarto, fué elegido sucesor de León XIII con el nombre de Pío X. Oí repicar esas campanas, tal como repicaron el día que llegó la noticia de la toma de Constantinopla por la escuadra de Venecia, ó el día que se supo el triunfo de Lepanto. Ví á ese pueblo transportado por el orgullo, que es la más fuerte de sus pasiones. El hecho de haber sido elegido Papa el Patriarca de Venecia, no era una gran victoria para la capital que hizo sentir su superioridad á todos los pueblos que la rodean. Pero los pobres venecianos quisieron hacer una fiesta que los aturdiere en su triste realidad, haciéndolos creerse en uno de esos días que ya no volverán.....

Quando estuve en Venecia, en el verano, me iba todas las tardes á una isla vecina. Dicha isla se llama Lido, está llena de jardines y de hoteles; tiene una playa espaciosa golpeada por las olas de la alta mar; tiene una capilla, perdida en un bosque de árboles frutales, y una línea de carros tirados por caballos. Todo eso equivale á un placer, á un lujo extraordinario, en la ciudad de agua y de piedra. Por eso la sociedad veneciana, salvo las familias opulentas que emigran al centro de la Europa, pasa el Verano en esa isleta encantadora, que parodia graciosamente los privilegios de la tierra firme.

Ahí me iba á comer todas las tardes, escuchando músicas, viendo animación y mujeres bonitas. A la vuelta me subía á la cubierta del vapor á fumar un cigarro. Las noches eran tibias y brillaba la luna, el astro favorito de Venecia. Entonces contemplaba un cuadro arrobador.

La laguna resplandece bajo el brillo lunar. No sopla la menor brisa en esas noches de Agosto llenas de fascinaciones. A lo lejos veía dos iglesias de San Jorge Mayor, una luminosa,

triste y otra, negra, que se daba vuelta y se hundía profundamente. Las estrellas simétricas de la gran bóveda azuleja se reflejaban abajo, en abismos imaginarios. Las góndolas, silenciosas, también se veían dobles, con dos proas y dos popas, semejantes á un recorte negro, desdoblado. Las veía pasar, con sus faroles rojos encendidos, entre dos cielos, como navegando en el vacío, y dejando tras ellas algo como el pliegue negro de una larga cola de seda. Avanzábamos lentamente y como sin rumbo, pues toda idea y todo proyecto se pierde en el arrobamiento de una visión semejante. En los fascinadores espejismos de esa noche de luna, la línea de los palacios se dibujaba y se extendía en sus contornos raros y exquisitos.

Comprendí la realidad del ensueño que produce Venecia. Así, envuelta en su manto de rayos de luna, en el silencio de los antiguos barrios adormecidos, en esas calles ahogadas y llenas de sombra, la clásica capital, semejante á ella misma, se vé en sus grandes facciones de ciudad única, incomparable, tan maravillosa hoy como ayer. Comprendí por qué grandes poetas y grandes escritores encontraron en Venecia la inspiración de sus obras maestras. En esas noches venecianas se aparece la enigmática sonrisa de la Gioconda y la nivea blancura de Desdémona. Comprendí por qué en la imaginación de los que se aman, la góndola de Venecia ha llegado á ser el lecho ideal, el único verdaderamente digno de las grandes pasiones. En Venecia todos sueñan con la mujer amada: es el punto de las citas ideales. Desgraciados los que á ellas no pueden acudir.

En todas las grandes ciudades italianas la poesía del pasado se hace sentir en forma de recuerdo. En Venecia esa poesía no tiene la vaga forma del recuerdo. En Venecia esa poesía existe, se conserva, se respira, penetra de un modo irresistible. El más prosaico, el más bárbaro de los hombres, se siente dulce y misteriosamente sobrecogido por el espectáculo de esa ciudad milagrosa, sobre las aguas, bajo la luna. Hoy día egerce sobre el corazón la misma influencia que ejerció en los tiempos cuya leyenda trazaron Shakespeare y Víctor Hugo. Junto con conservar los monumentos de su época gloriosa y el carácter y la dignidad de su pueblo, Venecia ha conservado su voluptuosa y honda poesía. Se le pueden aplicar las palabras de Virgilio á Venus: "Sólo con mirarte se siente tu carácter". Vera incessu patuit dea.

B. VICUÑA SUBERCASEAUX

privilegios políticos, vende sus palacios. Los artistas, los elegantes y los millonarios del mundo entero se los disputan á precio de oro. Todos sienten el poderoso atractivo de Venecia en el miraje de sus lagunas, y quieren vivir en ella antes que desaparezca. De todas las elegancias, de todos los lujos, éste es el menos banal. Sólo lo enturbia la idea de la horrible pena con que las familias históricas tendrán que alejarse de su ciudad fantástica. La conquista del arte tiene sus crueldades, como toda conquista.

Venecia tiene en el Otoño su estación elegante. Tuve la suerte de verla en esa estación, por segunda vez, y sentí todo el encanto de esas tardes que mueren dulcemente en el fondo del paisaje marino. Cuentan que el escritor Horacio Brown fué á Venecia en busca de unos documentos, por unos pocos días; los encontró en una semana, pero se quedó veinticinco años en el cautiverio delicioso.

¡Adios, Cordera!

ERAN tres: siempre los tres: Rosa, Pinín y la Cordera.

El prao Somonte era un recorte triangular de terciopelo verde tendido, como una colgadura, cuesta abajo por la loma. Uno de sus ángulos, el inferior, lo despuntaba el camino de hierro de Oviedo á Gijón. Un palo del telégrafo, plantado allí como pendón de conquista, con sus jicaras blancas y sus alambres paralelos á derecha é izquierda, representaba para Rosa y Pinín el ancho mundo desconocido, misterioso, temible, eternamente ignorado. Pinín, después de pensarlo mucho, cuando á fuerza de ver días y días el poste tranquilo, incansable, campechano, con ganas, sin duda, de aclimatarse en la aldea y parecerse todo lo posible á un árbol seco, fué atreviéndose con él, llevó la confianza al extremo de abrazarse al leño y trepar hasta cerca de los alambres. Pero nunca llegaba á tocar la porcelana de arriba, que le recordaba las jicaras que había visto en la rectoral de Punc. Al verse tan cerca del misterio sagrado, le acometía un pánico de respeto y se dejaba resbalar de prisa hasta tropezar con los pies en el césped.

Rosa, menos audaz, pero más enamorada de lo desconocido, se contentaba con arrimar el oído al palo del telégrafo, y minutos y hasta cuartos de hora pasaba escuchando los formidables rumores metálicos que el viento arrancaba á las fibras del pino seco en contacto con el alambre. Aquellas vibraciones, á veces intensas como el diapasón que aplicado al oído parece que quema con su vertiginoso latir, eran para Rosa los papeles que pasaban, las cartas que se escribían por los hilos; el lenguaje incomprendible que lo ignorado hablaba con lo ignorado; ella no tenía curiosidad por entender lo que los de allá, tan lejos, decían á los del otro extremo del mundo. ¿Qué le importaba? Su interés estaba en el ruido, por el ruido mismo, por su timbre y su misterio.

La Cordera, mucho más formal que sus compañeros, verdad es que, relativamente, de edad también mucho más madura, se abstenía de toda comunicación con el mundo civilizado, y miraba de lejos el palo del telégrafo, como lo que era para ella efectivamente cosa muerta, inútil, que no le servía siquiera para rascarse. Era una vaca que había vivido mucho. Sentada horas y horas, pues, experta en pastos, sabía aprovechar el tiempo, meditaba más que comía, gozaba del placer de vivir en paz, bajo el cielo gris y tranquilo de su tierra, como quien alimenta el alma, que también tienen los brutos; y si no fuera profanación, podría decirse que los pensamientos de la vaca matrona, llena de experiencia, debía de parecerse todo lo posible á las más sosegadas y doctrinales odas de Horacio.

Asistía á los juegos de los pastorcicos encargados de **llindarla**, como una abuela. Si pudiera, se escribiría al pensar que Rosa y Pinín tenían por misión, en el prado, cuidar de que ella, de que la Cordera, no se extralimitase, no se metiese por la vía del ferrocarril, ni saltara á la heredad vecina. ¿Qué había de saltar! ¿Qué se había de meter!

Pastar de cuando en cuando, no mucho, cada día menos, pero con atención, sin perder el tiempo en levantar la cabeza por curiosidad necia, escogiendo sin vacilar los mejores bocados, y, después, sentarse sobre el cuarto trasero con delicia, ó rumiarse la vida, ó gozar del deleite del no padecer, del dejarse existir; esto era lo que ella tenía que hacer; y todo lo demás aventuras peligrosas. Ya no recordaba cuándo le había picado la mosca.

“El xatu (el toro), los saltos locos por las praderas adelante... ¡todo esto estaba tan lejos!”

Aquella paz sólo se había turbado en los días de prueba de la inauguración del ferrocarril. La primera vez que la Cordera vió pasar el tren, se volvió loca. Saltó la sebe de lo más alto del Somonte, corrió los prados ajenos, y el terror duró muchos días; renovándose, más ó menos violentas, cada vez que la máquina asomaba por la trinchera vecina. Poco á poco se fué acostumbando al estrépido inofensivo. Cuando llegó á convencerse de que era un peligro que pasaba, una catástrofe que amenazaba sin dar, redujo sus precauciones á ponerse en pié, y á mirar de frente, con la cabeza erguida, al formidable monstruo; más adelante no hacía más que mirarle, sin levantarse, con antipatía y desconfianza: acabó por no mirar al tren siquiera.

En Pinín y Rosa la novedad del ferrocarril produjo impresiones más agradables y persistentes. Si al principio era una alegría loca, algo mezclada de miedo supersticioso, una excitación nerviosa, que les hacía prorrumpir en gritos, gestos, pantomimas descabelladas, después fué un recreo pacífico, suave, renovado varias veces al día. Tardó mucho en gastarse aquella emoción de contemplar la marcha vertiginosa, acompañada del viento, de la gran culebra de hierro que llevaba dentro de sí tanto ruido y tantas castas de gentes desconocidas, extrañas.



Pero telégrafo, ferrocarril, todo eso era lo de menos; un accidente pasajero que se ahogaba en el mar de soledad que rodeaba el prao Somonte. Desde allí no se veía vivienda humana; allí no llegaban ruidos del mundo más que al pasar el tren. Mañanas sin fin, bajo los rayos del sol á veces, entre el zumbido de los insectos; la vaca y los niños esperaban la proximidad del medio día para volver á casa. Y luego, tardes eternas, de dulce

tristeza silenciosa, en el mismo prado hasta venir la noche, con el lucero vespertino por testigo mudo en la altura. Rodaban las nubes allá arriba, crecían las sombras de los árboles y de las peñas en la loma y en la cañada, se acostaban los pájaros, empezaban á brillar algunas estrellas en lo más oscuro del cielo azul, y Pinín y Rosa, los niños gemelos, los hijos de Antón de Chinta, teñida el alma de la dulce serenidad soñadora de la solemne y seria Naturaleza, callaban horas y horas, después de sus juegos, nunca muy estrepitosos, sentados cerca de la Cordera, que acompañaba el augusto silencio, de tarde en tarde, con un blando son de perezosa esquila.

En este silencio, en esta calma inactiva, había amores. Se amaban los dos hermanos como dos mitades de un fruto verde, unidos por la misma vida, con escasa conciencia de lo que en ellos era distinto, de cuanto los separaba: amaban Pinín y Rosa á la Cordera, la vaca abuela, grande, amarillenta, cuyo testuz parecía una cuna. La Cordera recordaría á un poeta la **zavala** del Ramayana, la vaca santa; tenía en la amplitud de sus formas, en la solemne serenidad de sus pausados y nobles movimientos, aires y contornos de ídolo destronado, caído, contento con su suerte, más satisfecha con ser vaca verdadera, que Dios falso. La Cordera, hasta donde es posible adivinar estas cosas, puede decirse que también quería á los gemelos encargados de apacentarla.

Era poco expresiva, pero la paciencia con que los toleraba cuando en sus juegos ella les servía de almohada, de escondite, de montura, y para otras cosas que ideaba la fantasía de los pastores, demostraba tácitamente el afecto del animal pacífico y pensativo.

En tiempos difíciles, Pinín y Rosa habían hecho por la Cordera los imposibles de solicitud y cuidado. No siempre Antón de Chinta había tenido el prado Somonte. Este regalo era cosa relativamente nueva. Años atrás, la Cordera tenía que salir á la gramática, esto es, á apacentarse como podía á la buena ventura de los caminos y callejas, de los rapados y escasos praderíos del común, que tanto tenían de vía pública como de pastos. Pinín y Rosa, en tales días de penuria, la guiaban á los mejores altizanos, á los parajes más tranquilos y menos esquilados, y la libraban de las mil injurias á que están expuestas las pobres reses que tienen que buscar su alimento en los azares de un camino.

En los días de hambre en el establo, cuando el heno escaseaba y el narvoso para **estrar** el lecho caliente de la vaca faltaba también, á Rosa y á Pinín debía la Cordera mil industrias que la hacían más suave la miseria. ¡Y qué decir de los tiempos heroicos del parto y la cría, cuando se entablaba la lucha necesaria entre el alimento y regalo de la nación, y el interés de los Chintos, que consistía en robar á las ubres de la pobre madre toda la leche que no fuera absolutamente indispensable para que el ternero subsistiese! Rosa y Pinín, en tal conflicto, siempre estaban de parte de la Cordera, y en cuanto había ocasión, á escondidas, soltaban al recental que, ciego y como loco, á testarazos contra todo, corría á buscar el amparo de la madre, que le albergaba bajo su vientre, volviendo la cabeza agradecida y solícita, diciendo, á su manera:

—Dejad á los niños y á los recenales que vengan á mí.

Estos recuerdos, estos lazos, son de los que no se olvidan. Añádase á todo que la Cordera tenía la mejor pasta de vaca sufrida del mundo. Cuando se veía emparejada bajo el yugo con cualquier compañera, fel á la gamella, sabía someter su voluntad á la ajena: y horas y horas se la veía con la cerviz inclinada, la cabeza torcida, en incómoda postura, velando en pié mientras la pareja dormía en tierra.



Antón de Chinta comprendió que había nacido para pobre cuando palpó la imposibilidad de cumplir aquel sueño dorado suyo de tener un corral propio con dos yuntas por lo menos. Llegó, gracias á mil ahorros, que eran mares de sudor y purgatorio de privaciones, llegó á la primera vaca, la Cordera; y no pasó de ahí; antes de poder comprar la segunda, se vió obligado, para pagar atrasos al amo, el dueño de la casería que llevaba en renta, á llevar al mercado á aquel pedazo de sus entrañas, la Cordera, el amor de sus hijos. Chinta había muerto á los dos años de tener la Cordera en casa. El establo y la cama del matrimonio estaban pared por medio, llamando pared á un tejido de ramas de castaño y de cañas de maíz. La Chinta, musa de la economía en aquel hogar miserable, había muerto mirando á la vaca por un boquete del destronado tabique de ramaje, señalándola como salvación de la familia.

“Cuidadla, es vuestro sustento”, parecían decir los ojos de la pobre moribunda, que murió extenuada de hambre y de trabajo.

El amor de los gemelos se había concentrado en la Cordera: el regazo, que tiene su cariño especial, que el padre no puede reemplazar, estaba al calor de la vaca, en el establo, y allí, en el Somonte.

Todo esto lo comprendía Antón á su manera, confusamente. De la venta necesaria no había que decir palabra á los niños.

Un Sábado de Julio, al ser de día, de mal humor Antón, echó á andar hacia Gijón, llevando la Cordera por delante, sin más atavío que el collar de esquila. Pinín y Rosa dormían. Otros días había que despertarles á azotes. El padre los dejó tranquilos. Al levantarse se encontraron sin la Cordera. "Sin duda **mío pá** la había llevado al xatu". No cabía otra conjetura. Pinín y Rosa opinaban que la vaca iba de mala gana; creían ellos que no deseaba más hijos, pues todos acababa por perderlos pronto, sin saber cómo ni cuándo.

Al obscurecer, Antón y la Cordera entraban por la **corrada** mohinos, cansados y cubiertos de polvo. El padre no dió explicaciones, pero los hijos adivinaron el peligro.

No había vendido, porque nadie había querido llegar al precio que á él se le había puesto en la cabeza. Era excesivo: un **soisma** del cariño. Pedía mucho por la vaca para que nadie se atreviese á llevársela. Los que se habían acercado á intentar fortuna, se habían alejado pronto echando pestes de aquel hombre que miraba con ojos de rencor y desaffo al que osaba insistir en acercarse al precio fijo en que él se abroquelaba. Hasta el último momento del mercado, estuvo Antón de Chinta en el Humedal, cuando plazo á la fatalidad. "No se dirá, pensaba, que yo no quiero vender: son ellos que no me pagan la Cordera en lo que vale". Y, por fin, suspirando, si no satisfecho con cierto consuelo, volvió á emprender el camino por la carretera de Candas adelante, entre la confusión y el ruido de cerdos y novillos, bueyes y vacas, que los aldeanos de muchas parroquias del contorno conducían con mayor ó menor trabajo, según eran de antiguo las relaciones entre dueños y bestias.

En el Nataoyo, en el cruce de dos caminos, todavía estuvo expuesto el de Chinta á quedarse sin la Cordera. Un vecino de Carrió, que le había rondado todo el día ofreciéndole pocos duros menos de los que pedía, le dió el último ataque, algo borracho.

El de Carrió subía, subía, luchando entre la codicia y el capricho de llevar la vaca. Antón, como una roca. Llegaron á tener las manos enlazadas, parados en medio de la carretera, interrumpiendo el paso... Por fin la codicia pudo más; el pico de los cincuenta les separó como un abismo; se soltaron las manos; cada cual tiró por su lado: Antón por una calleja que, entre madersevas que aún no florecían y zarzamoras en flor, le condujo hasta su casa.

Desde aquel día en que adivinaron el peligro, Pinín y Rosa no se separaron. A media semana se **personó** el mayordomo en el **corral** de Antón. Era otro aldeano de la misma parroquia, de malas pulgas, cruel con los caseros atrasados. Antón, que no admitía repimendas, se puso lívido ante las amenazas de desahucio.

El amo no esperaba más. Bueno, vendería la vaca á vil precio, por una merienda. Había que pagar, ó quedarse en la calle.

Al Sábado inmediato acompañó al Humedal Pinín á su padre. El niño miraba con horror á los contratistas de carnes, que eran los tiranos del mercado. La Cordera fué comprada en su justo precio por un rematante de Castilla. Se la hizo una señal en la piel y volvió á su establo de Ruao, ya vendida, ajena, tanendo tristemente la esquila. Detrás caminaban Antón de Chinta, taciturno, y Pinín, con ojos como puños. Rosa, al saber la venta, se abrazó al testuz de la Cordera, que inclinaba la cabeza á las caricias como al yugo.

"¡Se iba la vieja!"—pensaba con el alma destrozada Antón el hurano.

"Ella ser en raza bestia, pero sus hijos no tenían otra madre, ni otra abuela".

Aquellos días en el pasto, en la verdura del Somonte, el silencio era fúnebre. La Cordera, que ignoraba su suerte, descansaba y parecía como siempre, **sub specie aeternitatis**, como descansaría y comería un minuto antes de que el brutal porrazo la derribase muerta. Pero Rosa y Pinín yacían desolados, tendidos sobre la hierba, inútil en adelante. Miraban con rencor los trenes que pasaban, y los alambres del telégrafo. Era aquel mundo desconocido, tan lejos de ellos por un lado y por otro, el que les llevaba su Cordera.

El Viernes, al obscurecer, fué la despedida. Vino un encargado del rematante de Castilla por la res. Pagó; bebieron un trago Antón y el comisionado y se sacó á la **quintana** la Cordera. Antón había apurado la botella, estaba exaltado: el peso del dinero en el bolsillo le animaba también. Quería aturdirse. Hablaba mucho, alababa las excelencias de la vaca. El otro sonreía, porque las alabanzas de Antón eran impertinentes. ¿Que daba la res tantos y tantos litros de leche? ¿Que era noble en el yugo, fuerte con la carga? ¿Y qué, si dentro de pocos días había de estar reducida á chuletas y otros bocados succulentos? Antón no quería imaginar esto: se la figuraba viva, trabajando, sirviendo á otro labrador, olvidada de él y de sus hijos, pero viva, feliz... Pinín y Rosa, sentados sobre el montón de **cucho**, recuerdo para ellos sentimental de la Cordera y de los propios afanes, unidos por las manos, miraban al enemigo con ojos de espanto. En el supremo instante se arrojaron sobre su amiga; besos, abrazos, hubo de todo. No podían separarse de ella. Antón, agitada de pronto la excitación del vino, cayó como en un **marasmo**: cruzó

los brazos y entró en el **corral** obscuro. Los hijos siguieron un buen trecho, por la calleja de altos setos, al triste grupo de indiferentes comisionado y la Cordera, que iba de mala gana con su desconocido y á tales horas. Por fin hubo que separarse. Antón, mal humorado, exclamaba desde casa:

—"¡Bah, bah, **neños**, acá vos digo; basta de **pamemas!**" Así gritaba de lejos el padre, con voz de lágrimas.

Caía la noche; por la calleja obscura que hacían casi negra los altos setos, formando casi bóveda, se perdió el bulto de la Cordera, que parecía negra de lejos. Después no quedó de ella más que el **tintán** pausado de la esquila, desvanecido, con la distancia, entre los chirridos melancólicos de cigarras infinitas.

—"¡Adiós, Cordera!" gritaba Rosa deshecha en llanto. "¡Adiós, Cordera de **mío alma!**"

—¡Adiós, Cordera! repetía Pinín, no más sereno.

—"Adiós, contestó por último, á su modo, la esquila, perdiéndose su lamento triste, resignado, entre los demás sonidos de la noche de Julio en la aldea..."



Al día siguiente, muy temprano, á la hora de siempre, Pinín y Rosa fueron al **prao** Somonte. Aquella soledad no había sido nunca para ellos triste; aquel día, el Somonte sin la Cordera parecía el desierto.

De repente silbó la máquina, apareció el humo, luego el tren. En un furgón cerrado, con unas estrechas ventanas altas, ó respiraderos, vislumbraron los hermanos gemelos cabezas de vacas que, pasmadas, miraban por aquellos tragaluces.

—¡Adiós, Cordera! gritó Rosa, adivinando allí á su amiga, á la vaca abuela.

—¡Adiós, Cordera! vociferó Pinín con la misma fé, enseñando los puños al tren, que volaba, camino de Castilla.

Y llorando, repetía el rapaz, más enterado que su hermana de las picardías del mundo:

—La llevan al matadero... Carne de vaca, para comer los señores, los curas, los indianos.

—¡Adiós, Cordera!

—¡Adiós, Cordera!

Y Rosa y Pinín miraban con rencor la vía, el telégrafo, los símbolos de aquel mundo enemigo, que les arrebataba, que les devoraba á su compañera de tantas soledades, de tantas ternuras silenciosas, para sus apetitos, para convertirla en manjares de ricos glotones.

—¡Adiós, Cordera!...

—¡Adiós, Cordera!...



Pasaron muchos años. Pinín se hizo mozo y se lo llevó el Rey. Ardía la guerra carlista. Antón de Chinta era casero de un cacique de los vencidos; no hubo influencia para declarar inútil á Pinín, que por ser, era como un roble.

Y una tarde triste de Octubre, Rosa en el **prao** Somonte, sola, esperaba el paso del tren correo de Gijón que le llevaba á sus únicos amores, su hermano. Silbó á lo lejos la máquina, apareció el tren en la trinchera, pasó como un relámpago. Rosa, casi molida por las ruedas, pudo ver un instante en un coche de terecrea, multitud de cabezas de pobres quintos que gritaban, gesticulaban, saludando á los árboles, al suelo, á los campos, á toda la patria familiar, á la pequeña, que dejaban para ir á morir en las luchas fratricidas de la patria grande, al servicio de un Rey y de unas ideas que no conocía.

Pinín, con medio cuerpo fuera de una ventanilla, tendió los brazos á su hermana; casi se tocaron. Y Rosa pudo oír, entre el estrépito de las ruedas y la gritería de los reclutas, la voz distinta de su hermano que sollozaba exclamando, como inspirado por un recuerdo de dolor lejano:

—¡Adiós, Rosa!... ¡Adiós, Cordera!

—¡Adiós, Pinín! ¡Pinín de **mío alma!**...

"Allá iba; como la otra, como la vaca abuela. Se lo llevaba el mundo. Carne de vaca para los glotones, para los indianos; carne de su alma, carne de cañón para las locuras del mundo, para las ambiciones ajenas".

Entre confusiones de dolor y de ideas, pensaba así la pobre hermana viendo al tren perderse á lo lejos, silbando triste, con silbido que repercutían los castaños, las vegas y los peñascos...

—"Qué sola se quedaba! Ahora sí, ahora sí que era un desierto el **prao** Somonte.

—¡Adiós, Pinín! ¡Adiós, Cordera!

Con qué odio miraba Rosa la vía manchada de carbones apagados; con qué ira los alambres del telégrafo. ¡Oh! bien hacía la Cordera en no acercarse. Aquello era el mundo, lo desconocido que se lo llevaba todo. Y sin pensarlo, Rosa apoyó la cabeza sobre el palo clavado como un pendón en la punta del Somonte. El viento cantaba, en las entrañas del pino seco, su canción metálica. Ahora ya lo comprendía Rosa. Era canción de lágrimas, de abandono, de soledad, de muerte.

En las vibraciones rápidas, como quejidos, creía oír, muy lejana, la voz que sollozaba por la vía adelante:

—¡Adiós, Rosa! ¡Adiós, Cordera!

Retrato de Mariano Moreno

por P. Subercaseaux



Encargado por el Gobierno Argentino para el Museo Histórico de Buenos Aires

MARIANO MORENO

Fué el alma del Gobierno de la revolución de Mayo, su nervio, el estadista del grupo distinguido que manejando la nave arremetió contra el absolutismo y la duda, ansioso de alcanzar el objetivo de sus anhelos y de su destino. Moreno fué la brújula y el que asió el timón también, como que era el más fuerte y el más capaz de los que iban á dirigirla.

El 23 de Septiembre de 1778 nació en Buenos Aires.

Doctor en leyes de la Universidad de Chuquisaca, ejercía con brillo la profesión en su ciudad natal desde 1804, y en 1809 le llamó á la escena pública el clamor de los hacendados y labradores, que le nombraron apoderado, para que expusiese las razones que justificasen la libertad de comercio, tan resistida por los monopolistas que eran las entidades de la sociedad colonial.

"Ese monumento imperecedero del genio de su autor—dice Mitre—en que la valentía del lenguaje campea á la par de las más sanas ideas económicas", fué la "Representación", en que señaló con elocuencia la justicia de la solicitud de los que era eco, con razonamiento y demostración de los bienes que esa libertad traería.

El virrey accedió, y esa franquicia, que importaba un progreso, fué también una de las ventajas que ganaron los que deseaban la libertad política que sería su consecuencia. Y cuando esa hora vino, el pueblo recordó á su gran campeón, proponiéndolo para secretario de la Junta que debía gobernar en reemplazo del representante de los reyes.

Apenas reunida, Moreno redactaba el primer decreto que hace saber su instalación á las autoridades y habitantes del virreinato y, dos días después, el de la organización que se dió y en el que reservaba para sí la secretaría del departamento de gobierno y guerra, con otros varios artículos que daban muestra de la labor á que se consagraban y el espíritu democrático que debía presidir el camino de las innovaciones reaccionarias.

De iniciativa poderosa, "impetuoso y con una vasta preparación y rapidez para expedirse, abarcó todos los resortes de la administración" y fué quien llevó los hombres y los acontecimientos hacia la meta que se le antojara.

Con intrepidez admirable y un pensamiento político profundo, decidió á la Junta á tomar medidas extremas, ejecutar á Liniers y á sus compañeros, acto atrevido y abnegado que, al arrojar esas cabezas al enemigo, marcaron la línea que debía separar en la lucha á los patriotas de los godos, y que lo explicaba diciendo: "sólo el terror del suplicio puede servir de escarmiento á sus cómplices".

Desterró al virrey y á los cidores; organizó el tribunal que reemplazaba á la Audiencia "con la condición de que no tenga tratamiento, ni otro traje que el de abogado, y cuyo nombramiento, por el concepto público que gozaban, no son obras de un favorito que encontraba en los empleos el medio de satisfacer las pasiones, y el foro no gemirá con la extrañeza de ver diciendo *ex tripode*, á quienes nunca pisaron sus estrados". Fundó una biblioteca para "formar el plantel que produzca algún día hombres que sean el honor y gloria de la patria", y la *Gaceta*, porque el pueblo "tiene derecho á saber la conducta de sus representantes, y el honor de éstos se interesa en que todos conozcan la execración con que miran aquellas reservas y misterios inventados por el poder para cubrir los delitos".

Abrió una suscripción popular á fin de arrimar recursos para la expedición, encabezándola con seis onzas de oro, llevando la dirección "con la audacia y energía que lo caracterizaba sobre todos, dice Lopez, "cuya actividad mental era prodigiosa en el despacho de cada día... todo lo penetraba y todo lo mandaba hacer con una eficacia difícil de comprender en otra cabeza que en la de aquel hombre ardiente como el fuego y vivaz como la luz".

Preocupado de las relaciones que debían mantenerse con la Iglesia, consultó sobre el ejercicio del patronato para que éste recayese en el nuevo gobierno, como representante de la soberanía nacional.

Al pedido que le hizo el jefe de la expedición para premiar á los oficiales por su moderada conducta en Córdoba, contestó que la Junta se violentaba en no remitir los grados propuestos, "porque no habiendo intervenido en acción alguna de guerra, ni llenarían la noble ambición de esos patriotas ni dejarían de embarazar en lo sucesivo, pues dando la Junta un grado á la llegada de cada pueblo, al fin quedaría sin soldados y sin premios con que distinguir su mérito".

Es asombrosa la acción de este varón ilustre en las tareas del Gobierno.

Le pertenecen, sin duda, cuantas resoluciones y decretos llevan su nombre al pie, estableciendo medidas severas de orden público, conferencias diarias sobre las ordenanzas militares para los oficiales y cadetes, la creación de compañías de volun-

tarios, modificando las instrucciones de los alcaldes de barrio, el cambio del personal del cabildo, la reglamentación de los ascensos en la milicia, la formación de bosques, las medidas para la conservación de la disciplina militar, el censo de la ciudad de Buenos Aires, la policía municipal, los requisitos para ser empleados, que debían ser nacidos en estas provincias y, en caso de ser europeos, acreditando su buena conducta, amor al país y adhesión al gobierno.

Decretos, habilitando el puerto de Río Negro, y de fomento para los puertos de Maldonado y la Ensenada, que adelantándose setenta años con la visión del porvenir, quería elevarlo al esplendor y opulencia á que la naturaleza misma lo destina. Sobre canalización del río Tercero, que hasta hoy es un deseo.

Suyos son también la exposición de motivos de ruptura de hostilidades con Montevideo, los decretos nombrando los enviados al Paraguay y á Chile y aquella famosa resolución que hizo suscribir al presidente de la Junta, en un momento histórico, suprimiéndole los honores que la adulación pretendiera otorgarle. La palabra oficial no era la debilidad ni la mentira, sino rigurosa y arrogante.

Como si no bastara á sus afanes y fecundía todo ese trabajo y el mayor aún de detalle para las órdenes, resoluciones y revisión de cuanto llevaba su firma, la Junta reservadamente confió "á los vastos conocimientos y talentos conocidos del vocal doctor Mariano Moreno, que sólo eran capaces para desempeñar tan arduo encargo", lo que presentó como "plan de las operaciones que el gobierno provisional de las provincias unidas del Río de la Plata debe poner en práctica para consolidar la grande obra de nuestra libertad é independencia."

Todavía se dió tiempo para traducir el "Contrato Social" de Rousseau.

Pero la superioridad es prestigiosa, se impone á las mayorías, y como estorba á los que sienten su dominio, es peso que se hace molesto, cuando no insuportable.

La ocasión llegó para que abandonara el puesto que briosamente había tomado y finalizara una carrera, que sólo duró seis meses y que en la historia ha de perdurar por siglos.

Junto con la noticia de la primera victoria de nuestras armas, que llegó con una bandera tomada al enemigo y "recibida como el premio de sus tareas patrióticas, el fruto de los trabajos militares de los hijos de este gran pueblo, el anuncio más seguro de la libertad permanente de estas provincias y el más precioso presente que nuestros bravos guerreros podían hacer á la patria," llegaban para incorporarse en las deliberaciones del gobierno los diputados elegidos en aquéllas, respondiendo á la circular del 28 de Mayo.

Encontraban á la Junta dividida por las rivalidades que despertó en su seno la acción impulsiva de su eminente secretario, incómoda para el espíritu conservador de su presidente. Los diputados, entre los que se destacaba el Deán Funes, reclamaron su puesto en la dirección del Gobierno, y, previa deliberación, en que tomaron parte y votaron, fueron incorporados contra la opinión del doctor Moreno, que se opuso, fundado en que no eran llamados para ocupar un cargo en el Gobierno provisorio sino en el congreso general.

Comprendiendo que "su permanencia en la Junta no podía ser provechosa al servicio público", presentó su renuncia, "llevando la convicción de haber cumplido su deber". Pero lógico con su declaración de que siendo el sufragio de la mayoría al ver de ella una medida de salud pública y debía conformarse con ese resultado, suscribió la circular del 22 de Diciembre en que se comunicaba la nueva organización recibida.

Como su renuncia no fuese admitida, apenas suscribió aquel documento de solidaridad para los fines políticos que todos se proponían en la senda que querían seguir, insistió en ella, manifestando que "la renuncia de un hombre de bien es siempre irrevocable".

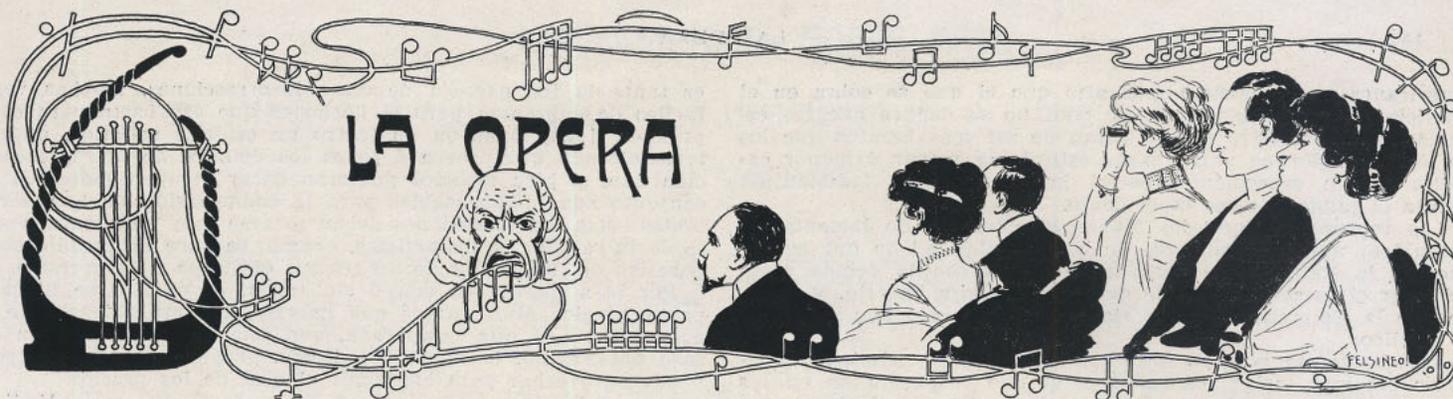
Dos días después se le nombró Ministro Plenipotenciario ante las Cortes del Brasil y la Gran Bretaña, con la misión de fomentar la amistad de ambos países.

El 24 de Enero de 1811 se puso en viaje, decidido á no bajar en Río de Janeiro por considerar que sería inútil y hasta peligrosa su presencia, dada la tirantez de relaciones de su representado con la Corte.

El 4 de Marzo de 1811, al salir el sol en los 28 grados, 27 minutos sud de la línea, expiró el grande hombre, y su cadáver fué arrojado al mar, cuando aquél declinaba, envuelto en la bandera del barco inglés que lo conducía. ¡Digna mortaja del que fué amigo de la Libertad y fundador de la Democracia en la tierra que le dió el sér, donde el espíritu vive como esencia de patriotismo y es luz imperecedera su pensamiento y su acción.



O. GRASHEV. → El ave amiga



La temporada de ópera no ha sido recibida este año con el entusiasmo á que estábamos acostumbrados los que de ordinario asistimos á las funciones del Municipal.

Es, por el contrario, una glacial indiferencia la que el público manifiesta para con estos huéspedes de extrañas figuras que anualmente nos visitan al entrar el invierno, y ya no acude, como otras veces, á pelearse las entradas ni á tributar ovaciones de que hasta hoy, francamente, le habíamos considerado muy pródigo.

El tablero de bicetería, que puede considerarse como un preciso reflejo de la impresión general que producen los espectáculos de un teatro, con el notable descenso experimentado en la venta de localidades, ha traducido hasta ahora, en forma muy elocuente, esta extraña frialdad del público.

¿Es que ha decaído entre nosotros el entusiasmo por la ópera? ¿Será que los aficionados á este género de música comienzan á cansarse de oír todos los años las mismas obras y ya no sienten agrado en presenciar por veintava ó más veces el desfile de los ídolos del pueblo egipcio, los apuros del tenor en la escena de la pira y otras curiosidades líricas análogas? ¿O será únicamente que la Compañía de este año no satisface los deseos generales?

Nos parece que de todo hay un poco en el fenómeno que examinamos. No ha disminuído el entusiasmo por la ópera; pero sí el entusiasmo por ciertas óperas, por aquellas que representan un momento ya lejano de la evolución musical, que no pueden despertar hoy día sino un interés relativo y sólo á condición de ser cantadas impecablemente; óperas que son precisamente las que la Empresa del Municipal se empeña en presentarnos interpretadas por artistas de ningún modo eximios y en muchos casos mediocres.

Con respecto á la calidad de los cantantes que forman el elenco de la actual Compañía, puede decirse desde luego que, excepción hecha del bajo De Angelis, no figura en ese elenco un sólo artista que pueda ser considerado hoy día como una notabilidad. El público y la prensa que, aunque no muy fiel, es casi siempre un reflejo de la opinión general de los espectadores, han dado su voto negativo á los que con mayores probabilidades pudieran optar á tal título y que son Garbin y la Carelli.

El primero de los nombrados sólo ha cantado muy pocas veces hasta ahora. Indispuesto desde la misma noche de su debut, según se nos asegura, ha permanecido en la imposibilidad de hacerse apreciar debidamente. Es un artista que canta como un consumado maestro, domina su voz con prodigiosa facilidad y tiene agudos brillantes y bien timbrados; pero el resto de su registro adolece de ciertos defectos que bastan para retirarle el calificativo de notabilidad.

La Carelli es la artista más inteligente que nosotros hemos visto en la escena del Municipal. Más que esto todavía, está á enorme distancia de cualquiera otra con quien se trate de ponerla en parangón. Su comprensión del arte es genial y no hay momento, no hay detalle que no aproveche para hacernos admirar la exhuberancia de su refinadísimo temperamento artístico. Pero su voz está en decadencia. Sus agudos no son notas que puedan ser escuchadas con agrado por un oído musical y los esfuerzos de su talento no siempre consiguen disimular estas ingratitudes de su voz. El público, por otra parte, que generalmente hace menos caso del talento interpretativo de un cantante que de sus medios vocales, no pudiendo desentenderse de este cambio experimentado por la célebre artista, ha disminuído un tanto el calor de los aplausos con que la agraciada hace cuatro años cuando nos visitó por primera vez.

También está en decadencia la Padovani y ella, que no sobrepasa en talento á la generalidad de los artistas de la ópera, no puede recurrir á otros medios ajenos á la voz para alcanzar el triunfo. Por lo demás, el género ligero á que se dedica, no daría gran campo á un cantante para salir airoso con la sola fuerza de su temperamento dramático.

No es tan sensible esta deficiencia de la soprano ligero como la del tenor y soprano líricos: dado el gusto general del público, en nuestro teatro puede prescindirse del repertorio de una soprano ligero, compuesto en su casi totalidad de obras antiguas que, como hemos dicho, no despiertan el entusiasmo y admiración de otras épocas.

El barítono Borghese no ha cantado hasta ahora sino en pocas funciones. Habiendo permanecido indispuesto durante algunos días, hubo necesidad de que entrara Rapizardi á reemplazarlo.

Borghese es un buen cantante que ha llamado, sobre todo,

la atención por la potencia de su voz y la brillantez de sus notas agudas. Pero nosotros estamos acostumbrados á oír en Santiago barítonos espléndidos, celebridades mundiales, y hé ahí la causa de que nuestro público sólo haya tenido para con él aplausos de estímulo.

Recorriendo la lista de los barítonos que nos han visitado últimamente, se verá que, excepción hecha de Giraltoni, todos lograron en nuestro teatro imponerse desde el primer momento y conservar en el curso de la temporada una situación brillante frente al público. Porque, como decíamos, hemos tenido la suerte de oír en el Municipal á casi todos los mejores barítonos del mundo, y son los recuerdos de otras temporadas los que hacen sombra al mérito de Borghese.

Juzgado en su calidad de otro primer barítono, Rapizardi nos parece espléndido, notablemente superior á cualquiera de los que en ese carácter han venido otros años; pero no nos despierta admiración cuando le oímos cantando obras como "Trovador" ó "Rigoletto" que requieren condiciones de voz que él no posee.

La Gagliardi es una de las artistas de la actual Compañía que más simpatías ha despertado en el público y seguramente podrá concluir con brillo la temporada. Es una soprano joven de voz fresca y potente.

Algo semejante podríamos decir del tenor Scampini. Su inexperiencia de la escena y su juventud le impiden por ahora ocupar en el mundo del arte el alto puesto que le está destinado y que logrará alcanzar con los años y el estudio.

La hermosa voz de Palet se ha hecho aplaudir en repetidas ocasiones durante la presente temporada, aunque no con tanto entusiasmo como cuando actuó por primera vez en el Municipal.

De entre los artistas que ocupan los principales puestos del elenco, sólo nos resta hablar de la Guerrini, De Angelis y el maestro Polacco.

La primera ha logrado conquistar desde años anteriores, muy merecida fama en el público de Santiago. Especialmente interpretando la obra de Saint Saens, Sansón y Dalila, ha sabido colocarse á la altura de una eximia artista. Su voz es hermosa y expresiva en toda la extensión de su amplio registro y su actuación escénica, siempre correcta.

El bajo De Angelis es una verdadera notabilidad, digna de nuestra más entusiasta admiración. Es esta la tercera temporada en que forma parte de las Compañías que anualmente nos visitan y año por año hemos podido ir apreciando los notables progresos de sus condiciones artísticas. Posee una voz hermosa y en extremo potente. Su Mefistófeles es uno de los mejores, si no el mejor de todos los que hemos oído en el escenario de nuestro teatro de la ópera.

El maestro Polacco es un talentoso director de orquesta, á quien la prensa y el público han sabido saludar con espontáneos aplausos y merecidos elogios. Es una lástima que estando obligada la Empresa por las exigencias del público á poner en escena un crecido número de obras en los pocos meses que dura la temporada lírica, el director de orquesta no disponga del tiempo necesario para ensayarlas debidamente. De aquí resulta que sólo por excepción, especialmente cuando se trata de óperas nuevas á las que hay necesidad de dedicarles un número extraordinario de ensayos, el director puede darse el placer de presentarnos una orquesta bien preparada, que obedece dócilmente las insinuaciones de su batuta é interpreta con fidelidad sus sentimientos. En los demás casos, la orquesta no detalla, sólo hace notar los grandes efectos instrumentales sin preocuparse de los más delicados, que son muchas veces los que dan su verdadero carácter al estilo de un autor.

De todo lo dicho se desprende que la Compañía Lírica es deficiente en aquellas partes que son precisamente las llamadas á hacer la fuerza durante la temporada, ya que corresponde á ellas el desempeño de las obras modernas que cuentan con mayor aceptación.

¿Qué debe hacer la Empresa en estas circunstancias para acudir á la indiferencia del público y evitarse de dar espectáculos ante butacas vacías?

Realmente la situación es difícil. En estos días, la Municipalidad discute una presentación de la Empresa en que se pide el alza de precio de las localidades. Se ha repetido muchas veces el dicho de que no hay en el mundo otro teatro más barato que el nuestro, y á fuerza de oírlo, muchas personas consideran ese aserto como un hecho indiscutible. En realidad, el precio de las entradas en los grandes teatros europeos y norte-

americanos es muchísimo más alto que el que se cobra en el Municipal de Santiago; pero de aquí no se deduce que los espectáculos de nuestro teatro hayan de ser más baratos que los de aquéllos, porque para juzgar esto de la mayor ó menor carestía de un espectáculo teatral hay que tomar también en cuenta la calidad de ese espectáculo.

Las representaciones del Municipal adolecen de lamentables descuidos: unos provenientes de la imposibilidad en que se encuentra la Empresa de ensayar las obras con la debida atención por el escaso tiempo de que dispone para hacerlo, y otros, de que la Empresa no gasta siempre mucho celo por satisfacer al público.

Esto contrasta notablemente con la perfección admirable hasta en los más insignificantes detalles que todos elogian en las representaciones de los teatros europeos. Se nos dirá que no

es tanta la importancia de estas incorrecciones, muchas veces fáciles de subsanar; pero el hecho es que eso basta para comprender si hay ó no en un teatro un espíritu artístico, un criterio elevado que provea á todos los detalles de la representación que, si bien aislados pudieran pasar desapercibidos, en su conjunto son indispensables para la comprensión de una obra. Todas estas consideraciones deben tenerse muy en cuenta, aparte de la calidad de los artistas, cuando se hace un estudio comparativo de los precios de los teatros europeos y del nuestro.

Por otra parte, sea con ó sin razón, el público se niega á pagar precios altos; antes que hacerlo, prefiere privarse de la ópera. Y no es esta temporada, que sólo ha despertado un escaso entusiasmo, la oportunidad más propicia que la Empresa pueda aprovechar para conseguir el alza de los precios.

E. G.

LOS GRANDES CUADROS



Retrato de la Infanta Margarita Teresa, por Velasquez.—Galería Imperial de Viena.

Don Alberto Orrego Luco.—La distinción en el Arte.—Los pintores de Venecia

Si se pudiera decir de los artistas lo que se dijo de los pueblos, que los más felices son los que no tienen historia, pocas palabras bastarían para hacer la biografía de don Alberto Orrego Luco. Efectivamente, sentirse atraído hacia el arte, poder seguir con toda facilidad sus inspiraciones, luego encontrar desde un principio la fórmula que permite reali-

impresión de que son obras de un artista de visión original y de temperamento personal. La obra, en conjunto, del señor Orrego, nos ofrece tres aspectos bien definidos: los paisajes y, entre otros, toda la serie de los que hizo en el Sur de Chile; las marinas, y las impresiones de Venecia y de otras partes de Italia.

De los paisajes que pintó en el sur de

producidas, ó mejor dicho interpretadas, exigen un ojo y un alma de poeta; el mar, que á todos los temperamentos, desde los más vigorosos hasta los más delicados, con la única condición de que sean verdaderamente artistas, ofrece los tesoros de su "éternel recommencement".

Los momentos y los efectos que don Alberto Orrego Luco ha buscado casi siempre son los de las horas de serenidad y de impresión apacible, cuando las olas vienen á morir sobre la playa, con su ruido de seda arastrada y sus transparencias de piedras preciosas; las horas de misterio, pero de misterio aquietador y evocador de ideas entre melancólicas y sonrientes, los crepúsculos que hacen pensar en todo lo pasado, pero sin hacer sangrar ninguna herida, ni abrir ninguna cicatriz: los momentos en que el mar, que tiene de los felinos los caprichos, las traiciones, los tremendos furores, pero también las caricias y las arrulladoras seducciones, no nos enseña sino estas últimas.

La técnica del señor Orrego Luco es admirablemente adecuada á estos efectos que él afecciona: de dibujo correcto, de ejecución sumamente discreta y sabrosa, ella dice todo lo que hay que decir sin ningún descuido ó olvido, pero también sin que ningún detalle inútil venga á distraer la atención de la impresión y de la emoción que se quiere producir.

Es indudable que la parte más importante de la obra de don Alberto Orrego Luco, la en que él afirma más su personalidad y que sellará su fama y su gloria, es toda la serie de sus cuadros venecianos en que, al encanto natural del mar y de las aguas, se añade todo lo que representa de arte, de ilusiones, de luz, de color, de tradiciones y de leyenda esta palabra: **Venecia**.

Hay sitios privilegiados, especiales, que atraen á los artistas como la luz atrae á los pájaros y á las mariposas, y que como ella también pueden quemarlos y matarlos si no tienen la sutilidad y la fuerza ne-



Paisaje de Venecia

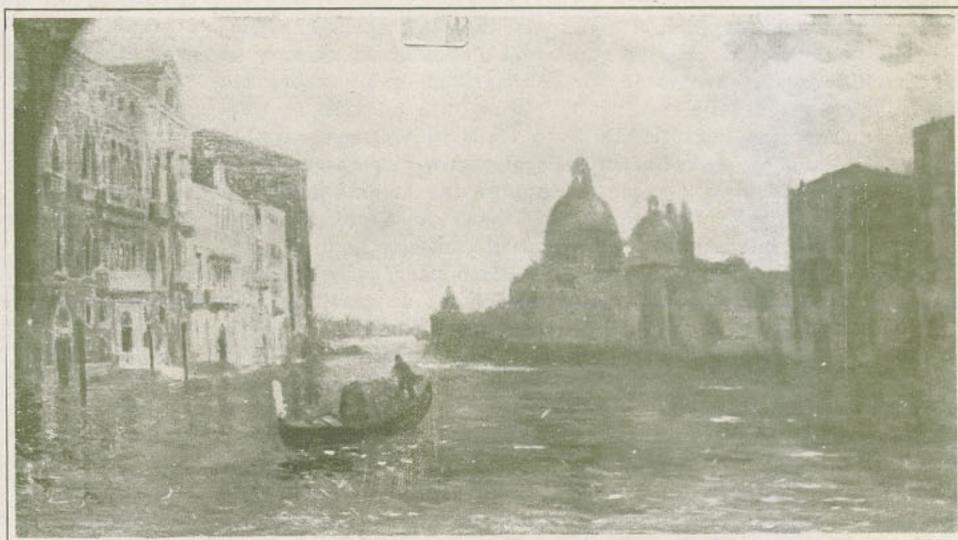
zar los ensueños y los ideales artísticos y, por fin, radicarse y vivir bajo el cielo y en el país que, además de ser delicioso por sí mismo, es el que ha correspondido mejor á las ideas y á las aspiraciones artísticas; si todo eso no constituye la felicidad en una carrera de pintor, no sé dónde tendríamos que ir á buscarla.

Además, el señor Alberto Orrego Luco ha conocido durante toda su vida de artista el éxito más constante, como correspondía á su talento cuyas características son la distinción y el más delicado refinamiento.

Es sumamente difícil explicar y definir en qué consiste la distinción en el arte, esta cualidad tan sutil, que casi siempre no tiene nada que ver con el talento, propiamente dicho, ó los conocimientos profesionales del artista. Buscando un ejemplo en la literatura, ¿por qué Zola, con todo su genio y su poderoso talento, no nos da nunca la sensación y la idea de la distinción, mientras que no hay una línea de Flaubert y aún de Maupassant, para concretarme á los maestros de la Escuela naturalista, que no nos imponga esta idea? Creo que la única explicación posible es que toda obra de arte refleja la naturaleza de su autor, cualquiera que sea el tema tratado y, en una palabra, que el asunto más vulgar y ordinario, interpretado por un temperamento refinado y culto, toma un sello de distinción; mientras que el tema, de por sí el más elegante y fino, puede llegar á dar una impresión de vulgaridad, si el pintor que le reproduce es una persona sin educación moral é intelectual, ó sin raza, aunque posea todos los recursos técnicos del arte que cultiva.

Los cuadros de don Alberto Orrego Luco, aparte de todas sus otras cualidades pictóricas, nos dan esta impresión de distinción y de elegancia, realizada en la mayor parte de los casos por la feliz elección de los paisajes y efectos escogidos por el autor; además, nos dan también la

Chile cono. ., desgraciadamente, muy pocos, pero los que tuve ocasión de ver confirmaron plenamente, á mis ojos, la justicia de las alabanzas y de las opiniones encomiásticas que he oído y leído sobre ellas. Entre otros, don Pedro Balmaceda Toro, este joven cuya intuición y sutilidad adivinatorias casi increíbles en un niño, eran, desgraciadamente, las profé-



Una calle de Venecia

ticas advertencias de la prematura muerte, había señalado en estas obras de don Alberto Orrego Luco este sello de distinción que las caracteriza. . .

Pero lo que me parece corresponder mejor á los gustos delicados y refinados del pintor, es el mar, el mar con sus infinitas variedades de luz, de color, de armonías y de formas, que para ser re-

cesarias para resistir á las llamas demasiado violentas. Los motivos de esta atracción son muy variados y diversos: algunos son, antes que todo, intelectuales, estéticos y arqueológicos, como pasa en Roma, en Grecia y en Madrid, por Velasquez, Murillo y Goya; y otros son todo eso y algo más, algo indefinible, pero que canta en todos los corazones de los

jóvenes artistas: es Granada, es Sevilla, es Venecia; ahí parece que todas las condiciones de la vida ideal están reunidas; el arte está en todas partes, se respira en la atmósfera toda, y sin embargo, no nos aplasta, como en Roma; con el ambiente, con el cielo, con la pureza del aire, forma un todo tan homogéneo, que realiza la perfección de la armonía, dejando el espíritu en estado de completa satisfacción. Esta deliciosa condición que podría llegar á ser peligrosa, incitando á los artistas á no producir, para gozar con toda la plenitud de las sensaciones, sin trabajo ni preocupación, no tuvo, sin embargo, y en Venecia menos que en ninguna otra parte, este triste resultado.

Desde que Venecia existe, es infinito el número de los pintores que han dedicado su arte á interpretarla, bajo todos sus aspectos, y el campo del arte es tan vasto, tan complejo el poder de la interpretación y de la evocación, tan soberano el genio artístico cuando logra imponer su modo de ver y de traducir, que después de tantos y tantos artistas geniales, el tema no se ha agotado, y se ofrece todavía á nuevos intérpretes, con todos los encantos y el delicado misterio de una diosa antigua.

Es ya una vulgaridad repetir que cualquier paisaje vale, no tanto por el tema escogido sino por la interpretación, según las sensaciones experimentadas por su autor al pintarlo, sensaciones que el pintor, si tiene genio, logra comunicarnos al público. Que se ponga á Ruysdael, á Claudio el Loreno, á Corot, á Daubigny, á Rousseau, juntos, delante del mismo paisaje, cada uno de ellos pintará un cuadro que para el espectador imparcial é

injenuo será la reproducción exacta de la naturaleza; y, sin embargo, estas pinturas serán tan distintas una de otra que, viéndolas juntas, el espíritu más ponderado y mejor equilibrado vacilará y se turbará, sin atreverse á formar un juicio, dar una opinión; es, pues, el poder de la sugestión que está actuando, poder tanto más fuerte cuando emana de un cerebro más dominador y genial. Si esta verdad, ya irrefutable, se admite sin gran dificultad cuando se aplica á un paisaje de campo de formas más ó menos vagas é indefinidas, parece que tratándose de una ciudad con sus casas, sus siluetas y construcciones perfectamente determinadas, y además, caracterizadas, como lo es Venecia, por el aspecto, único en el mundo, de sus canales, el problema de variar las impresiones por la interpretación se hace muy árdua, y, sin embargo, vemos que ningún lugar del mundo ha sido, artísticamente, más explotado y de una manera más variada y diversa.

Desde el aspecto soberbio y magestuoso que le supo imprimir Canaletto, pasando por la gracia, la delicada alegría, las armonías á la vez ricas y tan finas del exquisito Guardi, para llegar á los tiempos modernos, en que tantos artistas geniales no quisieron resistir al deseo de dejar pintada su impresión sobre Venecia, podemos ver que el tema no se agota ni se vulgariza.

El mismo Ziem, que parece haberse casado con Venecia, como antiguamente los Duques de aquella ciudad se casaban con el Mar Adriático, á pesar del carácter marcadísimo que dió á sus vistas de Venecia y la abundancia de su producción, no ha comprometido en nada la integridad y la

frescura de las impresiones que puede recibir un artista en la ciudad de la luz y del agua...

Don Alberto Orrego Luco encontró en Venecia la completa realización de sus sueños y de sus ideales de artista. Su espíritu distinguido y cultísimo veía reunidas ahí todas las condiciones que convenían á su talento y á su modo de ver y de comprender las cosas: luz firme y brillante, efectos de agua los más mágicos y encantadores, misterio y evocadoras leyendas inherentes á todos los lugares de antiguas tradiciones y de extensa civilización, y en fin, el aspecto exterior bien definido de los objetos, que satisfacía su idiosincracia y su talento preciso y claro, á la vez que poético y soñador. El supo, en esta Venecia tan pintada y tan explosiva, encontrar una nota nueva y original que le asegura un lugar muy honroso entre todos los pintores de Venecia.

Al mismo tiempo que vive la vida ideal del artista en el país del arte, por definición, debe tener la intensa satisfacción de pensar que contribuye á la fama y al buen renombre de Chile, por sus obras y por su personalidad de artista distinguidísimo; y, aquí en su tierra natal, cuyo hermosísimo cielo se asemeja tanto al de su país de adopción artística, ha logrado esta consagración de la popularidad que liga definitivamente á un artista con su obra, y cuya prueba gráfica tuvo hace poco cuando, hablando con una persona de alta intelectualidad, al pronunciar el nombre de don Alberto Orrego Luco, mi interlocutor instintiva y naturalmente exclamó: "Orrego Luco... el pintor de Venecia!" Imponerse á la opinión pública como el pintor de algo, ¿no es el sueño dorado de todo verdadero artista?

Richón BRUNET

El porvenir de los perros

Iba yo caminando por un sendero del monte, cuando de una casa ha salido un perro. Un perro pequeñito y alborotador, vivaracho y arrogante, que viene hacia mí ladrando con altanería y provocándome, como queriendo decirme: "¿qué traes tú aquí, con cuál derecho vienes á esta casa de labor que no te pertenece?"

Es un perro pequeñito, á quien sin duda sus amos han concedido una sagrada misión, que es el defender la casa, y el jactancioso perro, envaneido por la magnitud de su deber, sale hacia mí y me desafia, me gruñe y aún hace ademán de quererme morder las pantorrillas. Pero traía yo un mendrugo de pan en el bolsillo, se lo he arrojado al perro, el perro se lanza sobre él, lo huele, se lo come, y después que lo ha comido me mira completamente perplejo. "¿Qué haré yo ahora con este hombre parece interrogarme el bueno del can, este hombre amable que me ha dado que comer? ¿Y cómo podré conciliar mis deberes de centinela con estos nuevos deberes de gratitud...?"

Finalmente, el perro no ha sabido qué decisión tomar; se ha callado y me deja ir tranquilamente por el camino. Y pienso yo, mientras me separo del perrillo, que fué una gran desventura la que le ocurrió al hombre cuando escogió como progenitor y origen de la estirpe al mono, un animal soez, lúbrico y canalesco, de cuya infamia todavía no hemos concluido de avergonzarnos lo bastante.

En cambio, si el hombre descendiese del perro...

Pero el perro está llamado á formar una nueva especie de hombres, mejor dicho, de perros. Andando el tiempo, es indudable que el hombre tendrá en el perro un formidable competidor, y cuando la especie humana haya fracasado, se haya agotado y languidezca miserablemente, entonces el perro se encargará de levantar la gloriosa carga del progreso animal, la ardua tarea de la perfección del espíritu de las criaturas; y esta ardua y sorprendente tarea, que comenzó en lo profundo de los

mares por una especie de coágulo de varias células, primera forma animal, primer peldaño de la grande escalera fisiológica; esta ardua tarea, que principió de una manera tan torpe y que termina en el individuo humano de un modo tan glorioso, esta tarea, cuando el hombre se haya agotado, vendrá á sostenerla el perro, su fiel amigo.

Cada día, en efecto, se le mimó al perro y se le cuida con mayor atención. Se le ama, se le hace intervenir en nuestra vida íntima y en nuestros trabajos, y hasta se le encomiendan misiones difíciles, por las cuales el conocimiento canino penetra francamente en el terreno de la moral: en estos momentos el perro ya no es un sér ignaro y dependiente, sujeto, como el caballo, el buey, etc., á la voz de mando del hombre, sino que el perro va ganando derechos, va acrecentando su independencia, tiene participación en el deber, en el sacrificio, en el honor. Sirve para la guerra, para la salvación de naufragos, y heridos para las expediciones científicas; defiende la propiedad con un alto espíritu de sabio egoísmo; tiene plena conciencia de los deberes que se le imponen; forma parte de la policía; persigue á los criminales, los aborrece y los conoce mediante su fino sentido del bien y del mal, de lo legítimo y de lo ilegítimo. Merced á los sabios cruzamientos, á la higiene, al amor y á los beneficios del progreso, el can ha saltado ya unos cuantos escalones en su carrera; dentro de pocos siglos será fácil imbuirle la conciencia de Dios y de la inmortalidad del alma. Así, pues, ¿es aventurado anunciar que luego, acaso pronto, el perro llegará á excepcionales grados de inteligencia? ¿Que aprenderá el uso de las cifras, que penetrará el espíritu de las matemáticas, que se avivarán su memoria y su dialéctica, que se hundirá en los espacios de la metafísica, y que, por último, podrá usar de la escritura y articulará palabras? ¿Y que substituirá al hombre, y se creará entonces una nueva especie de hombres, por mejor decir, de perros...?

José M.^a SALAVERRIA

IDILIO Y TRAGEDIA

—Ahí va, ahí va, grita á lo lejos un pelotón de chiquillos, corriendo pecho arriba por uno de los campos del pueblo, detrás de una bandada de perdigones.

En los peñascos de las cuencas y en el fondo de las gargantas del terreno, el eco repite desde cien sitios: "¡ahí va, ahí va!", de un modo desvanecido y aéreo, como si otras cacerías se verificaran en diversos sitios del monte.

¡Qué vistosa y qué bizarra partida de cazadores! La de los mismos muchachos que siempre anda por mis libros.

El hijo de la Chirrina, Andrés, general en jefe del andante escuadrón, que escasamente llega á los doce años, reparte órdenes y pedradas en todas direcciones y anima el tropel con su actividad y le dirige con su buen golpe de vista **trapacera**. Le ha prometido una buena su padre, pero sabe el muchacho que el bosco autor de sus días está en el pueblo inmediato, y al verse el rapaz libre, estalla de alegría, como si fuera el graneado de un fuego de artificio. Le siguen, pisándole los talones, Periquín, hijo de la Tarasca; Anselmo, nieto de la Cantimplora; Lorencillo, sobrino de la Porcuza; Jusepe, hijo de Trinacopas; Celedonio, ahijado de Matapenas; Robustiano, nieto de Orinaduros; Pantaleón, primo de Piernascombas, y hasta dos docenas de desharrapados que, cuando llegan las postrimerías de Agosto, se lanzan á las cacerías de pájaros, y no dejan

filtraciones, babeando sus hilos sonoros, y cada gota, al caer, parece llevar el canto de una lírica orquesta. Un nutrido rapi-car de sonos armoniosos halaga dulcemente los oídos con efectos de músicas extrañas. Los muchachos callan un momento, seducidos por esta sinfonía, y se ponen á contemplar los círcu-las, rayas, rizos y ondulaciones que arrugan la tez susceptible del agua. ¡Qué misterios! Allá abajo, en lo hondo de aquella sima transparente, una violentísima mancha de fuego, un relámpago de vivas tremulaciones ofusca y pincha los ojos con mil espadas de oro: es la copia del sol.

—¡Mira, y no se apaga! dice uno de los chiquillos al verlo lanzar sus llamas de triunfo.



P. Suberx.

en todo
el contorno
árbol sin pe-
drada, huerto sin
avería, lagarto sin

ser acosado, culebra sin ser perseguida y charco ó poza sin que reciba sus cuerpos denegridos.

Congestionados los rostros bajo el potentísimo sol que cae de los cielos, descalzos de pié y pierna, sin montera ni cosa que resguarde el cráneo del calor, y reuniendo entre todos un traje hecho jirones, pues el que lleva un pernil carece de lo demás, y el que enseña un tirante no tiene calzones que sujetar, van comunicándose en atropelladísimos diálogos, rendidos ya y asfixiados por la carrera.

—¡Por ayí se han metío, mñales! gritaba Andrés; ayí san acurrucao junto la aberca; vamos á eyos.

Y cautelosamente, inclinando los cuerpos para ofrecer menos blanco á las perspicaces miradas de los perdigones, se dirige la partida de chiquillos al bosque que pone techo de greñas á la superficie del estanque.

¡Qué vaho de frescura al entrar bajo aquella tupida bóveda! El enzaizado pabellón deja dibujarse en el suelo una azulada randa de sombra taladrada de lunares de oro que se deslizan sobre el agua cuando el viento mueve mansamente el ramaje. Los chiquillos muestran, salpicados de esos lunares de luz, piernas, brazos, rostro, manos y cabezas. A veces, el fantástico encaje sacude su tapiz aéreo, y entonces los millares de pupilas de oro corren sobre los cuerpos de los muchachos con precipitación deslumbrante y vertiginosa...

Después de buscar inútilmente los perdigones, se ponen á mirar los rapaces, echados sobre los muros del estanque, la copia de los cielos, de las ramas, del muzgo y de todo el bosque, allá en el fondo misterioso del agua. Sobre ésta caen infinitas

—Por-
que está
ma abajo del
agua, y no le ye-
gan laz gota.

—¿Y á cuántas brazas
estará de nosotros, tú?

—¡Anda! Lo menos á veinte.

—¿Vamo á cogé una caña pa pin-
chale?

Los perdigones surgen de pronto, brus-
camente, del matorral, y dejan cortado el
diálogo de los cazadores.

—¡Ayí van, ayí van! repiten de nuevo los chi-
quillos, lanzándose en polvoroso tropel, como dice
Virgilio, y los peñascos de las gargantas y los pedrus-
cos de las cuencas devuelven las sonoridades fantásticas y
repiten muy débilmente: "¡Ahí va...!"

Ladera arriba, otros granujas huyen como demonios: uno tro-
pieza, otro quita la vez al delantero, éste da una voltereta para
caer de pié, como los gatos. En un recodo, los perdigones se
aclocan rimando el color de sus plumas con el de la tierra, y
el escuadrón de cazadores pasa de largo.

Entonces los animales se remueven, inspeccionan el terreno
alzándose sobre las patitas, y, viendo el campo libre, toman la
ruta del monte.

Rendidos de nuevo los chiquillos por el sol y la carrera, dan
en tierra bajo unos parrales, rojos los carrillos, las frentes su-
dorosas, el aliento jadeante y desollados piés y manos.

—¿Sabei que pica bien el sol? clama el revoltoso jefe, con los
ojos encandilados.

—Jaremos sombreros con las pámpanas.

—Bien pensao, miá tú.

Y las guinaldas flotantes de la vid, los sarmientos vestidos
de hojas, caen tronchados al suelo en haces hermosos. Un
rapaz traza en un periquete una corona y se planta; otro com-
bina un círculo de verdura y lo ajusta á sus sienas; el de
más allá teje una trenza de pámpanos y lo rodea al cráneo
hirviente; éste arregla la más graciosa diadema de Baco y
engalana su cabeza con ella; todos se adornan con dioses
griegos, y son de ver las caras sucias, los carrillos dados de
oscuros pinceladas, los torsos de color de bronce empavona-
dos por el sol, bajo aquellas coronas egregias, bajo aquellos
adornos clásicos.

Grita uno de los chiquillos: "¡por ayí van!" y las profusas fi-
guras del cuadro, fijas en el suelo, se inclinan hacia un mismo
punto: combínase entonces una sucesión de perfiles, revuélvense
de modo distinto los cuerpos, adoptan las manos diversas acti-
tudes, y la riente plasticidad y la gracia más pura y fresca
seducen en el lienzo vivo y caprichoso.

El cuadro se descompone cuando se persuaden los chiquillos
de que no pasan los perdigones.

—Puez eyo e que hay que buscarloz.

—Ezo digo yo.

—Puez yo no. Yo digo que ez mejó ir á arcanzá er nío e cigüeña que hay e no arto e la atalaya.

—Mejó e jezo, clama la mayoría de las voces, y allá va la risueña partida entre las llamas vibrantes del sol, que arranca chispas de las piedras.

La atalaya era una torre en ruinas, una altísima edificación de moros, un prodigio de vetustez con su manto de hilos de araña, sus anfractuosidades llenas de germinadores reptiles, sus matorrales á media obra, que no se sabe de qué jugo beben, y sus troneras, por las que se veía la lista del mar azul y las arenas.



Una especie de espuerta de broza, un nido colossal hecho á trompicones, dejábase ver en la cima, y cerca de él, sostenida por milagroso equilibrio sobre un pié, una cigüeña castañateó el largo pico al ver acercarse á la torre el tropel de libres muchachos, y se elevó á grande altura.

Se echó la china para ver á quién le tocaba hacer la ascensión al nido; hubo disputas, bulla, gresca, arreglos, desarreglos, y, por fin, Andrés, Andresillo, el más denodado, en más valiente, el más simpático, fué elegido para el caso.

—Bueno, dijo; pero no matemoz los pájaro, zi los tiene; no jaremoz más que vélos, ¿eh?

Se remangó el único trozo de manga que tenía su camión, lió en un estropeado papel un cigarro de pámpanas secas, descri-

bió varios brincos y zapatetas antes de aferrarse á la obra, y por fin se agarró, en actitud de rana, al edificio. Ascendió por aquella escala inverosímil; ganó, trazando culebrecs, algunas varas de altura; arañó, sintió el escalofrío del riesgo varias veces, y en un huequecillo mayor que los demás, puso un instante el cigarro para hacer descansar á los pulmones. Fumó de nuevo, tornó á soltar la pajueta, hizo en el aire unos garabatos de alegría con una pierna libre y apechugó de nuevo con la torre.

Ya estaba cerca del nido, y forcejeaba, cansado de la lucha, á una altura vertiginosa. Aterados los espectadores, ni profesaban palabra siquiera. De pronto, sintió Andrés un colossal aletazo en el rostro, á la vez que oyó un graznido feroz de ave furiosa; llevóse el rapaz ambas manos á la cara, perdió, con el punto de apoyo, el equilibrio, y cayó al espacio; volteó, rebotó, grieteándose el resonante cráneo contra una peña. La punta del cigarro tardó más en bajar, y por un capricho del aire fué á caer, encendida y humeante, en la desportillada boca del muchacho.

El idilio se había trocado de pronto en tragedia, en tragedia imponente y horrible.

La primera idea de los chiquillos fué la de salir huyendo; algunos no volvieron la cara atrás hasta entrar en el pueblo, yendo á refugiarse en el seno de sus madres; otros dieron parte de la desgracia, entre espasmos de muerte y castañeteamiento de dientes, y la noticia voló como un río de pólvora por el pueblo. Salieron á recibir el cadáver, que era conducido en hombros, viejos, mujeres, niños, todo el vecindario en masa.

Un plañido fúnebre, compuesto por gritos de cien bocas, por exclamaciones de pena de cien labios y por los retorcimientos de dolor de la madre, llegaba al alma con el trágico aparato de las grandes desgracias.

—¡Mira, mira!! decían las mujeres á sus hijos. Pa que te zirva de escarmiento. Pa que no güervaz á andá por esos campos.

Los niños veían con agrandamiento de ojos el cuerpo muerto, y retrocedían espantados. En la humilde casa de Andrés fué colocado el cadáver, y la noche cayó sobre el espíritu de la madre como un océano de sombra. Todos los vecinos del pueblo acudieron al velatorio; en el regazo de las mujeres, los niños, en grupos cabizbajos, los de edad igual á la de Andrés; los viejos, acostumbrados á los dolores, con una tranquila resignación, al lado de otros viejos; las mujeres con el alma en cruz, clavada por la pena.

Cuando el padre de Andrés volvió del pueblo cercano, bien entrada la noche, vió el pueblo de luto, gentes á la puerta de su casa, resplandores de cirios que salían de su habitación, y por último, como quien es presa de una pesadilla, á su hijo muerto. Hubo una explosión inmensa de lágrimas, un valiente triunfo de sentimiento.

Se tiró el padre contra el suelo, diciendo que quería morir con su hijo; pensó desgarrarse de pena, estallar.

La tensión del dolor lo redujo al cabo de algunas horas. En el velatorio imperaba un silencio absoluto, roto sólo por algún recrudecimiento de lágrimas.

En las profundidades del silencio, allí donde los seres que asisten á un velatorio oyen terribles músicas negras, palpitaciones de cajas destempladas, compases repetidos de duelo, andares de muerte y roces de visiones, el alma humana formula, traza la interrogación eterna, y espera con el oído puesto en la sombra. Todas aquellas músicas extrañas no pueden concretar una frase, no pueden cuajar una palabra.

Las armonías pasan y vuelven; tan pronto preludian marchas lúgubres, tan pronto imitan sollozos y rezos; ya remedan ruidos de mantos que se arrastran; los cirios restallan y dejan una línea de ceroso humo en el aire: las almas sienten inmovilidades de piedra: sólo el gran mecánico, el corazón, añade su música involuntaria á las misteriosas que pasan por el fondo tenebroso del silencio....

Amaneció, y vino una luz de muerte á manchar de palideces los rostros. Las miradas parecían despertar de una noche eterna.

Durante el día, vinieron los chiquillos compañeros de Andrés á echar lágrimas y jazmines en su caja. Una niña, como de cinco años. Llegó con un brazado de rosas, las echó sobre otras rosas, se arrodilló y movió los labios como vió que hacían las mujeres. ¡Oh, divina oración la suya, tan pura como la primera luz de una aurora de Mayo!

Por la tarde, en medio de la quietud excelsa de los campos, se dió principio al entierro. El cura, revestido de negro, llegó con su acompañamiento sagrado a la puerta de los padres del muerto, y les pidió al hijo de su alma. La madre arrojó un inmenso grito de sorpresa que dejó rotas sus entrañas. El canto fúnebre lo pidió con nuevos clamores, escudriñando el corazón para estremecer sus más leves fibras.

Cogieron, los que fueron amigos de Andrés, la caja, y estalló esa sinfonía terrible, tremenda, de aullidos de almas que se retuercen y despedazan de dolor, de congojas que rompen en lágrimas, de voces profundas que entonan el canto de la muerte, de aroma de rosas ajadas, de jazmines marchitos, de clamores, de besos y de llantos.

Es la inmensa frase de pena con que se despide al que fué. La tierra cae sobre la gracia segada en flor; las piedras retumban en la caja dando golpes de cólera; los ojos que quedan bajo tierra no verán más los rayos melancólicos del día, los misteriosos simulacros de luz de la tarde, el ajamiento de tintas de los cielos, el mar azul que no lejos de la tumba canta su estrofa eterna.

Hay que decir adiós al muerto. Pretendió subir donde los pájaros, y cayó por falta de alas. Dios se las puso al cuerpo de las aves, y no quiso prenderlas al cuerpo de los niños, que son más bellos que los pájaros.

El Fundo San Carlos



Fachada de las casas

Se encuentra situado este fundo á cuatro leguas al sur de Santiago, en una zona vinícola, acaso la más importante del país. Es su dueño actual don José Luis Coo, quien, después de llevar á cabo, durante veinte años, algunas de las construcciones más importantes del país, se ha consagrado á labores campestres desde el año de 1900, en que lo adquirió.

La situación, próxima á Santiago, con casas y bodegas al lado de la estación, ha permitido organizar el fundo industrialmente, dando el mayor desarrollo posible al negocio de vino. La viña, que pronto tendrá cincuenta cuadras de las trescientas que mide el fundo, dado el buen suelo, lo escogido de sus plantas y el esmerado cultivo, da un producto de primer orden.

El resto del fundo está dedicado al negocio de pasto aprensado, teniendo instalaciones completas con fuerza hidráulica que, además de mover las máquinas del establecimiento y bodega, proveen de luz eléctrica á éstos y casas de los empleados superiores y la comfortable mansión del propietario.

A fin de sacar provecho de todo, contribuyendo á la vez al progreso del país, ha desarrollado una magnífica crianza de ovejas Hampshire-down importando reproductores de Inglaterra, y ha obtenido varios primeros premios en las exposiciones y un año el premio fiscal por el mejor carnero importado entonces. Las ovejas desmalezan los potreros y proporcionan abono para la viña. La mira del propietario ha sido aumentar la viña todo lo más posible, ya que la bondad de sus productos le están permitiendo exportar, pero la principal consideración que lo detenía era la gran cantidad de operarios que necesita este cultivo. El término medio de trabajadores no baja de cien hombres, número difícil de tener por el sistema del inquilinaje, sistema al cual tampoco se aviene el carácter independiente y generoso del propietario, formado en la lucha constante del trabajo libre y remando de abajo para arriba. Esto lo ha so-

lucionado económicamente, á la vez que haciendo un buen negocio, contribuyendo á una obra de regeneración social, teniendo trabajadores libres. En uno de los extremos de su fundo echó la planta de una población de campesinos, á quienes, previo el pago de una pequeña suma, les entrega un sitio donde puedan construir su habitación, sujetos á condiciones de higiene y forma de construcción. El sitio lo van pagando como se lo permiten las circunstancias á cada cual, y quedan en libertad de trabajar á quien les plazca.

Pasan de trescientas las familias que se han hecho propietarios de sitios.

Se ha formado así en esos feraces terrenos una población importante, en un suelo sano y permeable, en la altiplanicie del valle á más de 700 metros de altura sobre el mar, con calles anchas, perfectamente bien trazadas, obedeciendo á un plano formado por el propietario.

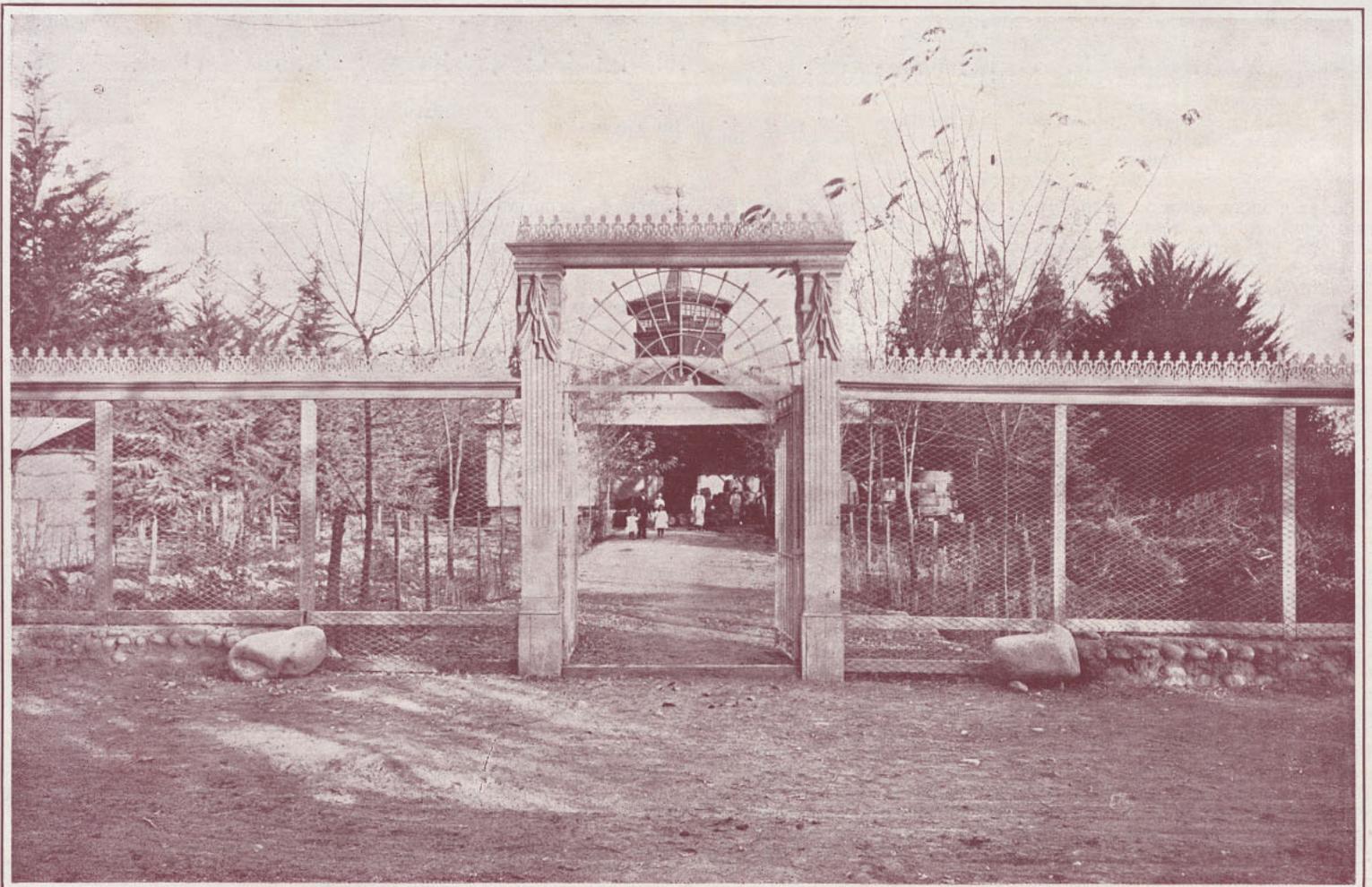
De aquí sale la mayor parte de los trabajadores para la viña y bodega, y así puede desarrollarse esta industria sin entorpecer la explotación del resto del fundo, que es atendido por treinta y tantos inquilinos propios.

El señor Coo piensa aumentar más su viña, ya que le está dando tan buen resultado y ha solucionado la cuestión brazos en tan buenas condiciones, si es que la exportación de sus vinos aumenta como lo espera; sobre todo si se consigue en el tratado con la Argentina cordilleras libres y alguna rebaja por mar, y más aún si se estableciera alguna línea directa de vapores á esos mercados, con un flete equitativo y con seguridad en la conducción de la carga.

Esta consideración sería provechosa para los productores en general, no sólo de vinos sino de tantos otros frutos que podrían exportarse con beneficio directo para el país, pues aumentando la exportación estimularía la producción.



Bodega del Fundo San Carlos



Huerto del Fundo San Carlos

El ingerto de los órganos vitales

EL INSTITUTO ROCKEFELLER, DE NUEVA YORK

LOS experimentos mencionados en nuestro número de Marzo último referentes á la materia que sirve de título á este trabajo, además de envolver una gran trascendencia para el intercambio de órganos viscerales y de miembros, poseen en sí numerosas aplicaciones prácticas, de que es preciso dar cuenta antes de pasar adelante y entrar de lleno en el asunto que motiva nuestro estudio.

La nueva transfusión de la sangre

La primera y principal de dichas aplicaciones es dar una base segura á la operación conocida con el nombre de **transfusión de la sangre**, y que, como todo el mundo sabe, consiste en inyectar en las arterias y venas de un anémico la sangre de un individuo exuberante de vida.

La primera operación de esa clase intentada con éxito, llevóse á cabo hace doscientos años. Pero, justo es decir que desde entonces acá la transfusión no llegó á constituir una ciencia exacta, debido á dificultades insuperables. El gran obstáculo de la transfusión lo constituyó siempre la tendencia de la sangre á formar coágulo. Esto se procuraba impedir vertiendo la sangre en un recipiente y agitándola con una espátula, en la misma forma que el cocinero agita el contenido de un huevo. Merced á ese medio, completamente primitivo, se lograba separar de la sangre la fibrina, ó sea la substancia en torno de la cual se forma el coágulo.

Era indispensable encontrar algo que tuviese un proceso más científico y que ofreciese resultados más satisfactorios en la práctica. Carrel fué el afortunado descubridor de ese algo, y hoy se lleva á cabo la transfusión de una manera sistemática y sencilla. El eminente operador del Instituto Rockefeller procede del siguiente modo: tomando una arteria del individuo sanguíneo, cose uno de los extremos del vaso y una arteria del anémico; establecida una circulación perfecta, los sistemas arteriales de ambos individuos funcionan durante algún tiempo como si fuese un sólo sistema.

Carrel demostró en cierta ocasión el valor de su método. Uno de sus colegas le llamó una noche para hacer la transfusión de la sangre á su hijo, un pequeñuelo de cinco días. El recién nacido se moría por falta de sangre. Cualquier observador superficial hubiese dado la muerte á la criatura. Sin embargo, Carrel tomó la arteria radial del padre y la saturó á la vena poplítea del pequeñuelo. En pocos minutos, se advirtieron importantes cambios: tíñéronse de rosa las orejitas del niño, enrojecieron los lívidos labios, y todo el antes pálido cuerpecillo brilló con los colores de la salud. El niño empezó á poco á llorar con todas sus fuerzas pidiendo alimento, y hoy es modelo de babies sanos y robustos.

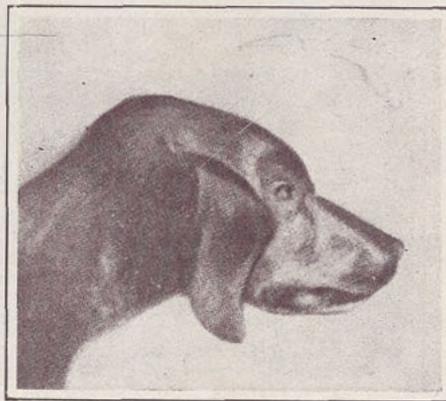
Esta operación y otras análogas son ya práctica regular, no sólo en los Estados Unidos sino en toda Europa. Hace poco tiempo fué admitido en el Hospital de Niños de Nueva York un enfermito de tres años de edad, que desde su nacimiento venía padeciendo un tumor en los riñones. Era tan malo el estado del niño que sin duda hubiera muerto de ser operado en circunstancias ordinarias. Pero luego de serle inyectada la sangre de su padre, mejoró hasta el punto de considerar los médicos completamente exenta de peligro la extirpación del tumor renal, operación que, en efecto, se llevó á cabo

con entero éxito. El niño sanó pronto y se encuentra ahora en magnífico estado de salud. He ahí, pues, otro caso muy interesante, entre las numerosas aplicaciones que puede tener el nuevo principio en cirugía.

Nuevo tratamiento del aneurisma, de la hidrocefalia y de la hidropesía

Es otra aplicación inmediata de los trabajos de Carrel sobre las arterias. El aneurisma tiene su origen en la acumulación de sangre en una arteria. En la parte de vaso atacada por la enfermedad se forma un tumor sanguíneo, que de no ser atacada su marcha á tiempo, puede abrirse y causar la muerte instantánea por hemorragia interna.

Aunque existen varios métodos de tratar los aneurismas, ninguno de ellos da resultados positivamente satisfactorios. Hasta ahora, la resolución quirúrgica del aneurisma suponía generalmente la destrucción parcial de la arteria. Y como á consecuencia de esta destrucción quedaba sin riego y sin alimento una parte cual-



Perro operado en el Instituto Rockefeller. Se le ingertaron una oreja y parte del cuero de la cabeza de otro perro, y goza ahora de perfecta salud.

quiera del cuerpo, se determinaba fatalmente la gangrena.

Cree Carrel que el tratamiento ideal de la gangrena consistiría en cortar el trozo de arteria lesionado por el aneurisma y sustituirlo por un trozo de arteria sana procedente de otro cuerpo. La operación no ha sido intentada aún, más que por el recelo que pueda causar la novedad de la idea, por la dificultad práctica de obtener vasos sanguíneos humanos.

Otra aplicación no menos interesante de la nueva cirugía de los vasos sanguíneos habfa de ser el tratamiento de la hidrocefalia y la hidropesía. No transcurrirá mucho quizá sin que se aplique un nuevo procedimiento de sutura de los vasos con objeto de crear un verdadero canal de desagüe entre las regiones dañadas y el sistema circulatorio.

La hidrocefalia, enfermedad que suele presentarse en los niños, consiste, como lo indica su nombre, en la acumulación de un fluido parecido al agua en la cavidad craneana, lo que determina un desarrollo anormal, á veces monstruoso, de la cabeza, y frecuentemente la imbecilidad. Pues bien: según Carrel, habría muchas probabilidades de curar hidrocefalia procediendo así: tomar una sección de vena,

suturar luego uno de los extremos de dicha vena en la dura mater, y obtener de ese modo una relación con el fluido estancado en el cerebro. Uniendo el otro extremo de la vena á la vena yugular, el fluido contenido en la cavidad craneana irá á parar, por la misma fuerza de la gravedad, á la circulación.

Una experiencia de ese género acaba de ser realizada con excelente éxito en África, donde un notable cirujano francés ha operado un caso crónico de hidropesía (enfermedad muy general entre los indígenas), insertando una vena en el peritoneo abdominal, estableciendo así la comunicación con el líquido seroso, y atrayendo el mencionado líquido hacia el sistema venoso de la pierna. La hinchazón desapareció en este caso con extraordinaria rapidez.

No debe mirarse con prevención ese acarreo de líquidos á las venas, que á primera vista parece un peligro para el sistema circulatorio. No hay, sin embargo, tal peligro, en cuanto los fluidos hidrocefálicos é hidrópicos son poco más ó menos como el plasma sanguíneo; además, y aún suponiendo que dichos fluidos lleven consigo alguna impureza, serían excretadas lo mismo que otras impurezas.

Se habrá visto, pues, que con ser importantísimo el intercambio de vasos sanguíneos, no es sino un preliminar al problema mucho más vasto del intercambio de órganos.

Cómo son tratados los animales en el Instituto de Nueva York

Es un principio constantemente seguido en el Instituto Rockefeller adoptar en las experiencias todas las precauciones necesarias para impedir sufrimientos inútiles á los animales operados. En gran número de casos, los animales no experimentan la menor molestia, y en ninguna circunstancia es agudizado el dolor físico. Un gato operado por el doctor Carrel no sufre ni aún lo que sufriría un sér humano sometido á la misma operación, porque, por el hecho de ser inconsciente, no pasa por el largo período de preparación y de angustiosa incertidumbre que es para el enfermo lo más doloroso de la prueba. Los gatos utilizados en las experiencias del doctor Carrel proceden en su totalidad del hampa gatuna, del famélico ejército que recorre durante las altas horas de la noche los montones de basura en las encrucijadas de la ciudad. El apresado micifuz no encuentra en el científico establecimiento la cámara de tortura inquisitorial de que han hablado algunos antiviviseccionistas ignorantes, sino un hogar cómodo y alegre, un personal diestro que le mimó y le proporciona alimento abundante, y blando y caliente lecho. Mientras el gato vive, procúrase por todos los medios atenderle, y si le llega el momento de ser sacrificado en aras de la Ciencia, el cloroformo se encarga de rodear la muerte de las profundas nieblas de la insensibilidad. Claro es que siempre es lamentable dar muerte á un pacífico animalejo; pero piensen los sentimentalistas que ese mismo gato sacrificado en el Instituto Rockefeller hubiera muerto de hambre mucho antes en las calles de la ciudad ó asfixiado en las perreras municipales.

La extirpación del aparato renal de un animalejo y su reemplazo por otro aparato análogo es una operación atrozmente compleja. Durante la misma, el operado se encuentra constantemente atendido por una enfermera experta. El gato ó el pe-

ro son cuidados con el mismo exquisito celo que si se tratase de un paciente humano, y, sobre humano, millonario. Lo primero que se hace es darles un baño caliente, efectuándose luego la desecación del pelo por medio de aire caliente en una jaula especial por donde se hace pasar una corriente eléctrica. El sujeto operable pasa en seguida á una cámara de esterilización, é inmediatamente es anestesiado en mayor grado que si fuera un ser humano, pues hay que advertir que los animales no experimentan las desagradables complicaciones físicas que suelen presentarse en las personas, y de ahí que no haya inconveniente en aumentar el grado de su insensibilidad.

Y no sólo se esteriliza con extraordinaria escrupulosidad al sujeto operable etilizándole y desinfectándole, sino que todo lo que ha de estar en contacto directo con él es sometido al mismo trato.

Bien puede asegurarse que ningún hospital destinado á seres pensantes dispone hoy de material quirúrgico y aséptico más perfecto que el Instituto Rockefeller. La sala de operaciones es un verdadero modelo en su clase. La mesa es, salvo su tamaño menor, en un todo igual á las empleadas en las clínicas. Un detalle que prueba el exquisito cuidado de los operadores es que tanto éstos como las enfermeras usan, además del blusón blanco reglamentario para las operaciones, otro de tela negra rigurosamente desinfectado. Además, recubren sus cabezas con capuchones de la misma tela, cuyas dos únicas aberturas son pequeños agujeros abiertos al nivel de los ojos. De modo que al sujeto operado no puede llegar ni aún el aliento de los operadores.

Una vez interrumpida la circulación en la región donde se va á operar, y suponiendo que esta sea la región renal, el operador corta la aorta y la gran vena, precisamente antes y después del sitio por donde sus ramificaciones entran en los riñones. Esto permite al operador separar todo el aparato urinario é insertar en su reemplazo un nuevo par de riñones con sus correspondientes vasos sanguíneos. Terminada la operación, es llevado el animal á un receptáculo templado y desanestesiado, operación esta última grandemente penosa cuando se trata de un ser humano, pero que en el gato ó en el perro se reduce al nuevo despertar de un sueño: el animal no experimenta jamás náuseas ni vértigos, siendo cosa corriente que dos ó tres horas después de la operación reanude la vida normal, coma, salte y duerma, como si aún disfrutase de su integridad física, como si la cuchilla del cirujano no hubiese seccionado sus carnes y revuelto sus entrañas.

Parécenos interesante consignar á este propósito que el doctor Carrel ha realizado ya catorce operaciones de la clase antes mencionada. Los resultados de las mismas fueron varios. Los primeros animales á quienes se les cambió el aparato renal vivieron poco tiempo después de la operación. Hubo algunos que murieron á los dos días, otros tiraron dos semanas, y entre los últimos operados se registró una supervivencia de treinta y seis días.

Pero, unos antes y otros después, todos murieron. Lo que no significa nada en desprestigio del sistema, como pudiera argüir cualquiera que sólo pensase por el aspecto exterior de las cosas. Cuáles sean las causas determinantes de esa muerte, cosa es que no ha podido averiguarse aún: quizá ello se deba á un defecto técnico, ó acaso la produzca alguna modificación física del riñón ocasionada necesariamente por su cambio de organismo y que hasta el presente no es conocida de un modo exacto.

Ahora bien: para que esa operación pudiera ser considerada como una posibilidad respecto al ser humano, habría de demostrarse antes que un gato ó un perro con riñones transplantados han vivido varios años. Por el momento, sólo se sabe, y esto es ya una gran conquista de la ci-

rugía, que los riñones transplantados de un ser orgánico á otro ser orgánico no sólo viven sino que reanudan sus funciones normales; que un gato ó un perro así operados pueden vivir más de un mes, y, á juzgar por las señales exteriores, vivir sanos y contentos.

Animales operados por Carrel

Nada demostrará mejor lo que decimos acerca del procedimiento Carrel que la historia clínica de un felino famoso en los registros del Instituto, el gato que reproducimos. Es este un hermoso minino, joven y de lustrosa piel blanca y negra, al que le cambiaron sus riñones por los de otro compañero de especie. A los pocos días de realizada la operación se observó que el animalito parecía más contento, que iniciaba algunos pequeños paseos dentro de su jaula y que comía grandes cantidades de carne. Puesto ya en libertad (tres días después de la operación), echó á correr alegremente, trepó á los árboles y jugueteó de lo lindo. Seis días más tarde empezó á engordar á ojos vistos. Cuando llegó el momento de serle levantado el apósito, la herida estaba completamente cicatrizada y los riñones continuaban en su sitio funcionando de un modo normal



Gato que ha sufrido con éxito la misma operación que el perro que figura en el grabado anterior.

y sin aumentar de tamaño. Pero al mes justo de la operación, y sin que ningún síntoma hubiese denunciado perturbaciones graves, el gato enfermó repentinamente y murió á las pocas horas. Hecha la autopsia, se vió que los riñones seguían presentando su aspecto normal y que, á juzgar por las señales, habían funcionado durante treinta días de un modo admirable.

Averiguado esto, no piensa mal el doctor Carrel cuando asegura que en un plazo no muy lejano logrará hacer que viva indefinidamente un animal con los riñones de otro. Ya ha demostrado el ilustre operador que se puede extirpar á un animal uno de los riñones y volvérselo á poner, sin que se altere la vida del operado. En Febrero de 1908 amputó á un perro el riñón izquierdo, y luego de conservar durante unos días el órgano amputado en el armario frigorífico, se lo volvió á colocar en su sitio. Dejó transcurrir otros cuantos días, y entonces le amputó al perro el riñón derecho, pero en vez de proceder como en la operación anterior, tiró el órgano amputado, dejando al animalito con un solo riñón. A la fecha presente, el operado disfruta de perfecta salud, evidenciando que se puede vivir muy ricamente con un riñón.

Entre otras diabluras quirúrgicas realizadas por Carrel, mencionaremos el

transplante de grandes regiones anatómicas y de miembros. Por ejemplo, el insigne operador ha separado de un perro una considerable sección del cráneo, junto á la oreja derecha, ingértandola con el mejor éxito en la región craneana correspondiente de otro perro. La parte transplantada era la que riega la arteria carótida externa, é incluía la oreja derecha, un trozo bastante grande de piel, el extremo cartilaginoso del canal auditivo, buena parte del tejido conectivo y de las glándulas, las porciones altas de la vena yugular externa y la arteria carótida.

El perro murió tres semanas después, á consecuencia de la infección de la sangre, accidente que se debió, sin duda, á una deficiencia aséptica. Pero lo importante de la operación esta conseguido: y era ello averiguar si podía renovarse la vida y la circulación en una región anatómica entera transplantada á otro organismo. El más lisonjero éxito coronó á esta pregunta hecha por la Ciencia á la Naturaleza: algunos minutos después de la operación, la sangre circulaba normalmente á través de la oreja y de la piel transplantadas, y á los pocos días la temperatura de ambas orejas era poco más ó menos la misma. Sólo se advertía la sustitución en el color del órgano ingertado.

El mismo brillantísimo resultado viene logrando Carrel en los ingertos de otros órganos importantes. Interesantísimo es saber que Carrel ha extirpado á un perro la glándula tiroidea insertándola en otro perro. La glándula en cuestión determina al hipertrofiarse esa enfermedad tan general en los países montañosos y fríos conocida con el vulgar nombre de paperas, y que de hacerse endémica favorece en una localidad determinada el desarrollo del cretinismo, una forma de degeneración física acompañada de la imbecilidad. Las interesantes observaciones hechas por Carrel en dicha glándula permiten suponer que los actuales experimentos tengan en lo porvenir resultados prácticos.

Las glándulas supra-renales y los ovarios han sido también transplantados por Carrel, con auxilio de la sutura vascular. Al presente, viven en el Instituto Rockefeller dos magníficos gatos cuyos cuerpos, gordos y lustrosos, contienen las glándulas supra-renales de otros felinos de la misma familia. La extirpación de ovarios y el transplante de estos órganos vienen siendo efectuados con igual éxito, no sólo por el personal del Instituto, sino por distinguidos cirujanos de América y Europa. Hace pocos meses, el doctor Knauer, operador alemán, transplantó algunos ovarios en hembras de la raza canina y felina, que luego concibieron. El doctor Guthrie, de la Universidad de Wáshington, ha conseguido sustituir los ovarios en numerosas gallinas, sin que la sustitución de órgano tan importante modificara en los animales operados sus condiciones reproductoras: todas las gallinas operadas continúan poniendo huevos de los cuales salen á su debido tiempo hermosísimas crías.

Sustituciones de miembros motores

No menos sorprendente es lo realizado por Carrel permutando las piernas de dos perros, experimento que se llevó así á cabo. Anestesiado el primero de dichos animales, amputósele la pata izquierda por debajo de la articulación de la rodilla. La extremidad amputada, luego de ser sometida á rigurosa antisepsia, fué envuelta en un paño de seda engrasado y puesta á parte. Inmediatamente se procedió á separar la pata izquierda de otro perro, del mismo tamaño y de la misma forma que la amputada primero, la cual fué sacada entonces de su envoltura protectora y fijada al muslo del perro número dos. El hueso quedó artísticamente empalmado á la armazón ósea de su nuevo poseedor; quedaron asimismo unidos los músculos y nervios de las dos extremida-

des; saturáronse las venas y arterias, y, por último, se procedió al cosido de las pieles. Ventidós días después el perro murió del moquillo, á consecuencia, sin duda, de contagio, pues es de advertir que en el establecimiento había otros perros atacados de dicha enfermedad. La autopsia demostró que la muerte no había sido determinada por la notable apercación á que fuera sometido: ni la pierna ofrecía señales de complicación, ni todo el proceso curativo señalaba nada sospechoso á que pudiera atribuirse el fallecimiento. Vióse, en efecto, que á raíz de la operación la Naturaleza había dado comienzo á la obra de consolidación de los huesos yuxtapuestos; la temperatura de las dos patas posteriores era sensiblemente igual, así como tampoco señalaba diferencias entre la región superior y la inferior del miembro operado. La sangre circulaba con toda libertad y la renovación de los tejidos se operaba en condiciones normales. Solamente los nervios permanecían inertes, sin reanudar poco ni mucho sus suspendidas funciones; razón por la cual la sensibilidad del nuevo miembro era incompleta, resultando éste, por tanto, inútil en absoluto para la locomoción. Pero claro es que en este detalle no había por qué ver nada anormal; sin duda alguna, transcurridos varios meses, los nervios hubiesen recuperado su vitalidad.

El doctor Carrel, al dar cuenta de este ensayo, hace notar que es el primer caso feliz de ingerto de un nuevo miembro en un animal; ensayo que demuestra la posibilidad de sustituir una pierna enferma por otra sana sin que se altere la normalidad del miembro adosado.

Resultados prácticos de estos descubrimientos

Aunque el doctor Carrel se enorgullece de sus hallazgos científicos, digamos que, sin embargo, aún se muestra el eminente operador muy reservado acerca del alcance práctico de los mismos. Desconfiando siempre de haber llegado á la meta de sus trabajos, continúa persiguiendo esa meta. Y seguramente, dada su modestia, será el último en afirmar que la ha encontrado.

Pero es innegable un hecho: que esos experimentos señalan una dirección completamente nueva y tan fecunda en posibilidades de posteriores descubrimientos,

que fuera torpeza insigne por parte del médico no seguirlos con la atención que merecen.

La obra de Carrel se divide en dos partes, en absoluto definidas: una, coronada ya por el éxito; otra, abundante en descubrimientos importantes y en notabilísimas operaciones que, en opinión de los cirujanos apegados al antiguo régimen, sólo indican un derrotero hácia resultados posiblemente buenos en un porvenir nada próximo.

En esa primera parte en que hemos dividido los trabajos de Carrel deben incluirse la sutura de vasos sanguíneos, su intercambio entre animales de la misma especie y la conservación de esos vasos mediante las bajas temperaturas. Todo esto es problema resuelto. En el transplante de órganos, si bien es verdad que el ilustre operador aún no ha llegado á esclavizar al éxito, no es menos cierto que evidencié ciertos principios de excepcional importancia. Antes de los trabajos de Carrel no se sabía que el riñón de un animal podría funcionar perfectamente por espacio de varias semanas en otro organismo. Y es también importantísimo saber que dos partes distintas de un miembro motor pueden desarrollarse de un modo simultáneo, cual ha demostrado el experimento del perro antes aludido. Es importante, porque parece indicar que dicha operación pudiese ser felizmente realizada en seres humanos. En una "Memoria" presentada no ha mucho á la Universidad de Johns Hopkins, decía así el doctor Carrel: "No está fuera de razón admitir que algunos trasplantes humanos, por ejemplo—el de un brazo seccionado más arriba del codo, habrían de tener feliz éxito si la operación se realizaba con técnica adecuada".

La susodicha operación sería, desde luego, mucho más fácil en el hombre que en el perro, en cuanto el sujeto operado es de mayores dimensiones y por tanto se podrían manejar mejor los músculos, las arterias y las venas. El verano último, y con ocasión de experimentos hechos por Carrel en la pierna de un cadáver, logró familiarizarse en los detalles anatómicos ajenos á dicha operación.

Sólo el hecho de que esta novísima cirugía consiga arrinconar las tradicionales piernas de palo indica sus infinitas posibilidades. Una vez que la Ciencia demuestre las aplicaciones prácticas de esas ma-

ravillas operatorias, no hay por qué dudar que el Estado tendría que hacer frente á la necesidad de proporcionar á la cirugía la primera materia que necesite. Esta materia, ó seáanse los órganos de repuesto procedentes de cadáveres, podría obtenerse (ya lo ha indicado alguien) de los ajusticiados ó de las víctimas de accidentes mortales.

Claro es que el problema envuelve dificultades de orden social y psicológico, dificultades que habrán de ser cuidadosamente estudiadas. En lo que se refiere á las de este último orden, una de las cosas que habrá de tener muy en cuenta la Ciencia es el efecto mental que podría causar en un hombre la idea constante de que llevaba en su cuerpo los órganos de otro sér humano.

Sin duda, caben otras soluciones científicas al problema, como, por ejemplo, la de utilizar los órganos del mono antropoideo para el ingerto humano. Y en el caso que dicho animal fuera difícil de obtener, los de otro cualquiera. Hoy por hoy, esto último no puede realizarse debido á que, como ya hemos dicho, el suero sanguíneo humano obra como un veneno en los tejidos del animal. Cabría, no obstante, ir ensayando la inmunización de determinadas especies con relación al citado virus.

Quizá el medio más expedito de resolver la dificultad sería recordar que la generalidad de los seres humanos puede vivir con un sólo riñón, demostrándolo el número cada vez mayor de casos felices de nefrotomía ó extirpación de una de las cápsulas renales. Siendo ello así, ¿por qué no admitir la posibilidad de que una persona sana tenga la abnegación de ceder una de las cápsulas renales en pro de un pariente cercano enfermo, por ejemplo su mujer ó su hijo? El riesgo que podría correr es el de que, declarada la enfermedad en el riñón conservado, sobrevendría necesariamente la muerte, de no encontrar esa persona otro sér humano con la abnegación de sacrificarle uno de sus órganos renales.

Estamos, pues, en vísperas de una gran conquista científica y debemos esperarla porque á ello autorizan los progresos ya alcanzados. La cirugía no ha de tardar en descubrir el medio de hacer los trasplantes de órganos utilísimos á la humanidad.

Burton J. HENDRICK



Paisaje de Rusiñol, el autor del "Místico"

ANTE LA TUMBA DE HEINE



ADA año, en el cementerio de Montmartre, tiene lugar una noble manifestación: algunos admiradores de Enrique Heine se reúnen ante la tumba del poeta á conmemorar el aniversario de su muerte.

Amo ese cementerio melancólico, situado en medio del París bullicioso y alegre, á dos pasos del Molino Rojo y del Hipódromo, desde donde se escuchan los vales lentos y las canciones encendidas de los conciertos de la "Butte". Los noctámbulos, cuando con los primeros fulgores de la aurora se retiran fatigados, lo encuentran en su camino como una soñada ciudad del descanso.

¡Cuántos habrán envidiado en esos momentos á los que allí duermen sin penas ni preocupaciones, sin temer los futuros desengaños ni las hondas tristezas! He vivido cuatro años frente al cementerio. Desde mi balcón, hacia el puente Caulaincourt, contemplaba los mármoles alegóricos y las cruces de las capillas, y con frecuencia héme ido á soñar bajo sus árboles. En primavera, aquel sitio es un jardín apacible en donde cantan las aves y embriagan las flores. En otoño, es un encanto de hojas pálidas.

Allí descansa el doliente poeta alemán. El busto de Heine domina el mausoleo, en donde una mariposa vuela entre las palmas y coronas, sobre una lira cubierta de rosas. Un libro abierto yace por tierra. Sobre el mármol blanco han sido grabados aquellos versos del poeta:

"¿Cuál será el sitio de reposo del viajero fatigado? ¿Bajo los laureles y las palmas del Mediodía, ó bajo los tilos del Rhin? ¿Seré yo enterrado por manos extrañas? ¿Reposaré bajo la arena del mar?"...

Versos, flores, tarjetas, recuerdos anónimos, se encuentran á menudo sobre la tumba del Musset alemán. En sus peregrinaciones, los extranjeros desean saludar la tierra do yace el cantor apolíneo que supo amar y sufrir. Allí quiso ser enterrado el poeta, en un rincón de la tierra francesa.

"Enunció el deseo—dice en su testamento—de que mis compatriotas, por más felices que lleguen á ser los destinos de nuestro país, se abstengan de transferir mis cenizas á Alemania; nunca me ha gustado prestar mi persona para payasadas políticas. El gran asunto de mi vida fué trabajar por la amistad cordial de Alemania y Francia y destruir los artificios de los enemigos de la democracia, que explotan la animosidad y los prejuicios internacionales. Creo haber merecido bien de mis compatriotas y de los

franceses, y los títulos que tengo á su gratitud son, sin duda, el más precioso dón que pueda conferir á mi legataria universal". En otra ocasión dijo: "Amo á los franceses como amo á todos los hombres, cuando éstos son buenos y juiciosos, porque no soy ni bastante necio, ni bastante malo, para desear que alemanes y franceses, esos dos pueblos elegidos de la civilización, se rompan la cabeza".

Enrique Heine fué un poeta delicioso, de estro multiforme y original. Lirismo, amargura, ironía, audacia, todo aparecía bajo su pluma con la pasión y el ardor de los grandes cantores del Romanticismo. En sus versos había fuego y lágrimas, odio y amor. Las rosas y los lirios no coronaron siempre su ancha frente de rebelde. Algo de Byron vivía en él, y mucho de Voltaire. El dolor se anidó en su alma como un ave fatal. Pero el dolor es el numen por excelencia. Quien no ha sufrido no puede cantar. Nacido á orillas del Rhin, en Dusseldorf, su tío, el banquero Salomón Heine, lo desheredó por haberse dedicado á la poesía en vez de trabajar en los negocios comerciales. Lo que hizo decir después al poeta: "Tengo derecho á ser inmortal: he comprado por dieciocho millones mi asiento en el Parnaso". En 1821 publicó los primeros versos. Dos años después, su célebre "Intermezzo" y el primer tomo del "Reisebilder", cuadros de viaje. Luego, "Libro de los Cantos", "Romancero", "Melodías hebráicas", "Un libro de payasos", "El libro de Lázaro", "Lutecia", "De la Francia", "Germania" y otros menos conocidos ó menos recordados.

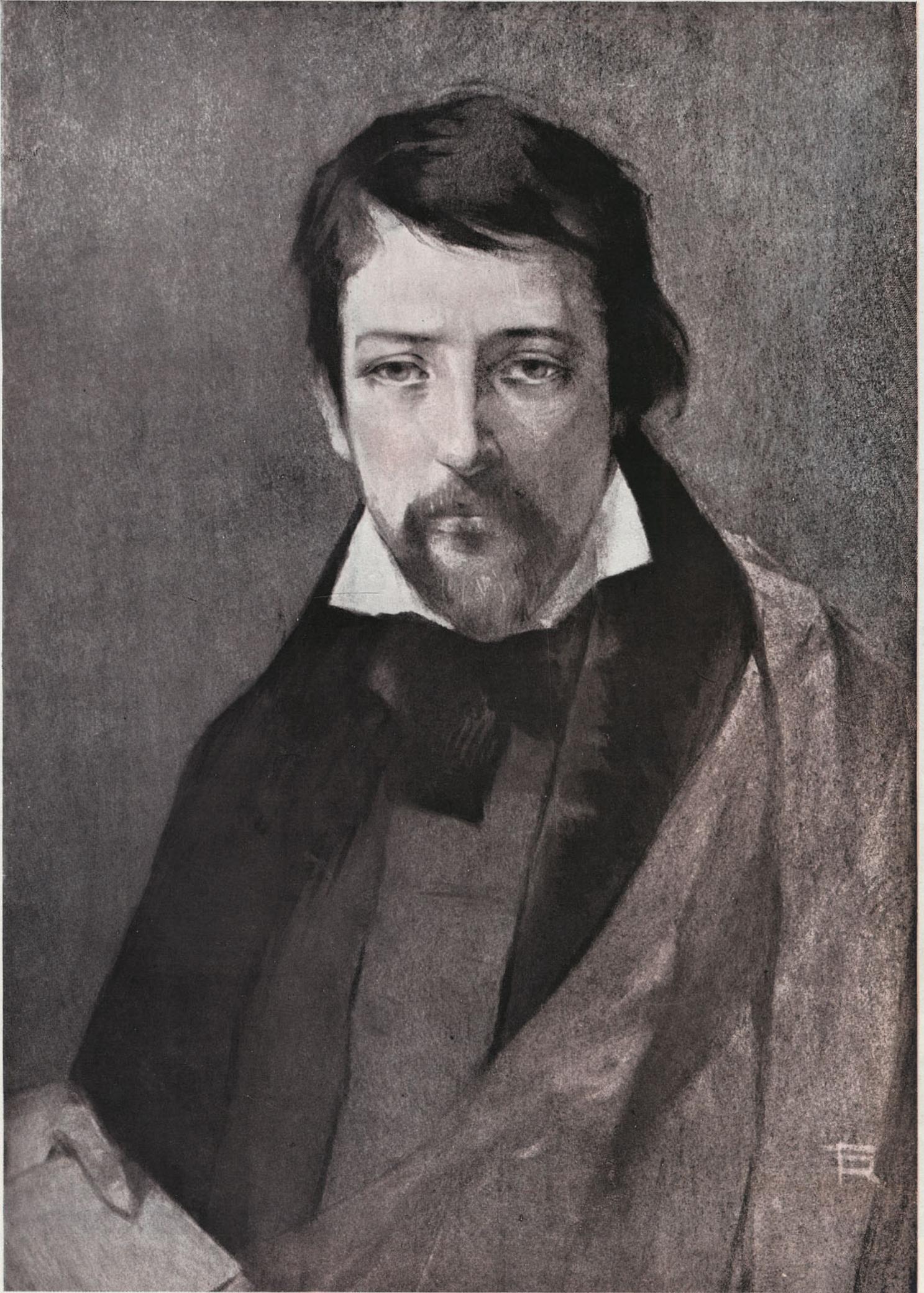
El destino debía llegar hasta la crueldad con aquel cantor orgulloso. Ciego y paralítico, los últimos años fueron de verdadero martirio para el genial rimador.

Lo acercaban á la ventana, y allí respiraba el hálito fragante del Bosque de Bolonia, mientras sus ojos sin luz veían á París, la bella ciudad de sus amores; soñaba entonces con divinidades musicales y noches eternas. Camila Seldan, la noble mujer que alivió los últimos días del poeta, así pintaba entonces su sonrisa: "Imagináos que la sonrisa de Mefistófeles pasara sobre el rostro de Cristo, del Cristo apurando su cáliz".

Y J. Bordeau decía: "Ese Lázaro ciego y descarnado, sobre un lecho de tortura, cuya sonrisa es más desgarradora que un sollozo".

Los alemanes y los franceses, que han sabido fraternizar en torno á la tumba de un gran poeta, han dado noble ejemplo á sus gobiernos. Y más bella resulta esta manifestación cuando los cañones amenazan y las espadas brillan al rededor de la ya histórica conferencia de Algeciras.

¡Envidiable privilegio de que gozan los artistas y poetas que supieron engrandecer el ideal humano!



ENRIQUE HEINE



Eseultura hecha por la señorita María Luisa Isella

EL CENTENARIO de Don MANUEL MONTT

Hace justamente un siglo, el 4 de Septiembre de 1809, en los albores de la Independencia de Chile, nació en el pequeño pueblo de Petorca uno de los hombres que debían imprimir con mayor fuerza el sello de su personalidad sobre su patria, y ocupar uno de los puestos más encumbrados y brillantes en su historia; un hombre que levantaría tempestades y crearía los afectos más profundos; en torno del cual se formaría un Partido que subsistiría sobre su memoria —Don Manuel Montt.



Don Manuel Montt en 1861

Su cuna se mecía en un oscuro pueblo de provincia, y venía al mundo sin los halagos ni el apoyo de la fortuna, destinado á ser el hijo de sus propias obras, y en tal sentido, un ejemplo, en país republicano, de cómo las condiciones personales, el talento, el esfuerzo, la perseverancia, el amor al trabajo, triunfan sobre las condiciones más adversas. En la lotería de la vida le había tocado, al parecer, un mal número, uno de aquellos que no causan envidia de nadie, y



Don Manuel Montt en 1863

menos de los que poseen muchos. Pero, un buen día, el número salió premiado. No había sido la obra del acaso, ni de la suerte ciega. En eso que llaman la suerte, el buen hado, entran por mucho las condiciones personales, las condiciones de mérito, de vigor intelectual, de energía y de moralidad, que constituyen el fondo de las almas superiores.

El joven estudiante de hace un siglo, llegaba á la vida en un momento supre-

mo, al borde mismo de un grande acontecimiento, cuando la más obscura de las colonias españolas, esta rejión de Chile cantada por don Alonso de Ercilla y Zúñiga, se convertía en país independiente y se transformaba en nacionalidad americana. Mas, no por haber cortado, sencillamente, los lazos políticos que nos ataban á la madre patria, habíamos dejado de ser colonia. Era imposible pasar la esponja, de golpe, sobre las tradiciones de trescientos años, sobre un pasado imborrable, sobre las contexturas políticas, la herencia y las costumbres de una raza. Independizados, con bandera y canción nacional, debíamos continuar siendo españoles en el fondo.

La fuerza de las tradiciones se impone á pesar nuestro. La educación española, las preocupaciones recibidas, las viejas costumbres, debían continuar forzosa-mente obrando sobre la masa de habitantes del país. Para llegar á la libertad y al gobierno del país por el país, era menester comenzar modificando lentamente el medio al través de una evolución tan laboriosa como difícil. No lo comprendieron así, con su ideología romántica y su exaltación patriótica, los Pipiolo de 1830 y los federalistas de Infante, que deseaban ejecutar la transformación republicana del



Don Manuel Montt en 1864

país por obra de leyes constitucionales y de simples decretos de papel. Los antiguos Pelucones, dirigidos por don Diego Portales, cimentaron el edificio nacional sobre la base del respeto á la autoridad y al orden, concluyendo, de una vez, con la era de las revoluciones de cuartel y de pronunciamientos que debían perturbar la organización del resto de la América latina por espacio de ochenta años.

Fué ésa una obra tan difícil como dura, la represión necesaria, y de energía, á las veces implacable, sobre la cual debía levantarse un pueblo y remodelarse una sociedad entera. El sentido práctico del país la cimentó y la impulsó. El movimiento revolucionario de Quillota, vencido en las alturas del Barón, arrastró como víctima á don Diego Portales. Cuando llegaba á Santiago la noticia de la trágica muerte del gran Ministro; cuando la consternación y la sorpresa parecían dibujadas en todos los semblantes; cuando la mayoría de los hombres de Gobierno perdían el rumbo, surge, de golpe, la figura de un hombre joven, desconocido para muchos, y se revela, de cuerpo entero. Su fisonomía, enérgica y tranquila á un mismo tiempo, reconforta los ánimos vacilantes. Su carácter firme, forjado para afrontar sin vacilaciones las

más rudas tempestades, le señala como el hombre del futuro. Se impone sin esfuerzo y sin lucha, por su moderación y talento, su energía y su calma. Era don Manuel Montt, ese hombre vaciado en el molde de bronce de los antiguos gladiadores.

Se había levantado por sí solo, pasando por los puestos inferiores del Instituto Nacional, hasta el de Rector, y luego al de Oficial Mayor de Ministerio, dándose á conocer á los hombres de Gobierno, que ya le distinguían y le señalaban. Era dig-



Don Manuel Montt en 1870

no de ser Ministro antes de serlo. Su vista clara, sus sentimientos elevados, su honradez, su rectitud, le señalaban ya como un jefe político y como un continuador de la obra de Portales.

El tipo característico de la primera época de la historia de Chile, el domador sangriento de las revoluciones, había sido Portales. El hombre, tipo de la segunda época, de reconstrucción administrativa y de enseñanza pública, debía ser don Manuel Montt. El torbellino de intereses



Don Manuel Montt en 1877

y de pasiones políticas, las agitaciones incesantes de una lucha implacable, no lograron hacerlo perder de vista sus vastísimos planes de administrador público. Tareas abrumadoras del servicio público y luchas incesantes en el parlamento se compartían su vida, sin gastarla, resbalando como el oleaje sobre las rocas de la playa. Su influencia aumentaba con las dificultades, y su palabra de grande orador le colocaba y le imponía entre los

Don Manuel Montt

A los 39 años de edad



Retrato del célebre pintor Monvoisin

hombres de Gobierno. En el parlamento, unía la lógica firme del estadista á los arranques del tribuno y á la cultura sistemática y profunda del hombre de Gabinete.

Elevado á la Presidencia de la República, supo afrontar, con energía incompatible y victoriosa, algunas de las horas más difíciles por que haya atravesado la Nación y dominar, sucesivamente, dos



Ultimo retrato de don Manuel Montt en 1879

revoluciones formidables. Cimentaba sobre base en extremo sólida los principios de orden y de autoridad indispensables para el desarrollo de un pueblo joven. Su energía viril supo arrancarnos del camino que tanto desprestigio ha traído

sobre otros pueblos de nuestra raza y nuestro idioma.

Trataba, luego, de organizar administrativamente á su patria. Construyó los primeros ferrocarriles y los primeros telégrafos; estableció la navegación á vapor en nuestras costas y colonizaba las provincias del sur, introduciendo en Chile colonias alemanas, que han contribuído poderosamente á su desarrollo. Dirijía la publicación del Código Civil, obra inmortal de don Andrés Bello; establecía sólidamente la Universidad de Chile; creaba escuelas y planteles de educación en todas partes. Sabía que era esa la manera más eficaz, acaso la única, de implantar el sistema republicano y de tener hombres capaces de gobernarse á sí mismos. Su hondo pensamiento de estadista le enseñaba que el camino más seguro de las libertades públicas es el más largo y el más lento, alcanzado por la educación de las masas populares.

Justo Arteaga le pintaba con una frase admirable. "Después de hablar del hombre de Estado y del Gobernante, decía, no cabe hablar del orador tranquilo, correcto, enérgico, siempre dueño de su palabra y de su pensamiento: ni cabe tampoco hablar del juez, del jurisconsulto, del codificador".

Todas esas múltiples facultades de su espíritu no fueron sino los instrumentos de que se sirviera el señor Montt para ser gran hijo de sus obras y un ilustre hombre de Estado, de alma seria, austera, tenaz, valiente, á la que no perturbaba el peligro ni fascinaba el brillo de la gloria.

Ese hombre alcanzó todos los honores á que es posible aspirar en este mundo y jamás se advirtió en él la altivez intemperante de su fortuna, ni siquiera la alegría de su suerte. Fué un gran humilde...

Había conseguido el más grande de los mandos: el mando de sí mismo.

WANDERER



Casa en que nació don Manuel Montt



Las huellas de Julieta

—¿QUÉ lees, compadre? grito á mi amigo, en un cuarto obscuro del hotel de la "Colomba d'oro", en Verona, una noche tibia de Abril.

—El Baedeker. Esta Verona no se concluye nunca. Tenemos tarea de largo. Y tú, ¿qué lees?

—Romeo y Julieta. Estamos en el pueblo de los grandes, de los sublimes, de los eternos enamorados. ¡Viva el amor, amigo!

—Aquí está una tumba apócrifa, seguramente invención de los ingleses tiernos y sobones. Y la casa de Julieta; sospecho que igualmente "pour rire".

—Y ¿qué más dá, pues? arguyo, encogiéndome de hombros. Y volviendo á mi lectura, á mi Shakespeare, releo aquella inmortal escena 2.^a del acto II. Y, ensimismado, abstraído, veo á Romeo en el jardín de Capuleto. Su figura gentil entra cautelosamente en el jardín de la amada, bañado por la luz blanca de la luna. Ni un rumor. Duermen las iras de los rivales de Verona y solamente velan dos enamorados. Romeo se ciega por la luz de una ventana: es el rostro iluminado de su Julieta. La luna palidece de envidia. Y Julieta, buena, pura, inocente y confiada, lanza á los muros del jardín sus amargas:

—"¡Romeo, mi Romeo! ¿Por qué causa te pusieron Romeo? Olvídate de tu padre, amor. Reniega de tu nombre, de los tuyos. Pero si tú me juras amor, yo, tu Julieta, dejaré de llamarme Capuleto".

Y Romeo, enardecido, apasionado, tembloroso de emoción, responde santamente á Julieta. Y los cabellos de oro, de la amada, flotan en los aires; su rostro palidece y refleja las emociones que agitan su alma de virgen, y su cuerpo comienza á temblar. Y Romeo reniega de su nombre, y deja de llamarse Romeo, y rasga su apellido ante el litigio de su dicha. Y los novios comienzan á sentir el peligro que les envuelve, y la aurora está á punto de hacer su salida por los Alpes cercanos, llenos de luz levemente roja. Pero Romeo encuentra que es preferible una muerte odiosa á manos de un deudo de los Montescos que seguir viviendo sin el amor de su Julieta. Y se despiden entre juramentos y promesas, más dulces á sus paladares que la miel del Himeto.

Cierro el libro adorado. Apagamos la luz. Y pensando que estamos junto á la casa ideal y junto al jardín azul, nos dormi-

mos profundamente en la ciudad santificada por el amor de dos muchachos.



Estupenda, en verdad, es Verona, amigos míos. No dejéis de visitarla cuando vayáis á Italia. Si vais solos, que en el lugar del arte llenéis de serenidad el alma para inundaros de dicha en lo futuro. Si vuestra mujer os acompaña, si vuestro viaje es una excursión de amor, no dejéis de visitar la tumba de los dos infelices amantes. Visitadla en las primeras horas matinales, cuando el sol no hiere de plano vuestro rostro, cuando dos pájaros traviesos sigan cantando contentos en el ciprés de la tumba, y el jardín no se haya llenado todavía de turistas indiferentes. No hagáis caso al "cicerone" charlatán. Recomponed vosotros la leyenda "shakespeariana" á vuestro antojo, con el alma pura y el corazón joven y alegre. Y suponed que las leyendas tienen á ratos más verdad que la historia, y que la leyenda de Romeo y Julieta es la más exacta de las fábulas todas. Ya sabéis la causa que, según Homero, dió lugar á la guerra de Troya: las caricias de Elena. Y si por una mirada de una mujer hermosa ardieron dos pueblos, ¿no es lógico suponer que un pueblo chico, como Verona, se encelase por la pasión de dos mozos, hijos de dos rivales encarnizados?

Mas los hijos fueron buenos. Y el amor les ocasionó la muerte, pero normalizó la vida de la ciudad. Y Romeo murió envenenado, y Julieta de tristeza, junto al cadáver de su dueño, suicidándose.

Aquí reposan sus cuerpos, en el jardín silencioso y apartado. ¿Qué no es verdadera la fábula? Consulta con tu corazón, amigo. ¿No hay á todas horas, en tu calle, junto á tu casa, dentro de tí, tal vez, una amargura íntima, un dolor callado, el recuerdo dulce de una esperanza rota, rota para siempre? ¿Y no es esa esperanza tu Julieta muerta? ¿Y no es tu vecino, no eres tú mismo el Romeo que un tiempo estuvo enamorado, y escaló los jardines de la dicha, y habló á la luz de la luna con la sombra pálida de una doncella que huyó para siempre ante tu cobardía, ante tu apellido, ante tu bienestar? ¿Ves, ahora, ¡oh, viajero de Verona! que Shakespeare simbolizó en su drama, no el amor de dos muchachos, sino las ansias de la humanidad entera?

José SANCHEZ ROJAS

En casa de Petronio...



Isidoro Errázuriz

PASABAN las parejas deslizándose en un cadencioso pas de patineur y la música envolvía en ensueños el alma de aquellos jóvenes que principiaban á creerse en el mejor de los mundos.

El baile moderno tiene su más científica explicación entre los hilos del matrimonio. Después de haber visto las danzas del oriente, de un simbolismo y de una delicadeza y plasticidad que han elaborado no sólo las costumbres sino el arte y las Religiones mismas, el baile occidental se nos imagina un divertimento de muñecos, de horrorosa monotonía.

Cuando vimos en París, de vuelta del Oriente, la danza de "Fausto", esa que se va á ver especialmente á la Grande Opera, por sus soberbias proporciones, cerramos los ojos para trasladarnos muy lejos, allí donde el baile es una institución clásica que constituye un teatro propio, allí donde es el auxiliar más poderoso de la tragedia. Hay matices, vagorosas, gesticulaciones, que no pueden expresarse con la palabra humana y deben decirse por medio de esas danzas ferozmente anatómicas, ó deliciosamente poéticas. Los grandes actores del Japón son al mismo tiempo bailarines. Dangero, el trágico que no tuvo rival, creó uno como clasicismo en la danza de los últimos tiempos.

A Kawakami, el compañero de Sada Yako, no se le dispensa que no sepa bailar.

Así hablábamos al gentil propietario (*) de la "casa de Isidoro Errázuriz", mientras las parejas desfilaban ante nosotros, en aquel salón cuyas paredes acusarán por muchos años los refinados gustos artísticos del Príncipe de la Tribuna chilena.

—¡Cuánto tiempo á que murió! Contábamos los años, mientras nos paseábamos por aquellos salones de cuyos techos resurgían las figuras llenas de vigor de magníficas creaciones de Arte. Parecíamos vagar, mientras la juventud, pensando en nada, bailaba, por sitios á los cuales hubiera dejado el jenio su marca. Por momentos sentíamos pisar sobre las huellas dejadas allí por el gran tribuno y

nos sentíamos empequeñecidos, con nuestro paso vacilante, inseguro, con nuestra misma poquedad en una vulgaridad ambiente que nos aplasta como una montaña... Le veíamos pasear sus monólogos ante aquella estantería de rosa, que ahora permanecía vacía, sin el pensamiento clásico ó contemporáneo que nutriera aquel cerebro en un órden educativo y científico, bajo aquella Diana que lleva en tropel, con la idea de la fuerza y del sentimiento pagano, la delicadeza de las formas, la agilidad y la destreza femeniles: la ligereza, la gracia, la astucia de los seres femeninos deberán tener siempre en ese cuadro su magnífico remedo.

—Isidoro amaba la belleza, nos decía nuestro amable anfitrión.

—Sí, la gran belleza, contestámosle. Aún la de la soledad, que es la más noble de las bellezas helenas, cuando el espíritu se entristece ó se agiganta en la elaboración de las ideas. En tonces, basta abrir, en el misterio de la noche, las ventanas para que se deslicen silenciosamente las musas...

Nos asomamos al invernáculo. Estábamos sobre la ventana de donde Isidoro Errázuriz contemplara cual un estático sus helechos como filigranas y sus flores exóticas que parecían tener un alma propia bajo la presión de aquel jardinero que las amaba, que las acariciaba, que les hablaba el lenguaje de los poetas.

Ahora, eran almas muertas... Cuántas veces no pasaría por ellas el soplo cálido de la frase clarineada de aquel barítono de nuestro viejo Parlamento, que nunca escribió sus discursos, pero sí los preparó paseándolos entre flores ó bajo los cuadros del Renacimiento.

Era un momento de evocación. Nos lo figurábamos vivo, radiante á aquel hombre de cerebro portentoso, cuyo molde una vez se fundió para perderse entre nosotros al través de dos generaciones. Le veíamos salir de la Imprenta de "La Patria" con su tradicional sombrero plomo de sello propio, ligeramente patinado como un sombrero de bronce. ¡Oh! son encantadores los sombreros viejos de los grandes hombres, como son terriblemente molestos los sombreros flamantes de los pequeños seres...! Iba con su largo gabán á lo Gambetta; llevaba los bolsillos llenos de folletos y revistas extranjeras; mordía, en



"El chalet del tribuno"

(*) Don Daniel Palacios Carrasco.

una mueca sibarítica, su cachimba de ámbar, con una Venus afrodita que recibía en su tórax los hilillos azules de un partagas que iba denunciándole desde lejos; bajaba la cuesta del Almendro con uno de sus viejos amigos, que hizo de su amistad como un rico Falerno que bebían en una misma copa.

Ahora rememorábamos bien. La visión de los años venía á herir el recuerdo con multitud de imágenes. Aparecían claras las etapas de su vida política y hasta incidentes de la vida íntima.

Luego, le contemplábamos en el vestíbulo de su casa, en la que ahora otra generación, alegre y distinguida, paseaba baluceos de amor ó de futuros proyectos al compás de los mejores bailes modernos; y le veíamos, divagando entre las parejas, buscando á alguien, tal vez al bueno del Dr. Olea para picarle con los zaetazos de sus bromas haineanas. De pronto le miramos abrir la puerta y, por entre las enredaderas que dejaban caer los racimos de wisterias, velando aún más la misteriosa luz filtrada al través de los vitreaux, arrojar puñados de migas á la jauría de sus elegantes galgos.

¡Cuántas veces habíamosle visto en la Cámara alzarse como tigre é encar la garra de fiera en el corazón de su adversario...!

En la Revolución, sobre el puente del "Cachapoal", al lado de Merino Jarpa, dando consejos para dirigir la guerra; y recordábamos cuando una vez nos había dicho, en aquellos días que precedieron al levantamiento de la Escuadra: "De los marinos no se puede esperar nada: ¡son tan raros...!"

Salimos repitiendo la frase con desconsuelo, cazados en la red de aquel sutilísimo preparador de revoluciones. Se nos había presentado en Valparaíso maravilloso charlador y bebedor de cerveza en la oficina del Alcalde Barrios, adonde iba también, en aquellos primeros días de Enero de 1891, Enrique Valdés Vergara á comer tranquilamente pasas del Huasco, mientras contestaba ó celebraba las frases alegres y picantes de Alfredo Edwards y Daniel Espejo.

Por aquel tiempo tuvimos en casa una comida destinada exclusivamente á explorar el estado de alma de un comandante de artillería.

Don Isidoro habló con una vena prodigiosa de sus viajes por Europa y de bucólica, tema en que era inagotable.



"Al calor del amor"...—Cuadro del salón.



"El Fausto"—Cuadro del vestíbulo.

Nos había dicho antes de entrar al comedor:

—¿Será capaz, á la postre, este futre de soportar un quiñazo de cincuenta mil pesos...?

El comandante era un hombre de una altivez selvática y caballeresca; no había medio de insinuarle el más leve ofrecimiento... Al contrario, hubo un momento en que se cruzaron frases duras sobre Balmaceda y lo que entonces se llamaba en lenguaje amplio: la oposición.

Y don Isidoro se fué pensando que en tierra no era posible hacer nada.

Sufrimos de insomnio aquella noche. A la mañana siguiente nos fueron á despertar con la nueva de que la Escuadra había proclamado la Revolución y que Isidoro Errázuriz iba embarcado como director de la revuelta.

—"De los marinos no se puede esperar nada: ¡son tan raros...!"

¡Con qué candidez habíamos tragado la frase!

Cuando la Escuadra hiciera su paseo triunfal por la bahía de Valparaíso, unos cuantos jóvenes tomábamos algunas chalupas y nos íbamos á vivir al Congreso y á los pro-hombres del levantamiento.

—¡Viva la Revolución moral de la Escuadra! nos contestaba don Isidoro, riendo desde el puente del "Blanco", mientras Valdés Vergara, nervioso, bajaba la escala inundada por las olas y estrechaba nuestras manos preguntándonos por lo que pasaba en tierra.

Crefan aquellos hombres que la revolución iba á concluir ese día, ante la imposibilidad de resistencia de Balmaceda.

El mismo Errázuriz con su cerebro de vidente se equivocaba viviendo la revolución moral. Esta, con toda su moralidad, había estado á punto de entregarle en el combate de Huara; que la caballería de Robles no entendía de revoluciones en el orden moral...!

Es que, como Demóstenes, Errázuriz era un soñador de la guerra.

El príncipe de los oradores de Grecia también combatió en Cheronea contra Filipo, Rey de Macedonia.

El Demóstenes chileno había presenciado el largo guerrear de la contienda del Pacífico y había sido actor y consejero entre aquel grupo de hombres que inundaron de oro y gloria al país.

Errázuriz fué el talento más complejo que haya tenido Chile. Era como el resumen genial de la mayoría de los talen-

tos chilenos. Se ha dicho por algunos críticos que por lo regular la oratoria corre parejas con la carencia de inteligencia sólida. Recuerdan que Sócrates apenas sabía hablar, que Aristóteles no podía formular ideas sino escribiéndolas y que Platón era conciso y breve cuando escribía y las más de las veces, en vez de hablar, callaba.

San Pablo se hacía acompañar de dos mujeres para que explicaran, la una en griego y la otra en arameo, sus conceptos morales ó teológicos. Catón el mayor mandó desterrar á los oradores de Roma como perjudiciales á la República.

El formulario crítico falla con nuestro tribuno. Errázuriz hablaba sólo después de haber pensado hondo. Su oratoria nerviosa, incisiva á veces, de larga cauda casi siempre, asombrante en sus golpes de efecto, pero de una teatrealidad de buen gusto, corría parejas con el cerebro nutrido de ideas, fosforescente como la corriente continua, ajitada, trágica, del mar.

Tenía un dón especial: el de la seducción. Algo inesplicable en la voz, en el gesto, en el ademán, en la manera rápida de decir, que le entregaban las multitudes dóciles al poder subyugador del tribuno.

Era una mezcla de artista y de pensador, de guerrero y de filósofo, con mucho de Cicerón y de Tácito.

Invulnerable como Aquiles, sabio como Sócrates, seductor como Demóstenes.

Alejandro el Grande, para atraerle, le habría regalado una copa de oro sin permitirle alejarse á Atenas...

El baile había terminado. Las parejas escojían su sitio alrededor de una mesa en que las flores de la vida—las niñas—buscaban el calor del amor.

Alguien pidió que hablara uno de los presentes.

Habló de cosas del corazón. Había cierta inspiración de buen gusto y las palabras volaban zumbantes como una caricia. Se hizo un silencio absoluto.

La misma estatua de Antonio Rufo, que surge potente en uno de los frescos, parecía escuchar con curiosidad.

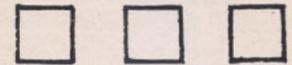
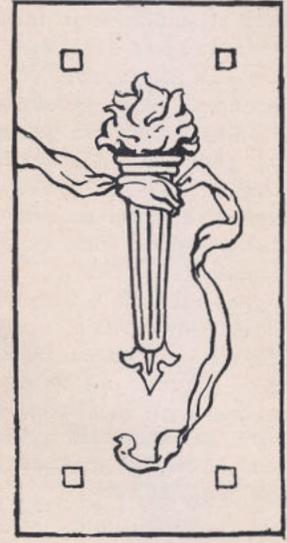
Y todos sonrieron agradablemente cuando el orador, aludiendo al sibarita y elegante vividor, dejando caer su última frase, como un pizicato, dijo:

—Estamos en casa de Petronio...

Angel C. ESPEJO



La Moda en un restaurant elegante de Londres



UN in-16°, de tapas amarillas, de esos que se publican en París, y que no es ni una novela ni un tomo de poesías sino un tratado de psicología práctica, ha tenido en poco tiempo su docena de ediciones en Francia y un número considerable de ediciones en otras lenguas. Una obra que, sin ser de imaginación, interesa de este modo, no puede ser banal ni fastidiosa. Y, en efecto, os aseguro que **El Gobierno de sí mismo** (*Le Gouvernement de soi-même*), por M. Antonin Eymieu, que es el libro á que me refiero, es un volúmen sustancioso y entretenido. El autor se propone erigir un sistema, podría decirse, de mecánica de la voluntad que, bien entendido y practicado, nos convertiría en reyes y señores de nosotros mismos. Es un hecho que somos míseros esclavos del primer ímpetu, bueno ó malo, que nos avasalla. Sepamos, nos dice el señor Eymieu, tener siempre el espíritu al alcance de la mano, para así manejarlo y doblegarlo, como una varilla de mimbre. Bello programa de cultura íntima, ¿no es verdad? ¡Aprovechémoslo del mejor modo! Pero antes digamos dos palabras previas.

Toda esta literatura, tan peculiar en nuestro tiempo, que consiste en enseñarnos el arte ó el secreto de varias cosas, es tal vez muy inútil, pero ¡cuán divertida! Diré dónde me parece que está lo inútil y dónde lo divertido.

Abriamos **El A. B. C. del Dinero** por Andrés Carnegie. Las reglas para hacerse multimillonario no son muchas y son relativamente fáciles: 1.º ser ambicioso, 2.º ser honrado, 3.º no especular y 4.º no beber. Todo esto, me parece, es claro y preciso. Sólo que yo conozco personas que, después de haber trabajado una vida entera con bastante ambición, con honradez, sin vicios y sin deseo alguno de especular, han legado á su familia un nombre muy puro, pero ni un céntimo.

En las vitrinas de las librerías se exponía hace poco un libro tentador: **El arte de llegar á viejos**, por un Dr. Fleury. Ciertamente, no se aprendía allí el arte de llegar á la ancianidad, pero, en cambio, se aprendía un cúmulo tal de escrúpulos higiénicos que, si alguien fuera á practicarlos, la vida se le haría imposible y, desesperado al fin, concluiría por darse un tiro. El arte de llegar á viejo es un

arte que se debe ignorar, si se quiere llegar á viejo.

Una revista inglesa abrió hace tiempo una encuesta entre los escritores más ilustres de Gran Bretaña, preguntándoles por el secreto del éxito literario. La respuesta más inteligente me pareció ésta: "Seguramente, debe de existir un secreto. Pero si yo lo poseyera, ¿me cree Ud. tan inocente que lo fuera á divulgar?"

En realidad, existe un secreto de literatura, como en otras materias. Pero es un secreto de un orden particular, que sólo contadas personas poseen y que se trae al nacer. ¿El secreto de adquirir dinero? Tener talento comercial. ¿El secreto de escribir bien? Tener talento literario. ¿El secreto de hacerse simpático? Tener simpatía natural. ¿El secreto de las buenas maneras? Haber sido criado en ellas. ¿El secreto para dominar las pasiones? Tener carácter moral.

Pero si estos libros que enseñan secretos son engañadores (á veces, por cierto, no lo son del todo, lo son sí en cuanto el lector no halla en ellos todo lo que creía encontrar), son, en cambio, ya lo he dicho, muy divertidos, en ocasiones mucho más divertidos que una novela. Porque, salvo el caso raro de abrigar una previa y general desilusión sobre la sustancia que pueden contener, ó aún abrigándola, salvo el caso de no querer ó no saber arreglárselas para hacerse el inocente durante un par de horas, el lector encuentra allí la esencia misma de lo que constituye el interés novelesco: hay lo imprevisto. Voy en la página 100, se dice uno, y todavía no vislumbro el secreto. Es que debe de estar allá por la página 120. No estando en este lugar, es que debe de estar más allá todavía. Y, de este modo, la curiosidad de saber, por ejemplo, la receta para ganar cien millones en poco tiempo, lo mantiene á uno en suspenso de la misma manera y con igual intensidad que en **El Cid** de Corneille la ansiedad de saber si Jimena se casa ó no con don Rodrigo, ó en la **Antígona** de Sófocles lo que resultará del conflicto entre el amor fraternal y la sumisión que se debe á los poderes establecidos. En suma, me parece que se ha venido á descubrir, por medios completamente nuevos y casi sin quererlo, la **novela del secreto del éxito**, género tan legítimo como otras crea-

ciones novelescas de reciente data: como la **novela de animales** (Rudyard Kipling) y la **novela policial** (Bonan Doyle) y la **novela profética** (H. G. Wells).



¿**El Gobierno de sí mismo** por M. Antonin Eymieu, que enseña el secreto de la vida interior, sería entonces una novela más? Tanto como eso, nó. Pero, si el libro es excelente por los hechos curiosos que contiene y por lo que ilustra sobre el mecanismo del alma, me figuro que, como disciplina práctica, está sólo destinada á aquel reducidísimo número de personas de altas facultades reflexivas, que gustan de convertir su yo en un laboratorio de experiencias psíquicas. En suma, la aplicación de los principios de este libro presupone ya, en el sujeto que los aplica, el hábito del gobierno de sí mismo.

El volúmen se divide en tres partes que corresponden á las tres diversas maneras de gobernarse que el señor Eymieu nos propone. Primera parte: por las ideas para gobernar los actos. El autor sienta esta ley de que "la idea (pensamiento ó sensación) inclina el acto", y prueba esa ley con hechos sacados de la catalepsia, de la histeria, de la psicastenia y del estado normal. ¿La prueba? Por lo menos, es como si lo probara. En la imposibilidad de verificar por nosotros mismos los datos de M. Eymieu y haciendo honor á su probidad científica, la daremos por comprobada. ¿Y en seguida?... ¿Pero que no ven ustedes entonces el ancho, el inmenso campo que se ofrece á nuestros deseos de mejoramiento moral? Si la idea inclina al acto, está indicada la manera de llegar á ejecutar muchos actos laudables que no ejecutamos y de no ejecutar muchos actos reprobables que ejecutamos. Lo que hay que hacer es esto: alimentar en sí ideas conformes á las acciones que se quiere ejecutar é, inversamente, no alimentar ideas conformes á las acciones que se quiere evitar.

Lo repito: ¡el ancho campo! Casi no habrá momento en la vida diaria en que ustedes no tengan ocasión de aplicar este fecundo principio. Hay que ir á tal parte. No se tiene mucho agrado en ir, porque se va por deber. Si ustedes refuerzan su pereza con argumentos apropiados para convencerse de que no deben ir ó de que

deben ir otro día, es seguro que no irán. Pero si se alimentan ideas conformes á la visita que hay que hacer, se concluirá por ir, y aún con agrado. Debo ir, se dirá uno, porque, si no, se pensará mal de mí. Debo ir además por esta y aquella razón, que son poderosas. En seguida—seguirá diciéndose uno—no es del todo efectivo que vaya á pasar un mal rato. Si está allí fulano ó sutana, como es probable, lo pasaré muy bien, etc.

¿Se trata de evitar una mala lectura, un mal espectáculo, una mala compañía? ¿Se trata de combatir la propia indolencia? ¿Se trata de tomar una resolución? La idea inclina al acto, no hay que olvidarlo. Se logrará lo que se desea alimentando ideas propicias al fin propuesto, al acto por realizar.



Segunda parte: **por los actos para gobernar los sentimientos.** Penetrémonos bien de esta ley: "el acto suscita el sentimiento del cual sería la expresión normal". Por consiguiente, para experimentar el sentimiento que se quiere tener, es preciso **obrar como si ya uno lo tuviese.** Por la inversa, no obrar conforme al sentimiento que se quiere expulsar.

Ustedes deben de conocer la curiosa teoría de William James sobre las emociones, teoría que es absurda en sí pero que contiene una parte de verdad, ó más bien, que es la exageración de una verdad. La idea de James, en resumen, es esta: la emoción no precede á los movimientos y cambios corporales que la acompañan, sino que los sigue y resulta de ellos. Por ejemplo: pierdo á mi padre, me aflijo y lloro. Nada de eso, dice James. Lo cierto es esto: pierdo á mi padre, lloro y **porque lloro** me aflijo. Me sale un bandido en un camino solitario. Me da miedo y huyo. Nuevo error, según James. No huyo porque tengo miedo, sino que lo que hay es que me da miedo porque huyo. Vemos una mujer hermosa, nos enamoramos y la seguimos. ¿Qué error más craso! Vemos una mujer hermosa, la seguimos y, porque la seguimos, nos enamoramos.

Lo que ha conducido á James á sostener esta teoría bizarra son dos hechos muy ciertos, pero que él ha comprendido mal, desfigurándolos. Uno de estos hechos es que, simulando los movimientos exteriores que corresponden á una emoción, llegamos á sentir esta emoción, no tal vez con la misma intensidad que si brotara espontáneamente, pero, en fin, la sentimos. En la conversación diaria, se observa este fenómeno con frecuencia. X está hablando tranquilamente sobre un tema apacible, y sin la menor idea de irritarse. Pero he aquí que, por casualidad y sin quererlo, ha levantado un poco la voz, ó ha dicho una palabra enérgica ó ha dado un puñetazo sobre la mesa. Y tenemos á nuestro hombre montado en cólera. Se ha excitado con el propio sonido de su voz y sus ideas, que eran dulces, se le han convertido en ideas de combate. En *Tartarín* de Daudet puede verse de un modo gráfico, aunque algo caricaturesco, esta aptitud particular de algunas imaginaciones para auto-influenciarse con su voz ó con sus ademanes.

El otro hecho á que me refería es el de que, supuesta una emoción dada, de alegría, de dolor, de alegría, los signos ex-

teriores correspondientes á esta emoción **redoblan** su fuerza. Estoy conmovido por una desgracia. Lloro y de verme llorar me conmuevo más todavía. El llanto llama al llanto. Como si fuera otro el que estuviera llorando, me conmuevo con el espectáculo de mis propias lágrimas, me hallo más lastimoso y me compadezco. Es decir, redoblo mi angustia.

La teoría de W. James no es, pues, verdadera (nuestro sentido íntimo nos lo dice) en cuanto pretende sentar en absoluto que **siempre** el movimiento exterior precede á la emoción, pero es verdadera en cuanto al movimiento ó el acto **puede á veces** engendrar la emoción que le corresponde, ó, engendrada ya, puede redoblar su fuerza.

Si he expuesto la teoría de W. James es porque, á causa de su misma exageración, me parece muy apta para dar á entender mejor el pensamiento de M. Eymieu. Esa teoría pone de relieve la influencia de la expresión sobre la emoción; digo **pone de relieve** porque se necesita, en verdad, que esa influencia sea muy grande y visible y general para que un hombre de talento llegue á atribuirle el origen único de todas las emociones. M. Eymieu, estando más en la verdad, es más amplio, pues aplica esta influencia reconocida del signo material sobre el fuego interno no sólo á las emociones, que no son más que una rama de los sentimientos, sino á todos los sentimientos. Recordemos la ley enunciada más arriba: "El acto suscita el sentimiento del cual sería la expresión normal", ¿Se quiere ser enérgico? Tómense actitudes enérgicas, **como si ya se fuera enérgico.** ¿Se quiere desterrar el miedo? Tómense actitudes valerosas, **como si se fuera valiente.** ¿Se es melancólico? Se hace como si se fuera alegre, se canta, se ríe, se charla. ¿Se experimenta odio? Pues se ejecutan con la persona odiada todos aquellos actos que sólo se ejecutan con las personas á quienes se ama, y se llegará á amarla, no os quepa duda. ¿Se experimenta por alguien una excesiva simpatía que hay interés en desterrar de raíz? Este caso merece párrafo aparte.

Ud., joven lector, está enamorado de una bella persona. Es un amor desgraciado y Ud. quisiera arrancárselo del pecho. A Ud., por lo pronto, no se le ocurriría otro medio, para conseguirlo, que ejecutar un esfuerzo directo, tomar una resolución heroica de no amarla más. ¡Inútil resolución! El esfuerzo mismo que Ud. hiciera para ahogar la llama, la avivaría. Ahora, si Ud. es un poco intelectual y, sobretodo, si conoce el primer principio del señor Eymieu, tendría otro recurso de eficacia más probable para conseguir su fin: el análisis. Analizando el objeto amado, descomponiendo sus cualidades, rectificándolas, intelectualizándolas, por decirlo así, podría debilitar el sentimiento que lo aqueja. Pero el sistema no es siempre infalible, sobretodo cuando el sentimiento es ya fuerte. El medio infalible, ó por lo menos, el más eficaz está en el 2.º principio de **El Gobierno de sí mismo.** Ud. obrará **como si no** tuviera el sentimiento que quiere destruir. No hará ninguno de los actos, ninguno de los pasos que esta simpatía le sugiera; no pensará voluntariamente en

esta persona, no guardará de ella ningún recuerdo, no se desviará de su camino con la esperanza de encontrarla. "Con este regimen, nos dice el autor, la simpatía se extinguirá como un fuego sin alimento y, sobre el cual, además, se echa agua".

¿Es difícil el régimen? Lo peor no sería que fuera difícil, sino que fuera infructuoso. Napoleón, que parece que conocía el corazón humano, dijo esta frase: "en amor, la única victoria es la huida".

En fin, nos queda otro medio de gobierno de sí mismo: "por los sentimientos para gobernar los actos y las ideas". El autor no se refiere al sentimiento aislado, al sentimiento suelto, sino al sentimiento hecho hábito, es decir, á la pasión. Según la ha definido alguien, la pasión es un deseo en estado violento y crónico. La pasión por las letras es el deseo intenso y no interrumpido de brillar en las letras. La pasión sacerdotal es el deseo vehemente y continuo de sacrificarse por los demás. La fuerza, la fecundidad de un sentimiento habitual ó sea de una pasión, se puede calcular sin mayor esfuerzo. Y tenemos esta ley: "La pasión lleva al máximum y utiliza para su fin las fuerzas psicológicas humanas". De donde se deduce que "hay que crearse una pasión bien escogida para llegar á su máximum de rendimiento".

¡Crearse una pasión! ¡Proponerse apasionarse! Me figuro que hay aquí cierta contradicción en los términos. Por lo menos, me parece que no está al alcance de cualquiera esto de apasionarse por convencimiento, por una resolución concienzuda y bien fundada. En este tratado de psicología práctica, hallo esta parte la menos práctica. Y observo, cabalmente, que en el volumen de que me ocupó lo práctico va decreciendo del comienzo al fin. El primer principio tiene alguna utilidad y aún á veces lo aplicamos sin saberlo. El segundo ya es más alambicado y de más difícil aplicación. Y en cuanto al tercero y último, francamente, ya es el colmo del gobierno de sí mismo. Por lo cual, no me extenderé sobre él.

En suma, podemos gobernar nuestros actos, nuestros sentimientos y nuestras ideas, y los unos por medio de los otros, en una especie de ayuda mutua. ¿Se quiere gobernar los actos? Se utilizan las ideas y los sentimientos. Si lo que se quiere gobernar son los sentimientos, se echa mano de los actos. (Así, la pasión, que es un sentimiento crónico, se crea por medio de actos repetidos, me había olvidado decirlo). ¿Se desea gobernar las ideas? Ahí están los sentimientos.

Y todo eso es muy ingenioso y bien combinado y hasta, iba a decir, bello. Y me alegraría sinceramente de que no fuera inútil. Pero declarar que me alegraría de sufrir un error, ¿no es ya obrar como si realmente creyera en la efectividad de ese error, ó sea en la inexactitud del sentimiento de excepticismo que manifesté al comenzar? Y he aquí cómo, casi sin quererlo, estoy aplicando el segundo principio. Me veo forzado á reconocer que **El Gobierno de sí mismo** es un libro provechoso, ó, por lo menos, digno de ser leído.

Don Eduardo Suarez Mujica

El nuevo representante de Chile en Méjico, señor don Eduardo Suarez Mujica, es una de las personalidades más vigorosas diseñadas en la política, en las letras y en la diplomacia chilena durante los últimos veinte años. No es un improvisado; no figura entre los advenedizos que todo lo deben á un simple golpe de varilla mágica, de dados de fortuna que vinieron á colocarles, como por arte de encantamiento, en las altas cumbres de la sociedad en que viven. Lejos de eso, el señor Suarez Mujica ha revestido la coraza y empuñado la lanza de los grandes luchadores, de los esforzados guerreros, de los adalides que abrazan una causa con entera resolución, sin vacilaciones y sin miedo, resueltos á entregarle cuanto valen y cuanto pueden.

Es que sienten, dentro de sí, el impulso de una gran fuerza interna, superior á ellos y que los arrastra al combate. Experimentan la necesidad de sostener apasionadamente una causa y un Partido. El señor Suarez figura, desde hace muchos años, en el Radical, sirviéndolo con la abnegación de los hombres resueltos y de los ánimos levantados, y luchando, á menudo, con más fuerza dentro de sus propias filas que contra los enemigos de ellas.

Es que en la vida política es menester mezclar la energía con la moderación, empujar á los unos y contener á los otros, indicar las horas en que se avanza paso á paso y con prudencia, y separarlas de aquellas en que es preciso calar bayoneta para los grandes asaltos y las supremas embestidas.

Suarez Mujica ha tenido, en su personalidad y en su vida, ese equilibrio sano y perfecto del fondo con la apariencia y las exterioridades engañadoras de los temperamentos en que los nervios dominan.

Nació escritor y diplomático. Muy joven aún, fué llevado a la Sub-Secretaría de Relaciones Exteriores por el señor don Domingo Santa María, uno de los Presidentes más ilustres que ha tenido Chile. El oio experto del grande estadista distinguió, sin vacilar, en el joven sub-secretario, un colaborador precioso y un talento brillante. Los hechos probaron que no se había equivocado.

Era esa una de las épocas más difíciles de nuestra historia diplomática. Chile acababa de obtener sobre el Perú las victorias decisivas de Chorrillos y de Miraflores, en las cuales se había cubierto de gloria nuestro ejército. Las fuerzas regulares del enemigo no existían, limitándose su acción á las de unas pobres montoneras que mero-deaban por el interior, en las fragcsidades de la sierra. El Gobierno de Piérola había desaparecido junto con caer en manos de Chile Lima y el Callao. Habíamos triunfado, pero no teníamos con quien tratar, ni podíamos pensar tampoco en quedarnos perdurablemente en situación semejante. La primera obra de la diplomacia chilena debía consistir en dar gobierno á un país que lo había perdido—en el último olvido del desastre.

Así se hizo, pero el nuevo Gobierno peruano, afirmado en bayonetas chilenas, no tuvo otra preocupación que enredarse en intrigas tenebrosas con Mr. Hurbult, Ministro de los Estados Unidos de Norte América, ofreciéndole cesión del territorio peruano de Chimbote, como estación carbonífera y naval, á trueque de obtener el apoyo de los Estados Unidos en contra nues-

tra. Se quería privar á Chile de su triunfo por arte de prestidigitación diplomática.

Después de haber triunfado por las armas, debíamos luchar en otro terreno, aún más difícil y peligroso para nosotros, en el de la diplomacia. Santa María y el Ministro don Luis Aldunate dieron pruebas entonces de una habilidad consumada. Hicieron frente á las misiones de Mr. Blaine y de Mr. Trescott, dejando satisfechos á los diplomáticos americanos y consiguiendo separar á la Gran República del camino al cual violentamente pretendía llevarla el Perú. Las intrigas quedaron deshechas, y nuestras relaciones con Norte América en pié de perfecta cordialidad, después de horas de dolorosa y difícil tensión.

Entonces sobrevino, de repente, la amenaza de una intervención de las Grandes Potencias europeas, encabezadas por España y Francia. La poderosa casa Dreyfus ponía en movimiento sus resortes ocultos para conseguir que Chile pagara la deuda peruana que ascendía á una suma fabulosa. Obtuvimos, entonces, una segunda victoria diplomática, merced al apoyo de Alemania, desbaratándose, al nacer, las tentativas de intervención extranjera en nuestra guerra. En cambio, Chile estableció los Tribunales Arbitrales que fallaran todas las reclamaciones extranjeras con arreglo á los principios del Derecho Internacional y de la justicia.

La paz con el Perú se firmaba en 1883, después de gestiones en que se concedió al adversario vencido, y sin posibilidad alguna de resistencia, todos los honores y consideraciones más hidalgas.

El señor Suarez Mujica tuvo parte importante en todos los pasos dados y actos realizados por el Gobierno de Chile en esa época excepcionalmente difícil, y contribuyó con la claridad de su vista y la energía de su actitud á soluciones para Chile tan felices como sus victorias militares.

Después de la revolución de 1891 entró á figurar activamente en política, distinguiéndose en las filas del Partido Radical. Había tomado, desde el primer momento, participación activa en la redacción del diario *La Ley*, fundado por don Juan Agustín Palazuelos. Su pluma de diarista fué tan fácil como brillante. Al llegar á la Cámara de Diputados, años más tarde, el diarista se había transformado en hombre de Estado, y buscaba los temperamentos de moderación y de tino que conducen al éxito.

Dentro de su Partido, influyó poderosamente para producir la situación que ha llevado á la Presidencia al actual Jefe del Estado.

Su acción política ha sido vasta y fecunda su labor parlamentaria.

El señor Suarez hallará en la diplomacia, á la cual pertenece por naturaleza, el campo más apropiado para sus condiciones, sus estudios internacionales y su amplia cultura intelectual. Chile había de contarle entre sus mejores representantes en el extranjero.



Señor Eduardo Suarez Mujica



VENEZUELA

El nuevo Presidente, General Juan Vicente Gómez

ESTA República se presenta hoy como el verdadero país del porvenir en la América tropical. Su situación geográfica y su proximidad á los grandes centros de cultura, le auguran un rápido desenvolvimiento en todos los órdenes del progreso.

Dotada de una raza fuerte y homogénea, de excepcionales condiciones para el trabajo, y de un clima espléndido,— una especie de primavera perpétua,— Venezuela ofrece un ancho campo al capital extranjero para la implantación de grandes industrias y para el incremento de una vigorosa inmigración.

Su variada agricultura y su minería portentosa, hablan muy en alto del porvenir económico del país. Baste sólo recordar la fama de que gozó por esta causa en la época de la conquista, durante la cual los españoles consideraron esa tierra como el verdadero Eldorado, que buscaban con tanto afán, arrojando toda clase de sacrificios.

El territorio venezolano está surcado por innumerables corrientes de agua é importantes ríos navegables—el Orinoco, el Apure y otros— poderosas arterias de las producciones del interior.

Quien haya recorrido esa nación no puede menos de maravillarse ante lo imponente de los magníficos panoramas que presenta su naturaleza pródiga de todas las bellezas del trópico.

Agréguese á esto su temperatura bonancible y los recursos espontáneos de esa tierra fértil, perfectamente distribuidos, y se podrá formar un concepto aproximado de lo que es y será Venezuela cuando la obra patriótica de sus Gobiernos consiga, por medio de vías de comunicación y facilidades de transporte, obtener, sin grandes esfuerzos, el fruto de su suelo feraz, que reclama, con la mayor insistencia, su explotación. Venezuela ha prosperado y prospera á la luz del día. Sus ciudades tienen muy poco que envidiar, en materia de adelantos, á las principales capitales del mundo. Existen, perfectamente establecidos, toda clase de servicios municipales, iluminación eléctrica, etc.

El cuerpo de leyes de la República está calcado de las legislaciones más avanzadas de la Europa y su Carta Fundamental

es realmente un modelo en lo que concierne á los derechos de los ciudadanos y á las garantías que ofrece á las industrias y al comercio, como asimismo á la protección de los bienes y de la vida de sus habitantes. Venezuela es uno de los pocos países donde la pena de muerte está definitivamente abolida. El régimen de Gobierno es

republicano en la más amplia acepción de la palabra. El Parlamento no tiene, es cierto, esa influencia excesiva de que goza entre nosotros, pero eso no quiere decir que su papel no esté encuadrado dentro de las prácticas democráticas, ni que su radio de acción se halle estorbado por el Ejecutivo.

La organización de los poderes públicos es perfecta y sus funcionarios son responsables. La libertad electoral es hoy respetada más que nunca, y el actual Gobierno se ha preocupado de que todos los órganos de administración reflejen en toda su amplitud la voluntad popular. La última evolución política operada manifiesta cuál es el ascendiente de la opinión pública, y cómo son respetadas las decisiones de las mayorías.

La exaltación del general Juan Vicente Gómez á la Primera Magistratura ha marcado una serie de reformas trascendentales en la marcha económica del país y en la solución de los asuntos internacionales pendientes. Se abrieron los puertos á la importación extranjera, se restableció la libre navegación de los ríos y el intercambio con Colombia, y al mismo tiempo que la Cancillería venezolana zanjaba sus dificultades con los Estados Unidos, el eminente internacionalista y diplomático, Dr. José de Jesús Paul, estrechaba nuevamente los vínculos de amistad entre su patria y las gran-

des potencias europeas. El general Gómez ha reorganizado el ejército, hasta colocarlo á la altura de los mejores del continente ciñéndose á un plan perfecto y á un severo régimen de estudio.

Se preocupa el nuevo Gobierno venezolano en desarrollar una serie de vías férreas esencialmente comerciales y una red telegráfica de primer orden.

La capital ha merecido importantes mejoras, decretando la



General Juan Vicente Gómez

extensa obra de composición de sus calles, la edificación de varios coliseos y otras construcciones fiscales de evidente utilidad como escuelas de ambos sexos, hospitales, etc.

La paz florece en la República y está en la conciencia de todos que el Gobierno de Venezuela se ha inspirado en los más altos propósitos de bien público á la vez que ha sabido rodearse de una aureola de prestigio ante los ojos de la opinión universal.

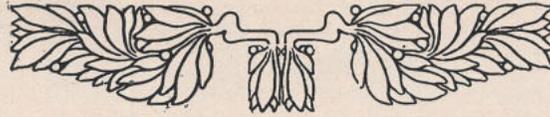
El trabajo y el respeto á la ley son los grandes ideales del actual gobernante, y á ello contribuyen todas las voluntades de los hombres y de los partidos. Desaparecieron, por ahora, las luchas partidistas: no hay otro pensamiento que el bien de la patria.

El general Gomez ha sabido interpretar los deseos de sus ciudadanos y ha procurado conciliar todas las opiniones, bus-

cando la cooperación de las principales personalidades de la política militante.

Así vemos que colaboran en el Gobierno hombres de la talla del Dr. Francisco Gonzalez Guinán, del Dr. José de Jesus Paul, del general José Antonio Velutini, de don Aquiles Iturbe, de don Leopoldo Baptista, del general Régulo Olivares y otros.

Nadie duda de que la obra del general Gomez es altamente patriótica y que ha sabido cumplir con el punto capital de su programa, que sintetizó en las siguientes palabras: "He buscado en la estricta afirmación de los derechos y garantías acordadas por nuestros códigos á nacionales y extranjeros, atraerle al Gobierno el concurso espontáneo de la opinión pública y, al país, la simpatía y el respeto de las naciones".



ESTUDIOS Y RETRATOS

Las desgracias y el genio de Edgar Poë

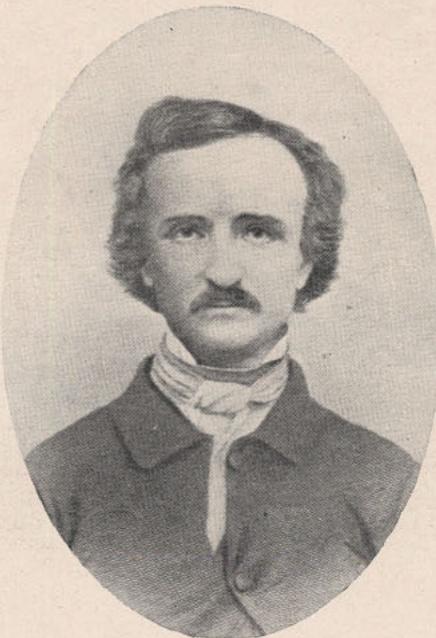
EL 19 de Enero nacía en Boston el niño enfermizo que iba á immortalizar el nombre de Edgar Poë. Aunque perteneciente á una vieja familia americana y á pesar de que su padre había servido bajo Lafayette con el grado de general, este niño llegaba al mundo en condiciones lamentables. Tres años después de su nacimiento, su padre, que había entrado al teatro por amor, y su madre, actriz de cierto renombre, fallecían, el uno de excesos alcohólicos y de tísis la otra. Por más ruido que se hizo para dar dos representaciones á beneficio de la madre, el público no correspondió á los anuncios de los diarios. Cuando algunas almas caritativas se presentaron llevando socorros al desamparado hogar, encontraron al marido y á la mujer tendidos en una cama de paja, sin alimentos, sin dinero y sin combustible. Sus vestidos habían sido empeñados ó vendidos. Los tres hijos, medio desnudos, casi muertos de hambre, descarnados y macilentos, lloraban inconsolables, mientras una vieja galesa, que los cuidaba, empapaba el pan en un poco de ginebra para proporcionar algún fortificante á esos pequeños desgraciados.

I

Es necesario figurarse desde luego este horrible y doloroso espectáculo si se quiere comprender la existencia miserable y el genio atormentado de Edgar Poë. No solamente su cuna desconoció la alegría, sino también le entregó como herencia mortífera la tara alcohólica. Edgar Poë no gozó nunca de la serenidad que da un temperamento sano y equilibrado. Toda su vida fué el juguete de dos instintos contrarios: por una parte, el gusto y la necesidad de la sobriedad, la resolución de no beber, y por otra, la necesidad irresistible de buscar en el alcohol un estimulante para las horas de depresión y abatimiento mórbidos. Este hombre, de excelentes relaciones, que observó durante meses enteros la correcta actitud del más refinado caballero, se olvidará de sí mismo repentinamente, en un momento de embriaguez, y aterrará á sus amigos por la incoherencia de su lenguaje.

La imposibilidad de dominarse en que se encuentra; el contraste continuo entre las promesas que hace con la mayor sinceridad del mundo y los actos de locura que no puede dejar de cometer, le ena-

genan á su alrededor las voluntades más probadas. En su desgracia tuvo una buena fortuna inesperada. Un rico americano, conmovido por la pobreza de este sér abandonado, lo tomó en su casa y lo hizo educar como á hijo. Se le dieron los mejores maestros y los medios de instrucción más completos, y hasta se le hizo entrar á la Escuela Militar de West Point.



Edgar A. Poë

Pero las desigualdades de su carácter agotaron la paciencia de su padre adoptivo. Después de haber vivido hasta la edad de veinte años como hijo de familia, como heredero de una fortuna, se encuentra, de la noche á la mañana, obligado á ganarse la vida y reducido á las más duras privaciones.

De esta desgracia no se recobrará jamás. Ya no recobrará las esperanzas y la fé de su juventud. Tendrá instantes de popularidad y éxito, y hasta dinero; pero, en general, luchará contra la miseria sin lograr asegurarse el pan de cada día.

Sin disimular nada de esta situación

trágica, el excelente biógrafo de Edgar Poë, M. Lauvrière, ha aprovechado todas las ocasiones favorables para atenuar sus horrores, conservando preciosamente lo que aún queda de poesía y encanto en la existencia del desgraciado escritor. Hay cosas que ni su desgracia logró arrebatarse: la distinción de sus rasgos y maneras, la seducción penetrante de su lenguaje y la limpieza minuciosa y el cuidado estético de su hogar.

Felizmente para él, su pobre vida fué completada por la abnegación de una tía con cuya hija casó cuando ésta alcanzaba los catorce años. Esa tía, Mrs. Clemm, pobreísima como él, que vivía del trabajo de sus manos, lo recogió en Baltimore en el momento en que salía de la Escuela de West Point. Vivieron en comunidad de afectos y miserias. Era natural que la única hija de Mrs. Clemm se enamorara del hermoso joven con quien compartía la vida y cuyos defectos ocultaba la tía cuidadosamente á la par que hablaba de él con el mayor entusiasmo. Gracias al sentimiento poético con que Edgar Poë revestía cada cosa y al valor moral de las dos mujeres que vivían con él, su hogar conservó, aún en las horas más sombrías de su existencia, algo de elegante y agradable. Es lo que atestiguan todos los que lo visitaron.

El capitán Mayne Reid, que fué á verlo en su apacible morada, en un arrabal de Filadelfia, se maravilló del aspecto seductor que habían sabido dar á su casita de tablas cubierta de flores y enredaderas. La fisonomía maternal de Mrs. Clemm y la bondad que se retrataba en su rostro iluminaban dulcemente el pobre hogar. Ella velaba sobre su yerno con solicitud constante: le servía de embajadora ante los editores y directores de revistas; iba á dejar los artículos y á cobrar el dinero; compraba todas las provisiones y los menesteres caseros y, en ocasiones, iba á buscar al poeta que, ebrio y enfermo, yacía en alguna taberna de los alrededores.

La mujer de Poë, Virginia, era una criatura deliciosa, de belleza y gracia encantadoras; pero ya á la época de su matrimonio, la desgracia la había condenado á morir tísica. El colorido de sus mejillas y el falso brillo de su tez anunciaban demasiado luego el desenlace fatal. Hacía las delicias de Poë cuando cantaba tocando el arpa ó el piano. Una noche, en la primavera de 1842, la melodía se inte-

rumpió de repente. Acababa de romperse un vaso en la garganta de la cantatriz. Poë no volvió á escuchar la voz amada. Desde entonces, la pobre mujer sufrió mil muertes. No podía soportar el menor frío; habría necesitado precauciones y cuidados que no permitía tomar ni tener la exigüidad de los recursos de la familia. Un testigo ocular traza el cuadro de los últimos días de la existencia de esta mártir con rasgos profundamente patéticos:

"La pieza en que yacía semanas enteras y en que sólo podía respirar con ayuda de un abanico, dice, era un cambucho tan bajo que se topaba el cielo con la cabeza. No por eso dejaba Virginia de ser una imagen exquisita de gracia paciente, con una sonrisa de resignación en sus labios y el aire afable con que daba la bienvenida á los amigos".

La muerte de Virginia sumergió á su esposo en la más profunda desesperación, á que sólo daba tregua para embrutecerse con alcohol. El mismo cuenta que ésa fué la época de su vida en que cometió mayores excesos de este género.

El más célebre de sus poemas, el *Cuervo*, lo puso en contacto con la más brillante sociedad de Nueva York y le procuró relaciones consoladoras.

Entonces es cuando ofrece su corazón con vehemencia, escribe versos inflamados, cree haber encontrado el alma hermana y quema sus naves en declaraciones ditirámicas. Amores de imaginación con que él mismo se engaña, pero no lo bastante profundos para dar una nueva orientación á su vida y su destino. Las mujeres á quienes se dirige sucesivamente reconocen la fragilidad de los sentimientos nuevos que él cree despiertos en sí mismo. A pesar de la seducción de su lenguaje y de su correspondencia, aunque es el más elocuente de los enamorados, ellas se resisten y defienden. Sienten instintivamente lo que hay de artificial en declaraciones tan apasionadas. La facilidad con que el desgraciado cambia el objeto de sus pretensiones les muestra que tienen razón en ponerse en guardia y no hacer caso de las primeras efusiones. Apenas es desalentado y abandonado por una de ellas, va á rendir homenaje á otra con igual furor. Todavía estaba pensando en casarse, cuando una crisis alcohólica más fuerte que las anteriores lo doblegó. Esta vida atormentada terminó en donde debía: en el hospital. Cuando lo llevaron, ya no se daba cuenta de nada, no sabía ni quién lo había llevado ni con quién había pasado las últimas horas.

II

Edgar Poë ha sido traducido á todas las lenguas, pero ha sido difícil reflejar fielmente la enormidad de concepciones y la poderosa originalidad del escritor americano. Casi nada debe á las creaciones de los demás: todo lo extrae de sí mismo, de su experiencia, de sus observaciones, de sus visiones y de sus sueños.

Como es un espíritu lógico que lo ra-

zona todo, aún su locura, se encierra sistemáticamente en composiciones cortas en prosa y verso, á fin de no traspasar los límites del interés que la movilidad de su espíritu y sus pensamientos flotantes le permiten tomar por las cosas. Esta sobriedad intencional le da el medio de obtener lo que busca, lo que es la característica de su genio: el máximo de efecto en el mínimo de tiempo. Experimenta un placer vivo y de contraste en introducir una especie de severidad clásica en las extravagancias de las combinaciones más románticas. Mientras que su imaginación tiene todas las audacias, el estilo y la forma de que se sirve tienen algo de circunspecto, de correcto, de castizo.

En Edgar Poë las obras son el reflejo inevitable de la vida, la consecuencia obligada de sus taras hereditarias. Nadie elige con menos libertad que él el asunto de sus trabajos. El no dirige sus pensamientos como quisiera. Una fuerza interior, cuyo amo él no se siente, lo domina y lo arrastra por sendas marcadas de antemano. Si su imaginación se vuelve á lo fantástico, no es porque esté bajo la influencia de Anna Radcliffe, de Lewis ó de Lord Byron: es porque ningún género de literatura conviene más á su temperamento alcohólico. Sólo pide á sus predecesores el fondo de la decoración, el vago fondo histórico del Viejo Mundo, en que pueden moverse, sin chocarse, las criaturas más inverosímiles; pide las viejas abadías góticas de Inglaterra, los castillos del Rhin ó de Hungría, los palacios del Renacimiento italiano, los calabozos de la Inquisición española y, á veces, hasta los hipogeos de Egipto.

III

Pero, en esa decoración convencional, no se agitan fantasmas imaginarios. Son seres reales, vivos, ó más bien un sólo ser, encubierto por diferentes disfraces, un enfermo, el mismo Poë, entregado á visiones, á alucinaciones mórbidas. El encantador no evoca tan bien tantas quimeras espantosas, sino porque es él mismo la primera víctima de ellas; son los sufrimientos los que fortifican su magia: lo fantástico es sólo proyección de su enfermedad en la literatura. El vino, el alcohol, el opio, la morfina, todos los excitantes y calmantes con que se embriaga hacen desfilar ante su vista multitud de imágenes á las cuales no puede sustraerse. Las ve como si existieran; y, si logran producir en nosotros impresiones tan fuertes, es porque él ya las ha sufrido. Se reconoce también la exageración de sus sentimientos personales en la pintura del amor que nos hace. Ninguno de sus héroes ama sencilla, dulce y naturalmente. Siempre se trata de pasiones estáticas que, desde el primer momento, llegan al último grado de la adoración. Las heroínas mismas, constantemente idealizadas y espiritualizadas, concluyen por des-

vanecerse en la misteriosa sombra de la muerte que las asecha. Ninguna gozará de la plenitud de la vida. Parece que su ideal de hermosura no puede recibir el último retoque y el último encanto sino de una destrucción prematura.

El rasgo común de todos los cuentos, como de todas las poesías de Edgar Poë, es la melancolía, una dolorosa y trágica concepción del destino humano. Sobre cada uno de sus personajes se cierne un dolor secreto ó visible, una causa de pena ó desesperación ó un motivo de terror. Esta inevitable tristeza de la vida está pintada en su obra maestra, que reúne todas las cualidades del escritor: el poema del *Cuervo*.

Es media noche de Diciembre. Cada tizon agonizante proyecta en el piso su propia silueta. Al lado, en un sillón, dormita un soñador. Ha buscado inútilmente un consuelo, un lenitivo al dolor de haber perdido á su amada en las páginas del libro que aún conserva entre sus manos. De súbito cree sentir un golpe á su puerta. Se estremece, poseído de fantástico terror; es impotente para comprimir los latidos de su corazón; se levanta y atraviesa las tinieblas de su cuarto. Abre la puerta. Mira, nada ve; escucha, en vano, nada oye: sólo á lo lejos percibe el rumor de su amor perdido. ¿Qué será? Vuelve al descanso. De pronto, nuevo golpe. Es en la ventana. Empuja el postigo, y penetra entonces por él un magistoso cuervo que, aleteando sin detenerse, atraviesa la estancia para ir á posarse en un busto de Pallas, precisamente arriba de la puerta.

Poco á poco, el soñador se acostumbra á la presencia de su extraño visitante y hasta se comunica con él. Numerosas preguntas sobre el porvenir y el más allá fluyen de los labios del joven. Luego acerca su sillón para quedar frente á su huésped, que calcina su corazón con su mirada de fuego. El cuervo, imperturbable, contesta á cada pregunta con un mismo refrán:

—Jamás.

—¿Encontraré un bálsamo para mi dolor?

—Jamás.

—¿Podré recibir en mis brazos, en el Eden lejano, á una virgen santa á quien los ángeles llaman Señora?

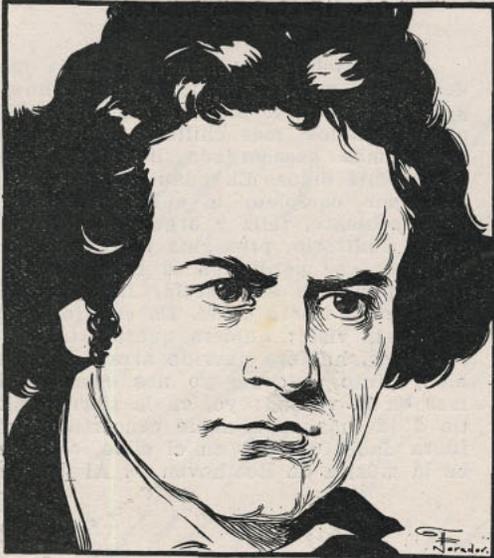
—Jamás.

En inglés, la sonoridad y la rima misma del refrán tienen algo de particularmente doloroso.

En ninguna parte se ha expresado con más fuerza la filosofía de la desesperación. Ninguna obra resume más completamente el genio poético de Edgar Poë, con la altiva precisión de su lenguaje y de su riqueza prosódica. Ningún anglo-sajón ha escrito un lenguaje más conciso y más vigoroso que el suyo. Su estilo es de una trama tan fuerte, de un metal tan sólido, que aún en medio de sus oscuridades, de sus divagaciones é incoherencia, tiene repentinamente destellos de gran poeta y gran prosista.



PAGINAS DIVIDIDAS



UNA CENA DE BEETHOVEN

HALLABAME en Viena durante el año de 1819. Viena, como sabeis, es la ciudad musical por excelencia: allí se siente la música, el aire está saturado de acordes. Todos los grandes músicos, todos los grandes cantantes han pasado por Viena. De aquí una especie de bienestar que uno siente sin saber por qué.

Pero, el día á que me refiero había gran silencio en la ciudad del Señor de Metternich. Aquel día yo vagaba por las calles, al azar, esperando la hora de partir; debía abandonar la ciudad aquella misma tarde. En el punto de mi mayor ociosidad, ví pasar un hombre por la calle, uno de aquellos hombres á quienes se vé inmediatamente, aún entre la multitud.

El tal hombre iba con andar desigual, ya lento, ya rápidamente: miraba y sonreía á uno y á otro lado; pero su mirada era distraída, amarga su sonrisa, y se presentía, en él, uno de los que viven fuera de las realidades del mundo.

Apesar mío, quise saber quien era, y le seguí. Tras de muchos andares, ir y venir, tras de muchas vueltas y revueltas, entró á la tienda del mercader de la calle Kolhmarckt. El comerciante le recibió con afabilidad; ofrecióle asiento con aire solícito, más el desconocido se quedó de pié. No podía oírle, pero le contemplaba á través de los cristales transparentes de la tienda. Su manera de conversar era extraña; hablaba, su interlocutor escribía. Juzgué que mi desconocido era sordo.

De súbito, asumió una traza más preocupada que de ordinario, y, volviéndose á la puerta, tocó cadenciosamente con los dedos sobre el vidrio tras el cual yo me hallaba.

Quedóse de esta manera como un largo cuarto de hora. Después de lo cual se volvió, é hizo señal al dueño de casa. Inmediatamente una linda niñita se aproximó al hombre, y colocó ante él una pluma y papel de música. Entonces le ví escribir corrientemente: sin duda escribía lo que acababa de componer sobre el vidrio de la tienda. Escribió sin resollar y de un tirón y, cuando hubo terminado, alargó al comerciante su papel, sin releerlo. El comerciante le dió una moneda de oro en cambio.

Con esto, mi hombre sale del almacén. Apenas fuera, tomó su aire sombrío y burlón. Sin embargo, su paso era más ligero. Aquella mañana tenía yo la veta de la adivinación; presumí que el hombre se encaminaba á un Restaurant.

En efecto, dirigíase á ese hotel vetusto que lleva el nombre de: **El Gato que hila.**

Aquel día, un Viernes, la fonda estaba desierta, la gran sala silenciosa, el horno apagado, la dueño de casa, como buena patrona alemana, ocupada en hacer relucir su vajilla de cobre. Ustedes pensarán que el momento era mal escogido para ir á pedir á la buena señora una de esas excelentes fabricaciones culinarias que la hicieron reina de los glotones y borrachos de su tiempo. Sin embargo, como nuestro personaje andaba en grandes, avanzó audazmente y pidió, sin mucha ceremonia, un trozo de vaca asada.

—No tengo carne de vaca asada, replicó la patrona del **Gato que hila.**

Y al mismo tiempo refregaba unos platos de estaño.

—Pues, en tal caso, agregó el desconocido, pásame un pedazo de carne fría.

—No tengo carne fría, contestó la patrona, sin abandonar su trabajo.

—Tanto peor! exclamó el hombre.

Y se retiró triste y desencantado. Le ví alejarse con pena, y cuando le hube perdido de vista, entré á la posada, me quité humildemente el sombrero, y, hablando con el respeto más profundo:

—Señora, dije á la patrona, ¿podría Ud. decirme cómo se llama ese hombre, quién es y en dónde vive?

La señora, oyéndome tratarla con tanto comedimiento, abandonó por un instante su vajilla, y gratificándome con la sonrisa más amable que pudo encontrar en su boca sin dientes:

—Señor, me dijo, Ud. es muy atento. Aquel hombre es una especie de músico, muy glotón y borracho. Conozco muho á su sirvienta que se llama Marta; vive por aquella casita de la izquierda, al lado del colchonero: creo que se llama Beethoven.

Al oír tan gran nombre, sentí que el corazón me palpitaba en el pecho. Luego, dirigiéndome á la patrona:

—Señora, le dije solemnemente, en nombre de la hospitalidad alemana, tengo que pedirlos un gran servicio.

Y como ella me mirase con ojos asustados:

—Sí, señora, como yo lo creo, Ud. es buena y caritativa, me pondrá un pedazo de vaca en el horno, al punto. No saldré de aquí sin el asado en la mano.

—Paciencia! señor, me replicó ella indicándome el horno encendido. En un instante se lo daré.

Al mismo tiempo llamó una sirvienta que abrió el horno. Un delicioso olor de carne asada se esparció por la amplia cocina. En seguida la patrona, con su propia mano, preparó el guiso.

—¿Y por qué, le dije, negó Ud., hace un instante, á ese pobre diablo de Beethoven el pedazo de carne que pedía?

—Señor, me dijo, ese hombre es un dilapidador que se lo come todo, un glotón que quiere carne todos los días. Apenas tiene dinero, ya me lo trae, y yo se lo recibo lo menos posible, tanto por lástima para con él como por amistad con su sirvienta.

—Señora, continué ¿qué vino prefiere Beethoven?

—¿Canastos! señor, yo no lo sé. Esa bente bebe todos los vinos, siempre que sean vinos. Creo, sin embargo, que una botella de mi viejo Rhin no le molestaría.

—Déme dos botellas de vino del Rhin, y del mejor, repliqué á la huésped; no sería suficientemente bueno para mi propósito aún cuando fuera el vinc del señor de Meternich.

Al escuchar este nombre temido, la huésped, como si no me hubiera escuchado, abrió, junto á la puerta de entrada, cierto sótano al cual bajó. Momentos después volvía con dos botellas polvorientas

y negras, vestidas con un velo fabricado por alguna araña secular.

—¿Está bueno! dije entre mí, ya tengo con qué regocijar á Beethoven.

—¿Quiere el caballero que le lleven eso? interrogó la fondista.

Pagué sin responderle. Puse mis dos botellas en los bolsillos, tomé el plato de asado en mis manos, y me eché á caminar tan horondo como si hubiera recibido la condecoración del águila de Prusia.

No tardé mucho en llegar á la casa de Beethoven. Habitaba en el primer piso. Su puerta estaba guarnecida de clavos de cabeza grande, que le daban, al primer aspecto, formidable apariencia; pero esos clavos eran inútiles para la defensa de la casa: la chapa estaba floja, en tales condiciones que la abrí de un puntapié.

Entré. No había en la antesala nada más que una mesa cubierta con lienzo grosero, un canario que cantaba alegremente en su jaula, y un gato gordo que miraba la mesa, sin arreglar, dando maullidos más de ocioso que de hambriento: eran la mesa, el canario y el gato de Beethoven.

Puse sobre la mesa mi plato cubierto y mis dos botellas viejas; acaricié el gato que enarcó el espinazo, saludé al canario, que prosiguió su período comenzado.

Entre tanto llegó la sirvienta de Beethoven.

No pareció más asombrada al verme que el gato ó el canario, é inmediatamente me introdujo á la pieza de su amo.

Este se hallaba cerca de la ventana: miraba atentamente una mata de clavel que había plantado; un millar de insectillos verdes devoraba el clavel: los arrancaba con las precauciones más minuciosas. Por otra parte, el tal clavel no era lo único de la ventana: enredaderas de capuchinas trepaban hasta lo alto, y sus hojas, de verde opaco, formaban la más agradable cortina contra los rayos del sol.

Como Beethoven era sordo no me había sentido entrar. Tenía sobre la mesa recado de escribir. Tracé las siguientes palabras:

“He traído lomo asado y dos botellas de Rhin, comámos juntos”.

Le alargué el papel. Antes de tomarlo acabó de libertar sus claveles de los insectos. En seguida leyó mi frase. Entonces, de súbito, era que ustedes hubiesen visto encenderse sus ojos y reaparecer su sonrisa.

—¿Sea bien venido! me dijo. ¿Sea bien venido! ¿Es Ud. francés? Está bien. Hágame el honor de comer conmigo.

Al mismo tiempo exclamó: Marta, póngale un cubierto al caballero.

Y volviéndose á mí:

—Ud. ha hecho bien al venir, me dijo; me encontraba triste. Sólo el campo me alivia, la ciudad me mata. Me ahogo aquí; oigo toda especie de rumores extraños, y no puedo ni siquiera oír cantar. He perdido más que Milton, que sólo perdió la vista y guardó su poesía; he perdido mi poesía, he perdido mi universo: estoy al borde de la tumba cantando mi misa de difuntos...

La sirvienta nos anunció que la comi-

da estaba pronta. Me tomó Beethoven de la mano y me hizo entrar al comedor-cillo. No había más que dos cubiertos sobre la mesa. Su sirvienta, acaso celosa de la reputación del amo, habíame cedido su asiento y nos servía.

La comida fué alegre de parte de Beethoven, gastó tanta chispa, habló tan bien i con tanto agrado que pronto me olvidé de su achaque. El viejo vicario del Rhin le había de tal manera reanimado, que al terminar la comida se levantó bruscamente y pasó á su pieza.

—Quiero, me dijo, probarle que el viejo Beethoven no es tan sordo como se pretende.

Al mismo tiempo se sentó al piano y comenzó á ejecutar una melodía de su composición.

¡Santo cielo! El piano se hallaba más desafinado que un gato viejo. Beethoven golpeaba sobre el piano como sordo. Nó, nunca sonidos más chillones, jamás armonía más desacordada llegaron á destrozar mis oídos. En cuanto á él, entregado por completo al entusiasmo de la hora presente, feliz y orgulloso de tener al fin auditorio, proseguía la sinfonía comenzada; se perdía en el más dulce de los éxtasis, se estremecía, lloraba, sonreía, estaba fuera de sí. En cuanto á mí, bajaba la vista; hubiera querido taparme los oídos, hubiera querido arrancar. Pues bien, tanto él como yo nos encontrábamos en la verdad; yo, en la tierra, asistía á la más abominable cenciada que fuera dable oír; él, en el cielo, escuchaba la música de Beethoven... Al fin, ter-

minó mi suplicio, acabó su alegría: levantóse gastado pero contento.

—¿No es verdad que eso es bello? me dijo. ¿No es verdad que el viejo Beethoven tiene todavía sangre en las venas? ¿No es esa la música?

Y me apretaba contra su pecho y me estrechaba las manos, mientras una gruesa lágrima le resbalaba por el rostro.

—Es preciso que le dé algo mío i algo para Ud. solo...

Acercóse á la ventana, se puso á golpear el vidrio con la mano derecha, como lo hiciera en la tienda de música. Se escuchaba por dentro, componía. Por último, pasó el trozo que había tocado con sus manos y compuesto con su genio y que conservo como la más valiosa de las reliquias.

Julio JANIN

Se acabó el hogar



Cuadro del pintor chileno señor Harris, reproducción en madera por la señorita E. Berroeta

Los

BEST
EXTRA EXTRA

lengos Habig



*siempre combaten en primera línea
y quedan
vencedores.*

*Importación exclusiva
para Chile*

T. A. BLECH WEGENER

K. u. K. HOFHUTFABRIKANTEN

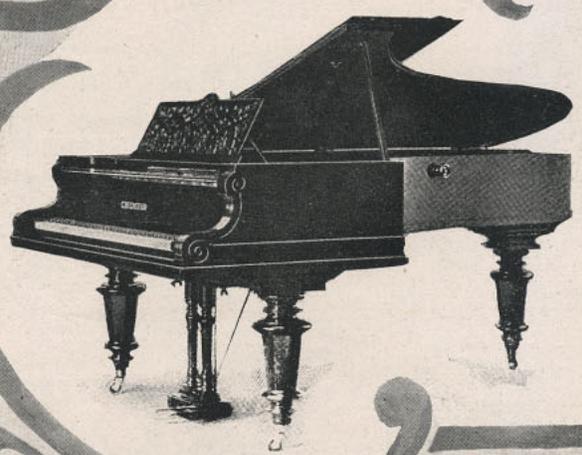
UNICO AJENTE

EN VENTA EN SANTIAGO / VALPARAISO: EN LAS SOMBRERERIAS ALEMANAS DE **T. A. BLECH WEGENER**; EN TALCA: EN LA SOMBRERIA DE **A. GIRAUD**; EN CONCEPCION: EN EL ALMACEN DE **J. POUVEY**; EN VALDIVIA / OSORNO EN EL ALMACEN DE **F. CARSTENS Y C^{ia}**

PIANOS



Steinway & Sons, C. Bechstein, R. Ibach Sohn, C. Ronisch, Schiedmayer & Sohne, Gebr. Perzina, E. Rubinstein, J. Pfeiffer, P. Görs & Kallmann ::
Universalmente apreciados por su EXCELENTE VOZ Y GRAN DURACION



Existencia permanente de **250** Pianos á la
= VISTA EN NUESTROS ALMACENES EN VALPARAISO, SANTIAGO Y CONCEPCION =

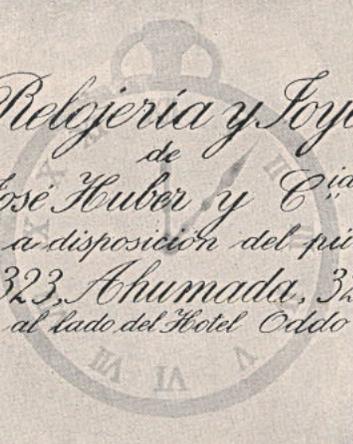
C. KIRSINGER & Co.

Deposito en Santiago: **ADOLFO CONRADO**, Estado 375
Deposito en Concepción: **ADOLFO STEGMANN**
El mejor locador automático de piano: LA FONOLA - LA CONTINENTAL. Máquina de Escribir. de escritura muy visible

Casa Grain Band
 Importadora de
Gramofonos y Fonógrafos
 de las principales marcas del mundo.
 Discos cantados por los principales artistas del mundo.
 909. Huérfanos, 909



La Pelojeria y Joyeria
 de *José Huber y Cia*
 está a disposición del público.
 323. Ahumada, 323
 al lado del Hotel Ocho




Antigua Casa Calpini
 SUCESESORES
CASABIANCA Y Cia
 ESTADO, 163 ESTADO, 163
 PLAQUEES el mejor surtido en plata, las mejores marcas. Precios sin compaña.
 Alfombras y tapices de todas clases. Artículos para regalos.



Sastreria L. Correa
 Recibe constantemente las ultimas novedades directamente de Londres.
 Especialidad en obras de lujo.
 Catedral, 1285



Gran Sastreria Economica Italiana
Salvador Talabella
 78. Ahumada, 78
 La mas acreditada y conveniente en Chile

Las Novedades Parisienses
 Especialidad de Articulos para Señoras
 - Taller para Vestidos a cargo de M. A. Kamiski ex-cortador de las afamadas casas parisenses *Bechoff, David y Charv*
 Gran deposito de Alfombras de una pieza y del afamado *Suante Sublime*; se derruebre el valor de todo par que no resulte perfectamente bueno. *Torje Kamulo* Estado esq. Pasaje Matte



EN CUATRO DIAS, da a las madres leche de sobra para amamantar a la criatura mas glotona.
EN OCHO DIAS, toda señora que cria ve desaparecer los mareos y dolores de espaldas oriñinados por la lactancia.
EN QUINCE DIAS, llena las carnes y redondea las formas a las jovenes por mas delgadas que sean
 No es un remedio, es un alimento
 VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS
 Precio de cada tarro: \$ 3.20
 Unicos Concesionarios:
S. Sigwald y Co.
 Ahumada 57. SANTIAGO



... puede Ud decir que, donde *Riddell* encontrarán el mejor surtido para Señoras, Caballeros y Niños.
 266. Estado, 266

"SELECTA"

Sumario del mes de Octubre:

	Página
CUADROS CELEBRES.—Retrato de Reynolds	209
HECHOS Y NOTAS, L. Orrego Luco	210
PAISAJE DEL SUR DE CHILE	211
FEDERICO MISTRAL, Antonio Orrego Barros	212
LAS PLEGARIAS QUE NO SE CONFUNDEN, Maurice Barrès	213
PEDRO N. PRENDEZ, Miguel L. Rocuant	215
PROYECTO DE FRONTON para el Palacio de Bellas Artes	217
EL PERDON DE LAS INJURIAS, Mauricio Maeterlinck	218
UN HEROE DE LA PAZ	219
BICROMIA	220
ANGAMOS, B. Vicuña Mackenna	221
CONVERSANDO SOBRE ARTE, Rafael, Rembrandt y Velasquez, Richon Brunet	224
VIDAS INTENSAS, E. Gómez	226
OBRAS MAESTRAS DE PINTURA.—Lady Wallcourt, Lawrence	227
SIMON Y JUAN F. GONZALEZ, Joaquín Fabres	228
PRIMAVERA ARTIFICIAL, Santiago Rusiñol	231
EL FERROCARRIL PAN-AMERICANO (tricromía)	232
EL FERROCARRIL PAN-AMERICANO, Santiago Marín Vicuña	233
JUEGOS DE INVIERNO, Gabriel del Mar	234
LA SOMBRA DE DON QUIJOTE, Amanda Labarca Hubertson	236
UN AZOTE DE LA CIVILIZACION, Curación de la meningitis, Burton J. Hendrick	237
EL ARTE DEL COMEDIANTE, Coquelin Ainé, Ed. Rostand	239
CHARLAS, Carlos L. Hübner	241
REVISTA DE REVISTAS, Omer Emeth	242
LA QUE PASA, G. Labarca Hubertson	243

Inserción: TARDE EN LA QUINTA. — Cuadro de don Joaquín Fabres



PRECIOS DE SUSCRIPCION:

Un año.....	\$ 10.00
Seis meses.....	" 5.50
Número suelto.....	" 1.00



Dirección: TEATINOS 666, SANTIAGO



*Apasionato di profum
trovo tra i più soadi
soavisimi quelli
della casa Bertelli*

*J. Schiattazzo
Salparaiso*

**TÉ
SANTA
FILOMENA**

TÉ
SANTA
FILOMENA

*El mejor de los
tés que se
conoce.*

MUEBLES!

LOS
MEJORES
EN
CALIDAD
Y PRECIOS
LOS HALLARÁ UD.
EN LA

**CASA
BRESCIANI**

47, ESTADO, 47

**PASTILLAS
DR. COMAS
ESTOMACALES**

PASTILLAS ESTOMACALES
del DR. COMAS

Curación radical de las enfermedades del estómago, intestinos, hígado y riñones.—Se vende en todas las Droguerías y Boticas.

Agente por mayor
P. PEREZ BARAHONA
Portal Fernandez Concha, 918. Casilla, 2146
Santiago

Unico importador para América, DOMINGO FIGUERAS, Santiago-Valparaíso.

E.D.

LA MATRITENSE

ESTADO 98, esq. MONEDA

Esta casa ha inaugurado la nueva estación de Invierno con un selecto y escogido surtido de Casimires Ingleses.

SOBRE MEDIDA PARA HOMBRES Y JOVENES

Trajes de Vestón, desde \$	70
Sobretodos, desde.....	75
Traje de Jaquet, desde.	110
„ de Smoking desde	120
„ de Levita, desde...	140
„ de Frac, desde.....	160

Materiales de primer orden, hechuras de última moda y confección irreprochable.

LA MATRITENSE
Sastrería, Ropa Hecha
Camisería, Sombrerería,
Paraguitería. GARCIA Y PALACIO
:: Sucesores de Tomás Peña.

GRAN LIQUIDACION DE TRAJES Y SOBRETODOS DE MEDIDA. REZAGADOS

Agua de Colonia de Flores
A tres pesos litro, media botella un peso 50¢

Quince mil litros de producción al año. No fué enviada a ninguna Exposición.

Agua de Colonia tipo Atkinson
Un peso frasco, tres frascos por dos pesos 50¢
Laboratorio Pérez Barahona
Portal Fernandez Concha, 918 - Casilla N° 2146 - Santiago

TÉ

DEMONIO

ES EL MEJOR